

AJES CLASICOS



3 1761 06991549 4

aje al Gran Mogol,  
lostán y Cachemira

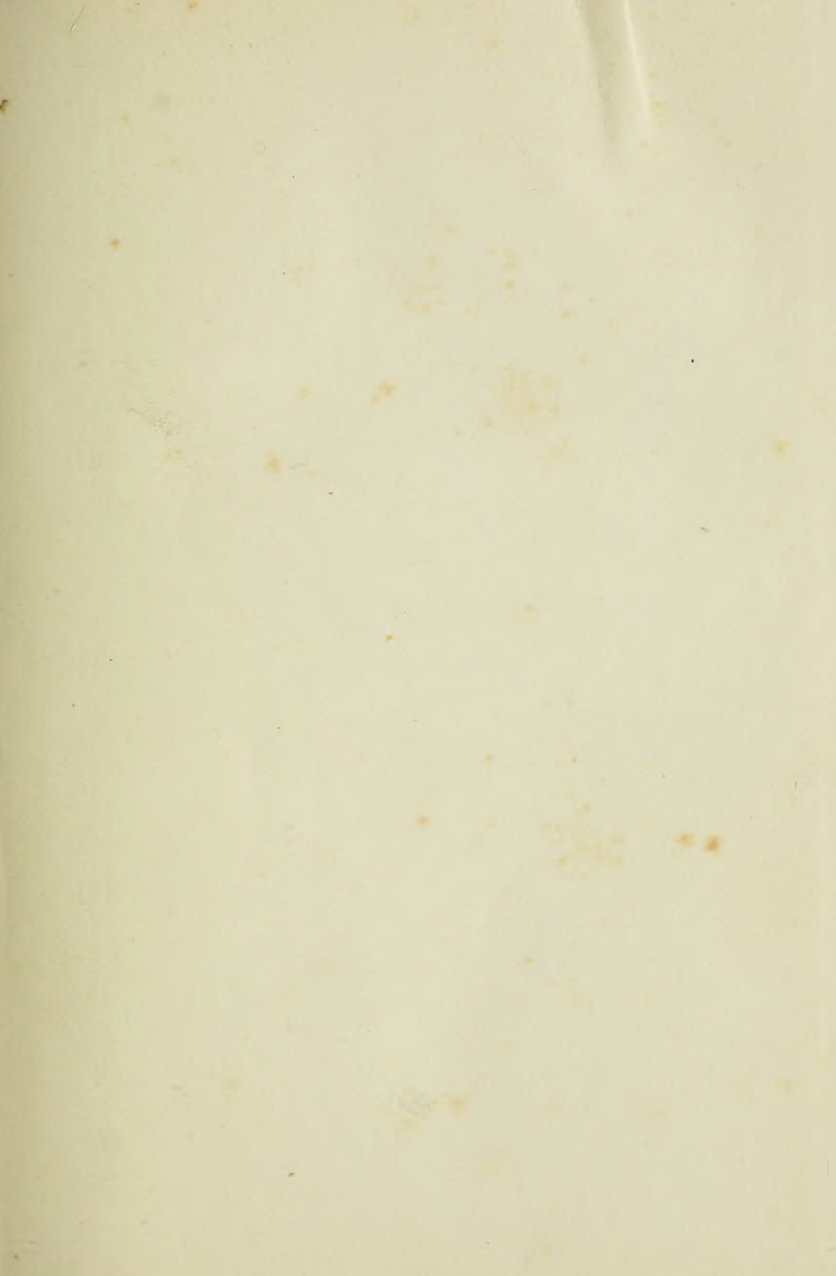
FOR

BERNIER (F.)




CALPE











Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
University of Toronto



# VIAJES DEL GRAN MOGOL Y DE CACHEMIRA

TOMO II

# VIAJES CLÁSICOS

EDITADOS POR CALPE

## Publicados:

SPEKE (J. H.). *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.*  
Tomos I y II.

BOUGAINVILLE (L. A.). *Viaje alrededor del mundo.* Tomos I y II.

BERNIER (F.). *Viajes por los Estados del Gran Mogol, reino de Cachemira, etc.* Tomos I y II.

LA CONDAMINE. *Viaje a América meridional.* Un volumen.

MATTHEWS (J.). *Viaje a Sierra Leona.* Un volumen.

## En prensa:

NAVARRETE (F. DE). *Viajes de Cristóbal Colón.* Un volumen.

DARWIN (C. R.). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo.*  
Tomos I y II.



FRANCISCO BERNIER

---

# VIAJES DE FRANCISCO BERNIER

CON LA DESCRIPCIÓN DE LOS ESTADOS DEL GRAN MOGOL, DEL INDOSTAN, DEL REINO DE CACHEMIRA, ETC.

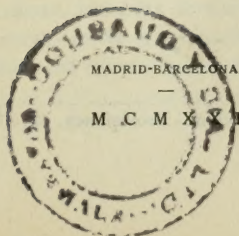
EN QUE SE TRATA DE LAS RIQUEZAS, DE LAS FUERZAS, DE LA JUSTICIA Y DE LAS CAUSAS PRINCIPALES DE LA DECADENCIA DE LOS ESTADOS DEL ASIA Y DE VARIOS CONSIDERABLES SUCESOS, Y DONDE SE ADVIERTE CÓMO EL ORO Y LA PLATA, DESPUÉS DE HABER CIRCULADO POR EL MUNDO, PASAN AL INDOSTÁN, DE DONDE NO VUELVEN YA

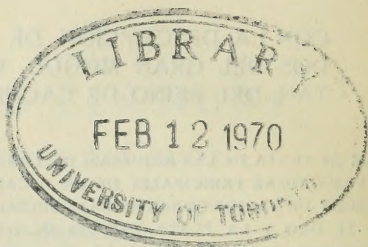
La traducción del francés ha sido hecha por

JUSTO FORNOVI

TOMO II

CON GRABADOS, SIETE LÁMINAS Y UN MAPA





DS

461

.7

B58

t.2

---

ES PROPIEDAD

Copyright by Calpe.—Madrid, 1921.

---

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Memoria para perfeccionar la carta del Indostán y saber las rentas del Gran Mogol.....	1
Carta a Mr. de la Mothe le Vayer, con la descripción de Delhi y Agra, capitales del Imperio del Gran Mogol, así como ciertos datos acerca de la corte y el genio de los mogoles y de los indios .....	5
Carta a Mr. Chapelain, acerca de las supersticiones, costumbres extrañas y doctrinas de los indios o gentiles del Indostán.....	63
Carta enviada desde Chiras (Persia) a Mr. Chapelle.....	111
Viaje de Cachemira.—Carta primera a M. de Merveilles, disponiéndose Aureng-Zebe para emprender la marcha..	134
Carta segunda al mismo.—Trata de la cantidad y la magnificencia, orden y disposición de las tiendas del Gran Mogol en campaña .....	142
Carta tercera al mismo, preparándose el rey para el viaje a Cachemira.—Descripción de Lahor, capital del Penjab o reino de las cinco aguas.....	167
Carta cuarta al mismo, escrita desde el campamento del ejército, yendo de Lahor a Cachemira, el cuarto día de la marcha.....	169
Carta quinta al mismo, sexto día de marcha.....	171
Carta sexta al mismo, escrita el octavo día de marcha, desde el campamento del ejército que se dirige desde Lahor a Cachemira.....	173

Carta séptima al mismo, escrita desde el campamento del ejército que se dirige a Cachemira el décimo día de marcha por la mañana.....	174
Carta octava al mismo, escrita desde Bember. — La puerta de las montañas de Cachemira, después de haber acampado dos días. — Lo que es Bember. — Cambio de vehículos para las montañas. — Número increíble de mozos. — Orden que debe observarse durante la marcha de cinco días.....	175
Carta novena al mismo, escrita en Cachemira, el «Paraíso terrenal» de las Indias, después de residir allí tres meses. — Descripción exacta del reino de Cachemira y del estado presente de las montañas circunvecinas y respuesta a cinco preguntas importantes de un amigo.....	178

---



## MEMORIA PARA PERFECCIONAR LA CARTA DEL INDOSTÁN Y SABER LAS RENTAS DEL GRAN MOGOL

Para comprender bien lo que sigue, es preciso conocer el significado de algunos términos:

1. *Subah*, gobierno y provincia.
  2. *Pragna*, villa o ciudad principal, que tiene a otras varias bajo su dependencia, donde se pagan los tributos al rey, señor absoluto de todas las tierras de su imperio.
  3. *Serkar*, oficina de los tesoros reales.
  4. *Kaziné*, tesoro.
  5. *Rupia*, moneda equivalente a treinta sueldos próximamente
  6. *Lecca*, cien mil rupias.
  7. *Korur*, cien leccas.
- 

1. Jehan-Abad o Delhi, es el primer *subah*. Dependen de él dieciséis *serkars* y doscientas treinta *pragnas*; paga al rey diecinueve millones quinientas veinticinco mil rupias.

2. Agra o Akber-Abad, es la segunda capital; tiene catorce *serkars* y doscientas sesenta *pragnas*; paga al rey veinticinco millones doscientas veinticinco mil rupias.

3. Lahor, tiene catorce *serkars* y trescientas catorce *pragnas*; paga al rey veinticuatro millones seiscientas noventa y cinco rupias.

4. Kasmer, que pertenece a un *rajah*, da al rey, de tributo, veintiún millones novecientos setenta mil rupias.

5. Gusarata, cuya capital es Ahmed-Abad, tiene nueve ser-

kars y ciento noventa pragnas; paga trece millones trescientas noventa y cinco mil rupias.

6. El reino Kandahar pertenece al rey de Persia, pero las pragnas que han seguido unidas a la corona del gran Mogol, son quince y le pagan un millón novecientas noventa y dos mil quinientas rupias.

7. Maloua, nueve serkars y ciento noventa pragnas; paga nueve millones ciento sesenta y dos mil quinientas rupias.

8. Patna o Beara, ocho serkars y doscientas cuarenta y cinco pragnas; paga nueve millones cuatrocientas setenta mil rupias.

9. Elabas, tiene diecisiete serkars y doscientas sesenta pragnas; paga nueve millones cuatrocientas setenta mil rupias.

10. Haud, cinco serkars y ciento cuarenta y nueve pragnas; paga seis millones ochenta y tres mil rupias.

11. Multan, cuatro serkars y noventa y seis pragnas; paga once millones ochocientas cuarenta mil rupias.

12. Yagannat, donde está comprendido Bengala, once serkars y doce pragnas; paga siete millones doscientas setenta mil rupias.

13. Cachemira, cinco serkars y cuarenta y cinco pragnas, paga trescientas cincuenta mil rupias.

14. Kabul, treinta y cinco pragnas; paga tres millones doscientas setenta y tres mil quinientas rupias.

15. Tata, cuatro serkars y cincuenta y cuatro pragnas; paga dos millones trescientas veinte mil rupias.

16. Aureng-Abad (antiguamente Daulet-Abad), tiene ocho serkars y setenta y nueve pragnas; paga de renta diecisiete millones doscientas veintisiete mil quinientas rupias.

17. Varada, veinte serkars y ciento noventa y una pragna; paga de renta quince millones ochocientas setenta y cinco mil rupias.

18. Candey, que tiene por ciudad principal Brampur, comprende tres serkars y ciento tres pragnas, paga de renta al Mogol diez y ocho millones quinientas cincuenta mil rupias.

19. Talengar, que confina con el reino de Golconda, por el lado de Maslipatan, tiene cuarenta y tres pragnas y paga de renta seis millones ochocientas ochenta y cinco mil rupias.

20. Baganala, que linda con las tierras de los portugueses y con las montañas de Sevagi, el rajah, que saqueó la ciudad de

Surata, tiene dos serkars y ocho pragnas; pagando de renta quinientas mil rupias.

Con arreglo a estos datos, que no creo infalibles, el soberano del gran Mogol disfrutará anualmente, y sólo por sus tierras, de una renta superior a dos koruras de rupias.

---





## CARTA A MR. DE LA MOTHE LE VAYER

CON LA DESCRIPCIÓN DE DELHI Y AGRA, CAPITAL  
DEL IMPERIO DEL GRAN MOGOL, ASÍ COMO CIERTOS  
DATOS ACERCA DE LA CORTE Y EL GENIO DE LOS  
MOGOLES Y DE LOS INDIOS

«Señor:

»Sé que una de las primeras preguntas que me haréis a mi retorno a Francia será sobre si Delhi y Agra son ciudades tan bellas, tan grandes y populosas como París.

»En cuanto a la belleza, os diré, en primer término, que algunas veces me ha asombrado oír aquí a ciertos europeos palabras desdeñosas respecto de las ciudades indias, cuyas construcciones o edificios no son parecidos a los nuestros. Pero no puede haber tal semejanza. Y si París, Londres o Amsterdam estuviesen situados en el sitio que ocupa Delhi, habría que derribar la mayor parte de estas grandes urbes para reedificarlas de otra manera.

»Es indudable que las ciudades europeas encierran grandes bellezas; pero son bellezas que deben serles particulares y acomodadas a un clima frío, del mismo

modo que Delhi puede tener las suyas que le sean también características y propias de su clima muy cálido. Debéis saber que el calor obliga aquí a todo el mundo, incluso al rey y a los grandes señores, a ir sin medias, calzados con unas simples babuchas o pantuflas, con un turbante muy fino y ligero en la cabeza, y el resto de la vestimenta es por el estilo. Hay meses de verano tan excesivamente calurosos, que en el interior de las casas apenas si se podrían sostener las manos sobre las paredes, ni la cabeza sobre la almohada, viéndose todo el mundo obligado, durante más de seis meses, a dormir en la entrada de su aposento, sin manta ni ropa de cama, como el pueblo bajo hace en las calles, o como los mercaderes y las personas de cierta posición que pasan la noche en los patios de sus casas, en algún jardín bien aireado, o en una terraza que se ha regado bien por la tarde. Por esto podréis juzgar si podría haber aquí calles como las de Saint Jacques o Saint Denis, con sus casas, angostas y cerradas, de no sé cuántos pisos, y si serían habitables. Por la noche, especialmente cuando hace a menudo estos calores asfixiantes, sin brisa, no sería posible dormir en esas viviendas. Y durante los meses estivales, al volver a caballo de la ciudad, rendido de cansancio, casi asfixiado de calor, cubierto de polvo, sudando atrozmente, ¿quién tendría valor para ascender, por una escalera que a menudo es estrecha y oscura, a un cuarto o quinto piso? En un caso semejante lo que se desea con ansia es beber una pinta de agua fresca o de limonada, desnudarse, lavarse la cara, las manos y los pies, tenderse al fresco sobre un estrado, o que uno o dos criados os abaniquen

con sus grandes *panhas* o abanicos. Pero procuraremos describiros Delhi tal como es, a fin de que podáis juzgar si, efectivamente, puede decirse es una ciudad hermosa.

»Hace cuarenta años próximamente, Chah-Jehan, padre del Gran Mogol actual, Aureng-Zebe, con la intención de perpetuar su memoria, hizo levantar una ciudad al lado de la antigua Delhi, denominándola Chah-Jehan-Abad, y por brevedad Jehan-Abad, que quiere decir Colonia de Chah-Jehan, destinándola a ser capital del Imperio en vez de Agra, donde decía que los calores del estío eran irresistibles.

»Esa proximidad hizo que sobre las ruinas de la antigua se levantase la nueva ciudad, y hoy apenas si en las Indias se habla de Delhi y sí únicamente de Jehan-Abad. Sin embargo, como con esta denominación no es conocida entre nosotros, seguiré dándole su primitivo nombre de Delhi.

»Delhi es, pues, una ciudad muy reciente. Se halla situada en campiña rasa, a orillas de un río comparable a nuestro Loira, y que se llama el Gemna. Está edificada a lo largo de una sola margen del río y de tal manera que casi termina en forma de media luna. Sólo hay sobre el río un puente de barcas para pasar al campo. Exceptuando por el lado del río, la ciudad está amurallada. Los muros son de ladrillo y no representan una defensa considerable, pues carecen de fosos y sólo los flanquean unas torres redondas, a la antigua, de cien en cien pasos aproximadamente, con un terraplén de cuatro o cinco pies de espesor por la parte de atrás. El perímetro de estas murallas, a pesar de com-

prender la fortaleza, no es tan grande como se cree generalmente. Yo recorrí el recinto cómodamente en tres horas, y aunque hice ese recorrido a caballo no creo haber marchado más de una legua por hora.

»Ahora bien; si queremos comprender en Delhi un arrabal larguísimo que conduce a Lahor, la parte habitada que resta del antiguo Delhi, y que es también un arrabal muy grande y prolongado, así también como otros tres o cuatro arrabales más pequeños, entonces tendría una longitud de más de legua y media y un perímetro que no podría determinar con exactitud, pues entre esos barrios o arrabales hay grandes jardines y espacios de terrenos sin urbanización; mas puedo afirmar que sería de una enorme extensión.

»La fortaleza, en la cual se hallan el *Mehalle* o serrallo y los otros edificios reales, de que ahora hablaré, está construída en forma circular, o, más exactamente, en semicírculo y frente al río. Sin embargo, entre ésta y las murallas hay una explanada bastante vasta, arenosa, donde habitualmente pelean los elefantes y se celebran las revistas de la milicia de los *omerahs* o señores, de los *rajahs* o soberanos gentiles, en presencia del Rey, que las contempla desde las ventanas de su palacio. Las murallas de la fortaleza, con sus torres redondas, a la antigua, son casi como las de la ciudad; pero además del ladrillo entró en su construcción cierta piedra encarnada que se asemeja al mármol, lo que les da un aspecto más bello que el de las murallas de la ciudad. Además, son mucho más altas, más sólidas y espesas, pudiendo sostener algunos pequeños cañones de campaña, que aparecen en dirección de la ciudad. Excepto



por el lado que mira al río, las rodea un hermoso foso revestido de piedras de talla y lleno de agua y de peces. Sin embargo, no me parece una obra de defensa considerable; creo que una mediana batería de campaña las derrumbaría muy pronto.

» Circunda al foso, un jardín bastante espacioso, que en todo tiempo aparece lleno de flores y de verdes enramadas, lo que unido a esas grandes murallas, de un color rojo vivo, produce una grata impresión a la vista.

» Alrededor de este jardín se halla la calle Mayor o, dicho con más exactitud, la gran Plaza Real, adonde dan las dos puertas principales de la fortaleza, y por estas puertas se pasa a las dos calles más importantes de la ciudad.

» En esa gran plaza se ven las tiendas de los *rajahs* que se hallan al servicio del rey. Hacen la guardia cada semana, por turno. En cambio, los *omerahs* y los *manseb-dars* o pequeños *omerahs* la hacen en la fortaleza. A estos reyezuelos no les agrada mucho permanecer tanto tiempo encerrados en una fortaleza.

» En esa misma plaza se doman y amaestran los caballos de las reales caballerizas, edificio que se halla no lejos. El *kobat-kan* o gran comisario de la caballería, examina minuciosamente en ese mismo sitio los caballos de los hombres que han sido admitidos para el servicio. Si esos caballos son *turkis*, es decir, del Turquestán o de Tartaria, y bastante grandes y fuertes para el servicio, les hace marcar en un anca, con un hierro candente, la divisa del rey y de los *omerahs* a cuyo servicio deben estar los caballeros. No está mal

imaginado para evitar que en las revistas se presten los caballos unos soldados a otros.

»Esta plaza es también una especie de bazar o mercado de cien cosas diversas y punto de reunión de los marineros, como el Puente-Nuevo de París.

»También se reúnen en ella los pobres astrólogos, lo mismo mahometanos que gentiles. Estos doctores están sentados al sol sobre una alfombra vieja y polvorienta. Se les ve con algunos enmohecidos instrumentos de matemáticas, de los que hacen ostentación para ser vistos de los transeuntes, y tienen ante sí un gran libro abierto, en que se representan los signos del Zodíaco. Son los oráculos, por no decir los embaucadores de toda la gente baja, a quienes por un paissa, que es casi el valor de cinco céntimos, dicen la buenaventura. Examinan la mano y el rostro, hojean sus libros, y, pareciendo calcular, determinan el *sahet*, es decir, el momento propicio en que debe comenzarse una cosa, un negocio, para que tenga un resultado feliz. Envueltas desde la cabeza a los pies en un paño blanco, las mujeres van en busca del astrólogo, les dicen al oído sus asuntos más reservados o secretos, como si fueren sus confesores, y en su ignorancia superstitiosa les ruegan que hagan por que los astros les sean propicios, según sus deseos, como si ellos, los astrólogos, dispusieran absolutamente de su influjo.

»A mi parecer, el más ridículo de todos aquellos astrólogos era un mestizo portugués, fugitivo de Goa, que aparecía en la plaza sentado gravemente sobre su vieja alfombra, como los demás, y que no dejaba de tener mucha clientela a pesar de no saber leer ni escri-

bir y de no tener ante sí, por todo instrumento y libro de astrología, más que un mohoso compás náutico y un par de estampas portuguesas que él mostraba como figuras del Zodíaco de «Fransguistan». «*A tal bestias, tal astrólogo*» (1), decía él al rev. padre Buzé, jesuita, que le encontró en la plaza.

»No hablo aquí más que de los desdichados astrólogos de bazar. Hay otros al servicio de los magnates, que los consideran como sabios doctores y que son riquísimos. Como en toda el Asia se tiene generalmente esa superstición, los reyes y los grandes señores no realizarían la menor cosa sin haber consultado previamente al astrólogo; les pagan crecidos honorarios por leer lo que en el cielo está escrito, como se dice por acá, para conocer ese *sahet*, o momento determinado y propicio, o para hallar al abrir el Corán la solución de todas sus dudas y problemas.

»Las dos calles principales que, según dije antes comienzan en las dos puertas de la fortaleza y en la plaza, pueden tener unos veinticinco o treinta pasos de anchura, están trazadas en línea recta y son muy largas. Sin embargo, la que conduce a la puerta de Lahor es mucho más larga que la otra; pero las dos son parecidas respecto de las construcciones.

»A ambos lados hay una serie de arcos, como en la Plaza Real de París, pero con ciertas diferencias: los arcos son de ladrillo y no hay superpuesto ningún piso o construcción y sí únicamente la terraza. Además, las galerías no son continuas. Los arcos se hallan se-

---

(1) En el original francés la frase está tal como aquí se copia.

parados en ciertos trechos por tiendas que no se cierran y donde los artesanos trabajan durante el día. Los banqueros se hallan sentados en espera de sus clientes y los mercaderes exponen sus géneros en esos mismos locales. Estos géneros se guardan durante la noche en un almacén o depósito, cuya puertecilla se halla en el fondo de las arcadas.

»Sobre ese almacén o depósito, situado detrás de los arcos, es donde se han edificado las viviendas de los mercaderes. Desde la calle ofrecen agradable aspecto. Parecen bastante cómodas y se hallan bien aireadas, libres de la polvareda. Al pie de esas viviendas se hallan las terrazas de las galerías y los moradores de aquéllas pueden pasear por esas terrazas, asomarse para ver la calle o dormir al fresco. Lo lamentable es que, con excepción de esas dos calles principales y algunas otras, no hay apenas de esas bellas moradas que se hallen así edificadas a la altura de las terrazas. Aun en esas dos calles principales no las hay en todos sus trechos y no se ve frecuentemente sobre el almacén, o al lado, sino algunas pequeñas construcciones que no se aperciben desde la calle. Los grandes mercaderes viven en otros sitios de la ciudad, adonde se retiran por la tarde.

»Además de esas dos calles, hay otras cinco que, aun no siendo tan largas ni tan rectas, son muy parecidas a aquéllas. Hay otra infinidad que se cruzan en todos sentidos. Muchas tienen también arcos; pero por haber sido construídas por diferentes personas que no se preocuparon de guardar la debida simetría, no son tan largas y rectas ni de tan bello aspecto como las primeras.

»Se hallan en estas calles las casas de los *mansebdars* o pequeños *omerahs*, las de los curiales, las de varios grandes mercaderes y otros particulares. Muchas de ellas no dejan de ser hermosas. Es verdad que hay pocas construídas, en su totalidad, con ladrillo o piedra y hasta abundan las que son de tierra, con el techo de paja; pero son cómodas, pues por lo general se hallan bien aireadas y tienen patios y jardines. El interior es bastante agradable, pues además de contener bellos muebles, el techo de paja está sostenido por una capa de ciertas cañas, largas y resistentes, de bonito aspecto y las paredes de tierra se hallan enjabelgadas con una cal muy fina y muy blanca.

»Entre estas casas, que acabo de decir que son pasables, hay un número prodigioso de viviendas pequeñas, de tierra y paja, donde habitan los tenderos y pequeños traficantes, los que sólo son caballeros, todos estos criados que arrastran tras sí la corte y el ejército.

»A esa especie de chozas se debe que Delhi esté tan expuesto a los incendios. El año pasado ardieron más de sesenta mil techos de paja, a causa de dos o tres incendios, propagados por los vientos impetuosos que reinan, sobre todo, durante el verano. El fuego fué tan rápido y violento, que sorprendió a numerosos camellos y caballos, que no hubo tiempo de desatar. Hubo también muchas de esas pobres mujeres que no habían salido nunca de un serrallo, y que son tan estúpidas y pudorosas cuando ven a las gentes (no sabiendo más que ocultar el rostro), que se dejaron sorprender por las llamas.

»Por razón de esas miserables viviendas de tierra y



de paja, casi no considero a Delhi más que muchos poblados juntos, según dije en otro lugar, como un gran campamento militar, más cómodo y mejor instalado que en pleno campo.

»En cuanto a las casas de los *omerahs*, también diseñadas por la ciudad y principalmente por la parte del río y hasta por los arrabales, debéis saber que para que una casa sea considerada hermosa en estos países cálidos, es menester que ofrezca muchas comodidades y que esté emplazada en sitios bien aireados para que pueda recibir el viento por todos lados, sobre todo del Norte. Debe tener patios, jardines, árboles, depósitos de agua, fuentes con pequeños surtidores en las salas o, por lo menos, en la entrada. Es menester asimismo que tenga buenos sótanos con grandes ventiladores que agiten el aire, para descansar al fresco desde el mediodía hasta las cuatro o las cinco de la tarde, pues entonces el ambiente de los sótanos comienza a hacerse asfixiante. A falta de sótanos debe tener la casa sus *kas-kanais*, es decir, unas casillas muy bien hechas de paja o de raíces olorosas que se colocan por lo general en medio de un parterre próximo a algún estanque, a fin de que criados con odres puedan regarles fácilmente por la parte exterior. Del mismo modo, para que una casa pueda ser considerada bella, debe hallarse situada en el centro de algún gran parterre, que tenga cuatro divanes o estrados elevados sobre el suelo a la altura de un hombre poco más o menos, y que miren a las cuatro partes del mundo, a fin de que pueda recibir el aire y el frío por cualquier lado que venga. Debe tener la casa altas terrazas, don-



de se pueda dormir durante la noche. Esas terrazas deben estar próximas a algún aposento, para en caso de necesidad tener cerca el abrigo, por si sobreviene alguna tormenta o vendaval, o cuando el fresco del amanecer es excesivo, haciéndoles ir en busca de una manta, o, por último, cuando se nota el tenue rocío del amanecer, que es muy penetrante y que provoca a veces cierta parálisis de los miembros.

»En cuanto al interior de una casa hermosa, es preciso que cubra todo el suelo una especie de colchón de algodón de cuatro dedos de espesor, con una tela blanca y fina durante el verano y un tapiz de seda durante el invierno. En el sitio más aparente del aposento, cerca de la pared, deberá haber uno o dos tapices de algodón, con finos adornos de flores y con unos bordados en seda, oro y plata para sentarse el dueño de la casa o las personas de calidad que vayan a visitarle. Encima de cada alfombra debe haber un gran cojín de brocado, sobre el cual se apoya la persona. Alrededor de la estancia, a lo largo de las paredes, habrá varios cojines más como el que acabo de decir, o de terciopelo o satén, con adornos de flores; estos cojines son para las demás personas de la casa o los visitantes.

»Las paredes, de cinco o seis pies de altura del suelo, deben estar casi todas en forma de nichos o ventanillas trazadas de múltiples figuras, con elegancia y armonía; dentro se colocarán algunos vasos de porcelana y macetas; los lados deben estar pintados y decorados, pero sin ninguna figura de persona o de animales, pues la religión lo veda. Con lo expuesto hemos dado una idea casi exacta de una hermosa mansión de este

país, habiendo en Delhi muchas que reúnen todas esas condiciones, o la mayoría de ellas por lo menos, según que sean más o menos hermosas o magníficas. Así, creo que se puede decir, sin menoscabo de nuestras ciudades, que no carece Delhi de edificaciones verdaderamente hermosas, aunque no sean semejantes a las nuestras de Europa.

»En lo tocante al aspecto y riqueza de las tiendas, que es lo que más contribuye a la belleza de nuestras ciudades de Europa, a pesar de ser Delhi la sede o capital de una poderosa y magnífica corte y de llegar a ella, por consiguiente, una infinidad de ricas mercancías y productos de todo género, no hay que pensar que haya aquí tiendas como las de nuestras calles de Saint Denis; no sé si en todo el Asia hay una semejante. Las más bellas telas no están, por lo general, sino en los bazares o depósitos y no adornan pues las tiendas; por una de estas que ofrezca cierta ostentación, es decir, donde se expongan bellas y ricas telas de seda, rayadas de oro y plata, de tejidos de oro, de turbantes bordados del mismo precioso metal, brocados y otros artículos de alto precio, hallaréis siempre veinte tiendas o más que sólo están atestadas de frascos de aceite, de tarros de manteca, de cestos amontonados unos sobre otros y que contienen arroz, cebada, garbanzos, trigo y otros granos y legumbres que son la alimentación ordinaria, no sólo de estos gentiles, que no comen jamás carne, sino de todo el bajo pueblo mahometano y de una gran parte de la milicia.

»Hay un mercado de frutas que tiene cierta apariencia. Durante el verano se ven en él numerosos puestos







# LA CORTE DEL GRAN MOGOL

1. Antecámara del palacio.—2. El patio del palacio.—3. La guardia montada.—4. El trono que lleva el elefante que monta el Gran Mogol.—5. El trono que lleva el camello.—6. Los brocados de plata.—7. Obra de oro.—8. Los virreyes.—9. El trono.—10. El parque para pasearse.—11. La arena de los gladiadores.—12. El departamento de las mujeres.—13. La casa de fieras.—14. La torre de los tesoros.—15. Agra.

llenos de frutas secas procedentes de Persia, de Balk, de Bokara y Samarkanda, como almendras, pistachos, avellanas, pasas, ciruelas, albaricoques, etc. Durante el invierno se venden excelentes uvas negras y blancas, que llegan de estos mismos países, bien envueltas en algodón, manzanas y peras de tres o cuatro especies y unos magníficos melones que duran todo el invierno. Pero todas estas frutas son muy caras. He visto vender melones hasta por escudo y medio cada uno. Por esto constituyen el regalo y un considerable dispendio de los *omerahs*. Muchas veces vi a mi *agah* consumir él solo en el almuerzo por valor de más de veinte escudos de frutas.

»Sólo los melones del país son baratos durante el verano, pero no son muy buenos. Unicamente los grandes señores, que adquieren la simiente de Persia y hacen preparar el terreno para la plantación con el cuidado más minucioso, pueden comer buenos melones; pero éstos son, sin embargo, escasos, pues la tierra es tan poco apropiada para su cultivo, que la semilla degenera desde el primer año. Hay también otra fruta llamada *amba* o *mango* (1) que abunda mucho, en su tiempo, durante dos meses de verano; es muy abundante y muy barata. Pero el que se cría en Delhi no es muy bueno; los de Bengala, Golconda y Goa son exquisitos. Tienen un dulzor tan particular, que no sé

---

(1) El mango, *Mangifera indica* L., es de origen indio. Se le llama *mahapahla*, en sánscrito (su flor, *amra*, figura en los poemas indios como una de las cinco flechas de Kama, dios del amor); *am* o *amba* en la India; *cai soai* en Cochinchina; *mangga* o *mamplan*, en malayo. El fruto, que es una drupa, amarillo, de carne fibrosa y peso de medio kilo ordinariamente, es la parte comestible. Hay numerosas variedades. — (Nota de la edición española.)



si en el mundo hay confitura más agradable. También abundan las sandías o badeas casi todo el año, pero las de Delhi no son de tan buena calidad como las de otras comarcas; no tienen casi nunca la carne bermeja, dulce y compacta, y si se comen buenas, es también en las casas de los ricos, que hacen lo mismo que respecto de los melones, plantándolas con cuidados y gustos extraordinarios.

» Hay también en la ciudad confiterías, pero todos sus géneros están muy mal elaborados y llenos de polvo y de moscas.

» Son numerosas las panaderías, pero como no cuentan con hornos como los nuestros, el pan no está nunca bien cocido ni bien hecho. Sin embargo, en la fortaleza se fabrica buen pan y los *omerahs* hacen cocer en sus casas uno que es muy fino y sabroso, no escatimando para ello la manteca fresca, la leche y los huevos. Sin embargo, aunque hacen que la masa suba, está muy lejos de ser tan bueno como nuestro pan de Gonesse (1) y estos otros panes exquisitos de París; el de Delhi parece siempre recalentado.

» También hay en estos bazares algunas tiendas donde se preparan asados y no sé cuántas otras cosas de comer; pero todo ello es mezquino y los asados se hacen con malas carnes. No sé si a veces se preparan esos asados con carnes de camello, de caballo y, acaso, de algún buey enfermo. Pero no hay que fiarse, y por esto las personas que quieren comer algo que valga, lo hacen preparar en sus casas.

---

(1) Gonesse es un punto próximo a Pontoise (Seine et Oise, Francia), cuyo pan gozaba de fama.



»Hay otras muchas tiendas donde se vende carne, pero se debe tener cuidado para que no den carnero en vez de cabra, pues el carnero y el buey, sobre todo el primero, aunque tienen buen gusto, es aquí muy ardiente y ventoso y de difícil digestión. Una carne buena es la de cabrito, pero no se vende sino rara vez en el mercado y por cuartos, de suerte que conviene comprarle vivo, lo cual tiene sus inconvenientes, pues la carne se echa a perder de la mañana a la noche, y porque generalmente está el animal tan flaco que no tiene gusto. En la carnicería no se encuentra, por lo general, más que cuartos de cabra grandes, que son también generalmente muy flacas y duras.

»Verdad es, que desde que conozco las costumbres del país hallo buena carne y buen pan, pues envió a mi sirviente a comprar ambas cosas a la fortaleza, entre los despenseros del rey que se apresuran a darle géneros excelentes pagándolos bien, aunque a ellos no les cuesta nada. A propósito de esto, un día hice sonreír a mi *agah* cuando le dije que, desde hacía no sé cuantos años, yo no vivía más que de artificios y rate-rías, y que con los ciento cincuenta escudos de sueldo que él me daba mensualmente, me hubiese muerto de hambre, mientras que en Francia podía con media rupia comer todos los días un trozo de carne tan buena como el que comiese el rey.

»No se encuentran capones. Todos estos pueblos tienen demasiada piedad hacia los animales, excepto los hombres, de los que se sirven para sus serrallos. Pero abundan las gallinas, que son excelentes y baratas. Hay, entre otras, una especie de gallinas pequeñas

que yo llamo etíopes, a causa de su color negro como el de la gente de esa raza, y cuya carne es muy tierna y delicada.

»Se venden palomas, pero no pichones; los indios no quieren matarlos tan jóvenes; dicen que sería una maldad hacerlo.

»También hay perdices, pero más pequeñas que las nuestras; las traen vivas desde largas distancias, pues saben cazarlas con redes, pero son preferibles las gallinas.

»Lo mismo puede decirse de los patos y de las liebres, que llegan a Delhi vivos encerrados en grandes cajas.

»En cuanto al pescado, no son los indios grandes pescadores. A veces hay en el mercado pescado bastante bueno, sobre todo de dos clases, uno llamado *sin-gals* y otro que se parece a la carpa, llamado *rau*. Pero sólo lo hay cuando no hace frío, pues los indios temen a éste más que nosotros al calor. Y cuando se pone a la venta, los eunucos, a quienes gusta el pescado extraordinariamente no sé por qué, lo compran todo en seguida. Sólo los *omerahs* pueden hacer pescar, cuando se les antoja, valiéndose del korra, gran látigo que aparece siempre colgado a la entrada de sus casas.

»Por todo lo expuesto, podéis pensar si es desde París de donde hay que venir a Delhi para comer. Sin duda que los grandes señores tienen todo lo que desean, pero es a fuerza de criados, del látigo y de dinero. Por esto dije en otro lugar que en Delhi no hay término medio: es preciso ser gran señor o vivir miserablemente. Yo me he visto mucho tiempo, por decirlo

así, amenazado de morir de hambre aunque tuviese una paga importante y a pesar de mi deseo de no escatimar nada para ello. En el bazar (mercado) no se halla, por lo general, sino lo desechado por los grandes señores. Además, el «*alma del festín*», que es el buen vino, no se vende; y no porque no se críen uvas en el país con que se pudiese hacer. Yo lo he bebido bastante aceptable en Amed-Abad y en Golconda, y con los holandeses y los ingleses. Pero es que está vedado hacer vino, pues no sólo en la ley de los mahometanos sino también en la de los gentiles está vedado beberlo, de suerte que si se halla es muy rara vez, procedente de Persia, conducido desde Chiras por tierra a Banderabasy, desde este punto llevado por mar a Surata y desde Surata a Delhi, también por tierra, en cuarenta y seis días. También hay vino de Canarias que los holandeses transportan por mar a Surata. Pero esos dos vinos son tan caros, que el coste quita el gusto de beberlo; una botella que contendrá próximamente tres pintas de las de París, cuesta a veces seis o siete escudos y más.

»Lo que sí abunda es el *arac* o aguardiente de azúcar; no está refinado y su venta se halla también expresamente prohibida. Sólo los cristianos lo beben y si lo hacen los indios es a escondidas. Es una bebida ardiente y acre como la que se fabrica con el trigo de Polonia (1). Ataca los nervios de tal modo, que a veces hace temblar las manos de los que la beben con algún exceso y les origina enfermedades incurables.

---

(1) *Triticum polonicum*, vulgarmente llamado centeno o trigo de Polonia.—(Nota de la edición española.)

En este país es menester acostumbrarse al agua buena y sana y a la limonada, que es excelente, que puede hacerse con poco gasto y no estropea el estómago.

»Conviene decir que en estos países cálidos no se siente gran deseo de beber vino. Y me place que se coincida conmigo en la observación de que la abstinencia de esa bebida, unida a la sobriedad ordinaria de los habitantes, a los sudores y a la transpiración perpetua que se realiza por los poros, son causas, a mi juicio, de que no se conozcan casi la gota, los cálculos, los males de riñones, los catarros, ni fiebres cuartanas, y que los que al llegar al país sufren alguna de esas incomodidades o dolencias, como yo, se vean pronto libres de ellas. Hasta la viruela, aunque muy común, no es aquí tan grave, tan maligna. En resumen, se vive en este país más sanamente que entre nosotros. Pero, en cambio, no hay tanto vigor como en nuestros países fríos, y la debilidad y abatimiento de cuerpo y de espíritu que causa el calor en este país, es una especie de enfermedad casi perpetua, muy general e incómoda para todo el mundo, sobre todo en los grandes calores estivales, pero muy especialmente para los europeos cuyo organismo no está acostumbrado al calor.

»No se deben buscar en Delhi talleres de excelentes obreros. Lo que hay es poco importante. Y no es que los indios carezcan de facultades del espíritu para cultivar bien las artes y que en algunas regiones de la India no estén éstas florecientes. Hemos visto muchos obreros que tenían gran inclinación y que espontáneamente, casi sin maestro y sin herramientas, hacen obras muy bellas e imitan con perfección tal los trabajos

europesos, que apenas si puede descubrirse alguna diferencia. He visto fusiles magníficos, como algunos nuestros, y trabajos de orfebrería tan bien laborados, que no sé si en Europa se harán más bellos. Asimismo he podido ver en miniatura y en pintura obras tan finas, bellas y delicadas que me causaron admiración (1). Pude contemplar los combates de Ekbar, representados en un escudo por un pintor famoso que decían haber empleado en ello siete años, y me parecieron una obra maravillosa. Se ve que les faltan únicamente los buenos maestros y los preceptos del arte para darles justas proporciones y, sobre todo, la expresión del rostro, que casi nunca consiguen obtener en sus obras. Así, pues, la causa de que no se hallen sino raramente en los establecimientos de Delhi obras de arte no es porque no haya artistas hábiles, sino porque se desprecia al artista, se le maltrata y se quiere comprarlo todo a bajo precio. Si un *omerah* o un *manseb-dar* quiere encargar algún trabajo a un artista del bazar, le obligará a trabajar casi por la fuerza y luego le remunerará como a él le parezca. Y el obrero o el artista se considerará muy feliz al terminar su trabajo si se ha librado del *korrah*. ¿Qué entusiasmo puede tener un pobre artesano que trabaja en tales condiciones? Sólo puede pensar en hacer el trabajo por lo que le den para buscarse un pedazo de pan. Por consiguiente, si hay algunos artistas que ejecutan buenas obras, son los que

---

(1) Continúa Dehli o Delhi siendo, en el norte de la India, centro industrial y comercial, de enorme tráfico, de delicadas manufacturas de algodón, ornamentos en cobre, marfil, filigranas y brocados en seda, oro y plata (*sonar*) y pinturas miniadas.—  
(Nota de la edición española.)



el rey y los grandes señores tienen a su servicio y que trabajan sólo para ellos.

» Respecto del interior de la fortaleza, donde se halla el serrallo y algunos otros edificios reales, no debéis formaros la idea de un Louvre o un Escorial. Aquellas construcciones no se asemejan a las nuestras, y, según dije antes, no deben parecerse; basta con que tengan la magnificencia que permite el clima.

» A la entrada no hallo nada notable, como no sean dos grandes elefantes de piedra que están a ambos lados de una de las puertas. Sobre uno de ellos se halla la estatua de Jemel, el famoso *rajah* de Chitor; sobre el otro, la de su hermano Polta. Fueron éstos dos bravos que en unión de su madre, más brava aún que ellos, tanto trabajo proporcionaron a Ekbar y que en el asedio de las ciudades que sostuvieron contra éste dieron pruebas tan extraordinarias de su generosidad, que prefirieron al fin hacerse matar con su madre en varias salidas de las fortalezas sitiadas, antes que someterse. A causa de esta generosidad extraordinaria, sus mismos enemigos les creyeron dignos de erigirles dichas estatuas. Estos dos grandes elefantes, con los dos bravos que se hallan sobre ellos, causan al penetrar en la fortaleza no sé qué sensación grandiosa, no sé qué respetuoso terror.

» Pasada la puerta hay un amplia y larga calle, dividida en dos por un canal de agua corriente y que tiene a ambos lados, como nuestro Puente Nuevo, un largo andén de cinco o seis pies de altura y cuatro de ancho. A cierta distancia hay una serie de arcos a modo de puertas. En esos andenes se hallan sentados ciertos



empleados y vigilantes, que desempeñan sus funciones sin que les molesten las personas y los caballos que transitan más bajos que ellos por la calle. En ese mismo sitio los *manseb-dars* o pequeños *omerahs* hacen la guardia nocturna.

»El agua del canal se reparte por todo el serrallo y cae después en los fosos para llenarlos. El agua se saca del río por un canal que se ha abierto a cinco o seis leguas aguas arriba de Delhi. Costó gran dificultad abrir paso a las aguas a través de grandes rocas.

»Eso es poco más o menos lo que se ve al entrar por una de las puertas de la plaza.

»Al penetrar por la otra puerta se halla también en un principio una calle bastante amplia y larga que, cual la otra, tiene sus andenes laterales, pero en la parte alta se ven tiendas en lugar de arcos. Esa calle es propiamente un bazar, muy cómodo durante la estación de las lluvias y el verano, pues la cubre una bóveda ancha y prolongada en cuya parte superior hay grandes aberturas redondas para que den luz.

»Además de esas dos calles hay a ambos lados otras muchas vías, que conducen a los departamentos en que los *omerahs* hacen la guardia una vez por semana y durante veinticuatro horas. En verdad, esos lugares son magníficos para cuerpo de guardia, pues los *omerahs* compiten en hacerlos embellecer a sus expensas. Son, por lo general, andenes próximos a un parterre, surcados por canalillos y con estanques y surtidores.

»Durante las veinticuatro horas de su guardia los *omerahs* no tienen que preocuparse de su comida. El

rey se la envía a cada uno y los *omerahs* la reciben con mucha ceremonia y respeto, haciendo tres veces el *taslín* o saludo de gracias, que consiste en elevar tres veces la mano sobre la cabeza, descendiénola luego hasta el suelo, con el rostro vuelto hacia el aposento del rey.

»Hay además varios andenes y tiendas levantadas en diversos lugares y donde están los despachos o mostradores de diferentes funcionarios.

»Otra cosa curiosa de Delhi son los *kar-kanays*, grandes salas donde trabajan los artesanos. En una de ellas los bordadores están consagrados a su faena, vigilados por un jefe; en otra sala están los orfebres y en otra los pintores; en estotra los que aplican la laca (1); en aquélla los carpinteros, torneros, sastres y zapateros; los que trabajan la seda y el brocado, y todas las telas finas que sirven para confección de los turbantes, los cinturones con flores de oro y los pantalones de señora, tan finos y delicados que, en ciertas ocurrencias, no les dura más que una noche, y eso que cuestan diez o doce escudos, y bastante más cuando, como algunos que he visto, llevan finos bordados de aguja.

»Todos estos artesanos llegan por la mañana a los *kar-kanays* o talleres, trabajan todo el día y se retiran luego por la noche a sus moradas, deslizándose la vida de cada uno tranquilamente, sin aspirar a nada superior a su condición, pues el bordador hace de su hijo

---

(1) Las lacas proceden de árboles diferentes. La laca del Japón procede del *Rhus vernicifera*; la de China e Indo-China, del *Melanorrhæa laccifera*; la de Siam y Birmania, del *Melanorrhæa usitata*. Se incide transversalmente la corteza del árbol con el cuchillo llamado *kakigama* y se va recogiendo la laca a medida que se exuda y fluye. Al aire pardea y aun se torna negra. — (Nota de la edición española.)

un bordador, el orfebre un orfebre, como el médico hace que su hijo sea médico. Nadie se alía sino con personas de su oficio, observándose esto religiosamente, no sólo entre los gentiles, obligados a ello por su ley, sino por los mismos mahometanos. A esto se debe que muchas hermosas jóvenes no lleguen a casarse, pasando su vida como pueden, aunque podrían hallar buenos partidos si los padres las permitiesen, o mejor dicho, pudieran casarlas con el vástago de una familia que consideran menos noble que la suya.

»Después de todos estos departamentos se llega al *Am-kas*, que me parece algo verdaderamente regio. Es un gran patio cuadrangular, cuyos lados son galerías formadas por arcos como podría serlo nuestra Plaza Real, con la diferencia de que no existen construcciones en la parte superior de las arcadas y que éstas están separadas unas de otras por un muro, pero hay una puertecilla para pasar de una a otra. Sobre una puerta de grandes proporciones, que se halla en el centro de uno de los lados del cuadrángulo, hay un espacioso andén abierto por la parte del patio llamado *nagar-kanai*. Es el sitio en que las bandas de trompetas o, más exactamente, de oboes y timbales, tocan concierto a ciertas horas del día y de la noche; pero forman un concierto muy extraño para los oídos de un europeo recién llegado al país; hay veces en que diez o doce de esos oboes y otros tantos timbales suenan de súbito. Y es el caso que hay un oboe, llamado *karna*, que tiene braza y media de longitud y no menos de un pie de abertura por abajo, y timbales de cobre o de hierro que tienen una braza de diámetro. Júzguese, pues,

del estruendo que eso hará. A mí, al principio, esa música me excitaba y aturdí, de tal modo, que me era insoportable. Pero la costumbre, el hábito, lo puede todo. Hace ya mucho tiempo que esa música me parece muy agradable, especialmente cuando la oigo a lo lejos; durante la noche, desde mi lecho; que se halla sobre la terraza de mi casa, me parece que tiene algo de grave, de majestuoso y que es muy melódica; no faltan razones para eso, pues tiene sus reglas, sus medidas, y hay excelentes maestros, instruídos desde la juventud, que dirigen esas bandas y que saben perfectamente moderar los fuertes sonidos de dichos instrumentos; no es posible que dejen de conseguir algunos aspectos que no sean desagrables al oído, siempre que se oigan desde lejos, como he dicho. A causa de ello se instaló el *nagar-kanay* en un sitio alto y muy alejado de la morada del rey, como vais a ver (Lámina I).

»En el lado opuesto de la gran puerta del patio, sobre la cual se encuentra ese *nagar-kanay*, y en el fondo de ese patio, hay una sala grande y magnífica, con numerosas filas de pilares, muy alta y abierta por los tres lados que dan al patio; los pilares y el techo están pintados y dorados. En el centro del muro que separa esa sala del serrallo se ve una abertura o especie de balcón, grande, alto y ancho y que se encuentra a cierta altura para que no se pueda alcanzar hasta él con la mano. En ese sitio es donde aparece el rey sentado en su trono; a los lados se hallan algunos de sus hijos; varios eunucos permanecen de pie. De estos eunucos, unos espantan las moscas con colas de pavo real, otros agitan el aire con enormes abanicos y otros se mantie-

nen en actitud de profundo respeto y humildad, prontos para cualquier servicio.

»Desde ese sitio, el rey ve en la parte inferior a todos los *omerahs* congregados alrededor suyo y a todos los *rajahs* y embajadores, que se hallan en pie sobre un andén con balaustrada de plata; todos esos dignatarios tienen los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el vientre. Más lejos ve el rey a los *manseb-dars* —u *omerahs* menores, que están igualmente de pie en la misma postura y respeto que los *omerahs*—, y más allá, en el resto de la sala y de la explanada, contempla a la muchedumbre. Allí es donde el Gran Mogol, diariamente, a eso de las doce, concede audiencia general, y por eso se ha denominado a esa gran sala *Am-kas*, que viene a significar lugar de audiencia o de asamblea común, a todos sus súbditos, grandes y pequeños.

»Durante la hora y media, próximamente, que dura esa asamblea, el rey se entretiene en ver pasar ante sí un cierto número de los más hermosos caballos de sus cuadras, para saber si están bien tratados y en buen estado. También pasan ante el rey cierto número de elefantes. El cuerpo enorme y sucio de estos animales aparece entonces bien lavado, limpio y pintado de negro como tinta, salvo dos gruesas rayas de pintura roja que desde lo alto de la cabeza descienden hacia la trompa, donde se juntan. Estos elefantes llevan en tal circunstancia bellas gualdrapas bordadas, con dos campanillas de plata que penden a ambos lados y que están unidas a los extremos de una gran cadena del mismo metal que les pasa por el lomo, y ciertas colas



de vacas (1) del Gran Tíbet, blancas y muy caras, que penden de sus orejas, como grandes mostachos; dos pequeños elefantes con adornos muy vistosos se mantienen a los lados, como si fuesen sus esclavos destinados a servirles. Estos grandes colosos, cual si se sintiesen orgullosos por verse tan magníficamente engalados y acompañados, caminan gravemente, y cuando han llegado ante el rey, el conductor, que va sentado sobre el elefante, con una pequeña pica de hierro en la mano, hostiga al animal, lo golpea y le habla y le hace doblar una rodilla, alzar la trompa y lanzar una especie de rugido que el pueblo considera un *taslín* o saludo.

»Después de los elefantes, desfilan muchas gacelas amaestradas, que riñen unas con otras ante el soberano; bueyes grises, especie rara de este país, que, en mi opinión, son una especie de alces; rinocerontes, búfalos de Bengala, con sus cuernos prodigiosos para combatir con el león y el tigre; leopardos y panteras domesticadas, de las que sirven para cazar las gacelas; hermosos perros Usbec de caza, de todas clases, con una pequeña gualdrapa roja. Luego llevan ante el rey numerosas aves de rapiña de todas especies, unas para cazar perdices, otras para cazar grullas, otras para las liebres; las hay que se arrojan sobre las gacelas, las acometen por la cabeza y las ciegan con sus alas y sus garras.

---

(1) Alude seguramente Bernier al *yak* (*Bos* o *Poephagus grunniens*) bóvido de las altas regiones del Asia central, intermedio entre el bisonte y el toro, con largos pelos blancos en la cola, flancos y vientre. Se le domestica y utiliza por su carne, leche de sus hembras y como bestia de carga. — (*Nota de la edición española.*)



»A veces también uno o dos *omerahs* hacen desfilar ante el rey sus tropas de caballería. Y esos *omerahs* parecen orgullosos del estado de los jinetes y de sus caballos; pero a los primeros se les ha tenido que proveer de vestidos nuevos para aquella circunstancia. Los caballos llevan las monturas más diversas y fantásticas.

»De vez en cuando se complace el rey en hacer ensayar cuchillos sobre carneros muertos, que se llevan ante el monarca después de haberles sacado las entrañas y de empaquetarlos pulcramente. Entonces los jóvenes *omerahs* y los *manseb-dars* y *gurceber-dars* o maceros, rivalizan para demostrar su fuerza y destreza, cortando las cuatro patas juntas y el cuerpo del carnero de un solo tajo.

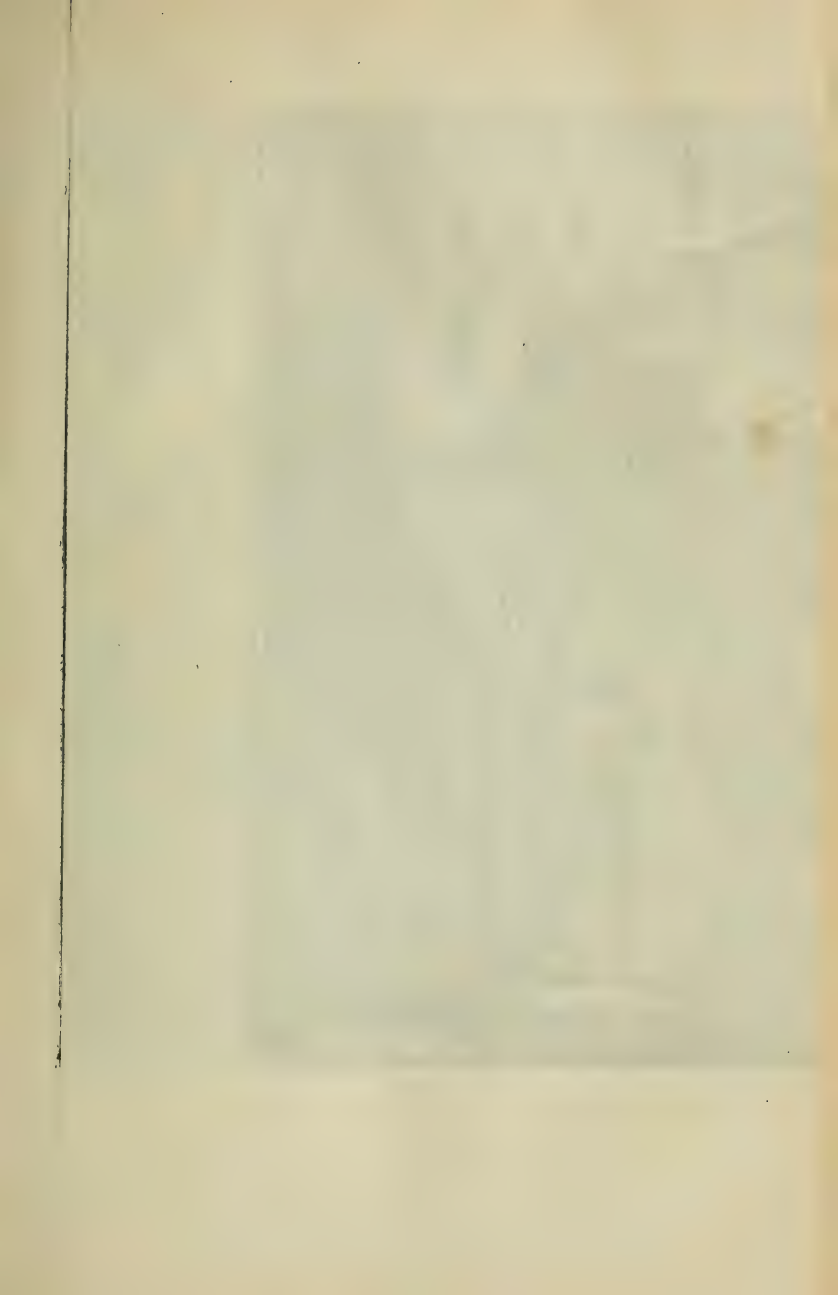
»Por lo demás, todas estas diversiones no son sino a modo de intermedio de las cosas serias, como dije antes: el rey no deja de pasar revista a la caballería, y esa revista no deja de ser minuciosa. Podemos afirmar que terminada la guerra no hay un solo soldado de caballería, ni ningún otro hombre de guerra a quien el rey no haya visto y examinado, ora para aumentarle su paga, ora para disminuísela o para darle de baja en sus tropas. Además, todos los días se ve que el rey hace que le presenten las peticiones o solicitudes escritas, que se le muestran desde lejos, en la muchedumbre; ordena que se las lean, hace conducir ante él a los solicitantes o a las partes interesadas; examina las demandas y frecuentemente hace hacerles justicia inmediatamente, a pesar de existir el *adalet-kanay*, que es el Tribunal de Justicia adonde asiste regular-

mente una vez por semana, acompañado de sus dos primeros *kadís* aunque, otra vez por semana también, tenga la paciencia de escuchar durante dos horas a diez personas del bajo pueblo, que un anciano bondadoso y rico le presenta, lo que prueba que estos reyes, por bárbaros que podamos creerlos, no dejan de recordar siempre que deben justicia a sus súbditos.

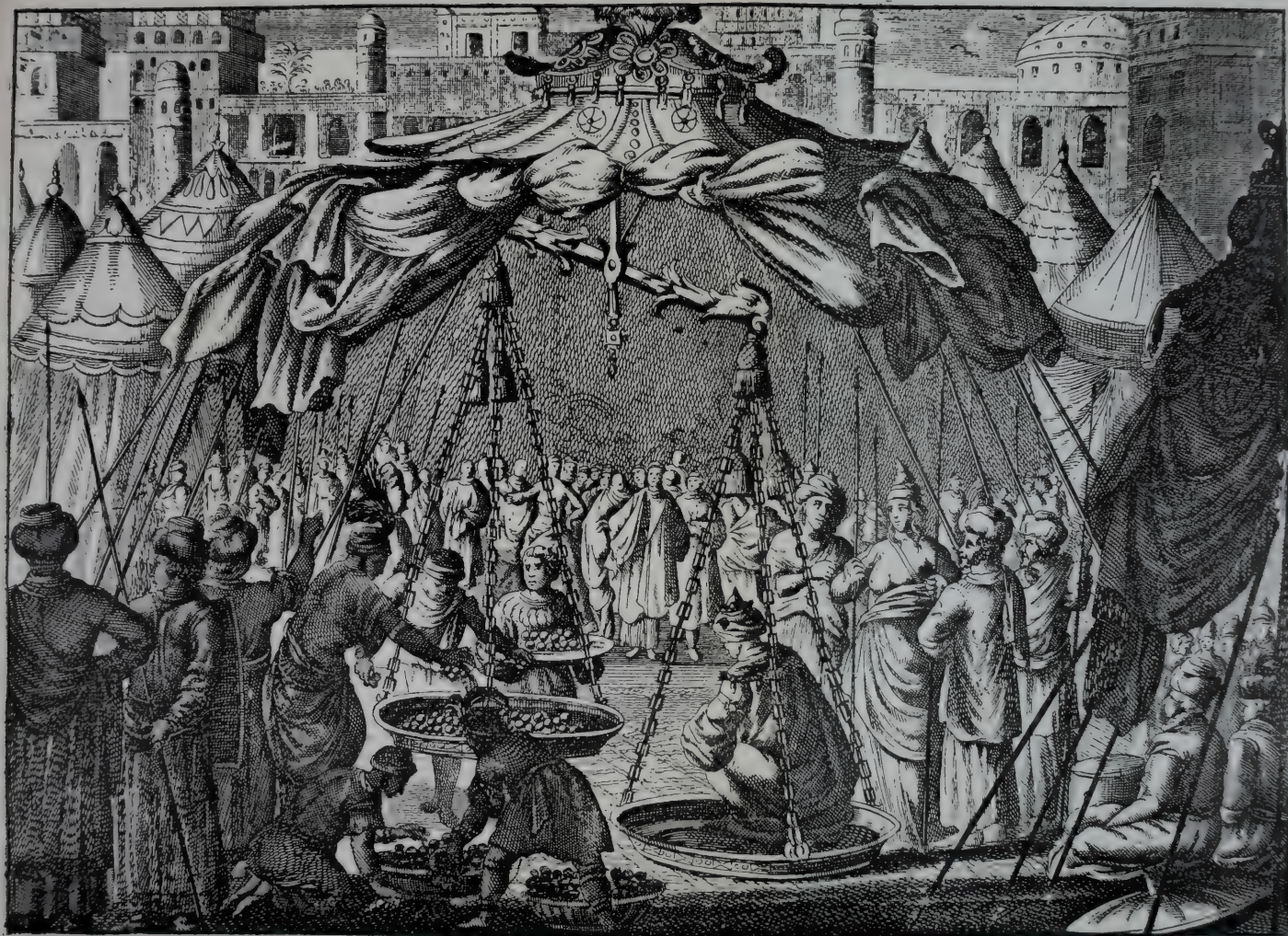
»Esta asamblea de los *Am-kas* me parece bastante grandiosa y real; pero lo que me ha chocado siempre mucho es cierto aire de lisonja demasiado servil que se observa siempre en ella, pues el rey no podría pronunciar una palabra, por insulsa o poco razonable que fuese, sin que algunos de sus primeros *omerahs* alzasen las manos como para recibir alguna bendición del cielo y exclamasen: «*Karamat, Karamat*», o sea: ¡«Maravillas! ¡maravillas! ¡el rey ha dicho maravillas!» Y no hay mogol que ignore y deje de ufanarse al deciros este proverbio en versos persas:

*Aguer chab romzra Gouyed cheb est in  
Bubayed Goust inck mah ou peruin.*

»Si el rey dice al mediodía que es de noche, hay que decir que se ven la luna y las estrellas. Y ese vicio de los *omerahs* se propaga también entre el pueblo. Cien veces he visto mogoles llegar a mí para cualquier cosa y decirme como preámbulo que yo era el *Aristotalis*, el *Bocrate* y el *Abouysina Ulzaman*, o sea que yo era el Aristóteles, el Hipócrates y el Avicena de la época. Al principio procuraba defenderme diciendo que yo no era lo que decían, que yo estaba muy lejos de poseer los méritos de aquellos grandes







EL GRAN MOGOL PESÁNDOSE

hombres; pero vi entonces que era peor y que los individuos volvían a comenzar sus cumplimientos, hasta el punto de que fué preciso que mis oídos se acostumbrasen a sus lisonjas como se han acostumbrado a su *música*. Y no puedo omitir cierto rasgo de esa lisonja, porque él os hará comprender hasta qué extremo la llevan los mogoles. Un *pendet brahman* o doctor gentil, a quien yo hice entrar al servicio de mi *agah* (del rey), quiso al entrar en funciones hacer el panegírico del soberano, y después de haberle comparado con los más grandes conquistadores que en el mundo ha habido y de prodigarle cien lisonjas torpes e impertinentes, terminó seriamente con ésta: «Cuando ponéis, Señor, el pie en el estribo y marcháis a caballo con vuestros jinetes, la tierra tiembla bajo vuestros pasos, pues los ocho elefantes que la sostienen con su cabeza no pueden resistir tan grande esfuerzo.» Yo no pude menos de reirme al oír eso, y traté de decir seriamente al rey, que no podía tampoco contener la risa, que sería muy conveniente que no montase a caballo sino rara vez, para evitar los terremotos, que tan grandes desgracias causan.

»—Por esto mismo —dijo el rey sin vacilar— me hago llevar generalmente en *paleky*.

»Desde el gran salón del *Am-kas* se pasa a un sitio más retirado que se denomina el *Gosel-kanay*, como quien dice el sitio de lavarse. En este sitio no se permite la entrada sino a muy pocas personas. El patio no es tan grande como el de *Am-kas*; pero la sala es muy bella, amplia, pintada y dorada. Está a cuatro o cinco pies de altura sobre el pavimento del patio, como un



gran estrado. Es el lugar donde el rey, sentado, rodeado de sus *omerahs*, que permanecen en pie, da audiencia a sus oficiales, recibe sus cuentas y trata de los negocios más importantes del Estado. Todos los *omerahs* están obligados a asistir todas las tardes a esa asamblea, como por la mañana al *Am-kas*. En caso de faltar, se les descuenta de su paga cierta cantidad. Sólo mi cliente Danechmend-kan está exento de tal obligación por su calidad de hombre de letras y por hallarse perfectamente ocupado en el estudio y en los asuntos extranjeros del Estado; pero esta excepción es a reserva del miércoles, día en que tiene que hacer su guardia. Son costumbres rigurosas e indispensables, y es muy justo que lo sean respecto de los *omerahs*, pues que lo son respecto del mismo rey. Este no falta nunca a sus dos asambleas, a menos de sobrevenir algún asunto grave, o de hallarse gravemente enfermo. Como vimos ya, Aureng-Zebe, en su última enfermedad, y a pesar de ofrecer grave peligro, no dejaba de hacerse conducir a las asambleas, por lo menos una vez al día. Cierto es que hallándose en extremo grave, como lo estaba, se hubiese visto en el acto a todo el reino en el mayor desorden y cerradas todas las tiendas de la capital.

»Mientras el rey se ocupa de los asuntos del Estado en la sala del *Gosel-kanay*, todos los *manseb-dars* que se hallan de guardia saludan al monarca, pasando ante él con mucha ceremonia. Ante ellos marcha pomposamente lo que se llama el *kurs*, que consiste en varias figuras de plata llevadas en el extremo de unos grandes bastones del mismo metal, muy bellos y muy

bien trabajados; hay dos que representan dos grandes pescados; otros dos que representan un animal fantástico, de horrible figura, que llaman *eiedeha*; otros que representan dos leones, otros dos manos, otros dos balanzas y de no sé cuántas figuras más de las que ellos hacen sus misterios. Entre este *kurs* y los *manseb-dars* van mezclados varios *gurceber-dars* o maceros, sujetos de alta estatura y de buena presencia, que están destinados a impedir desórdenes en las asambleas y llevar prestamente a todas partes y ejecutar las órdenes del rey.

»Ahora desearía haceros dar un paseo por el serrallo, como he hecho por el resto de la fortaleza; pero ¿quién es el viajero que puede hablar de aquél por haberlo visto? Yo entré en él algunas veces, no hallándose el rey en Delhi, y en cierta ocasión por hallarse enferma una gran dama de la corte y en tal estado que no era posible conducirla a la entrada del serrallo, como es costumbre. Pero siempre llevaba sobre mi cabeza un chal de Cachemira que me llegaba hasta los pies y un eunuco me llevaba de la mano, como a un ciego; de modo que no puedo describiros detalladamente lo que es el serrallo. Sólo puedo decir, en general, y por lo que me han referido en ocasiones algunos eunucos, que hay en él bellísimos aposentos, separados unos de otros y más o menos grandes y magníficos, con arreglo a la calidad y a las pensiones que las mujeres u odaliscas disfrutaban.

»Según ellos, apenas hay residencia que no tenga en la puerta su estanque de agua corriente. Todos son en el serrallo parterres magníficos, hermosas avenidas

bordeadas de árboles frondosos; boscajes, arroyos de aguas cristalinas, surtidores, grutas, grandes aposentos subterráneos para preservarse del calor durante el día; terrazas y divanes grandes y elevados para dormir por la noche al fresco; en fin, dentro del serrallo no se sabe lo que es el calor. Los eunucos ponderan sobre todo una pequeña torre situada del lado del río, porque está, según dicen, cubierta de planchas de oro (como las dos que hay en Agra) y el interior, todo de oro y azul, de bellas y ricas pinturas y espejos.

»Lo expuesto es casi todo lo que puedo deciros acerca de la fortaleza. Pero antes de salir de ella volvamos, os ruego, sobre nuestros pasos y entremos otra vez en el *Am-kas*. Voy a procurar representároslo de la manera que yo lo he visto en ciertas fiestas del año, y principalmente en la que se celebró después de la guerra, como regocijo extraordinario, pues fué una de las cosas más notables que yo haya presenciado:

»El rey aparecía sentado en su trono, en el fondo de la gran sala del *Am-kas*, y magníficamente vestido. Su vesta era de un satén blanco con florecillas y finos bordados de oro y seda; el turbante de tela de oro y ostentaba un airón cuyo arranque estaba cubierto de diamantes de un tamaño y precio extraordinarios, con un gran topacio oriental, que se puede considerar sin par, que brillaba como un pequeño sol. Un collar de ricas perlas pendía de su cuello y le llegaba hasta el estómago, a la manera que algunos gentiles llevan aquí su gran rosario. El trono se hallaba sostenido por seis voluminosos pies, que se dice son de oro macizo y todo sembrado de rubíes, de esmeraldas y de diamantes. Yo

no podría deciros con exactitud ni la cantidad ni el valor de aquel montón de pedrería, puesto que no es posible aproximarse lo suficiente para contarlas y juzgar de sus brillantes aguas; sólo puedo deciros que los diamantes de gran tamaño son numerosísimos y que todo el trono está tasado en cuatro *koruras* de rupias, si tengo buena memoria. He dicho en otro lugar, que una rupia vale próximamente treinta *sueldos* (1), que una *lecca* vale cien mil rupias y que un *koruras* tiene cien *leccas*. Así, pues, el trono se estimaría en cuarenta millones de rupias, que equivalen a sesenta millones de libras. Hizo construir ese trono Chah-Jehan, padre de Aureng-Zebe, para dar empleo a tanta pedrería acumulada a través del tiempo en el Tesoro, y que procedía de los despojos de los antiguos *patans* y *rajahs* y de los regalos que los *omerahs* están obligados a hacer al rey en ciertas fiestas del año. El artificio de este trono no responde a la materia que lo forma. Lo que me parece mejor pensado y ejecutado en él, son dos pavos reales cubiertos de piedras preciosas y de perlas. Ejecutó la labor un francés llamado..... que era un artífice maravilloso y que, después de haber engañado a varios príncipes de Europa, lo que sabía hacer a perfecta maravilla, se refugió en esta corte, donde hizo fortuna.

»Más abajo del trono, todos los *omerahs*, vestidos con magnificencia, se hallaban sobre un gran estrado cubierto por un espléndido dosel con grandes franjas de oro y rodeado de una balaustrada de plata. Los pi-

---

(1) Véase nota de la pág. 189, t. I. El sueldo francés son cinco céntimos.

lares de la sala estaban tapizados de brocado con fondo de oro. Toda la parte alta de la estancia se hallaba cubierta de doseles de satén con flores, y suspendidos por medio de cordones de seda encarnada, de los que pendían gruesas borlas con hilos de seda y de oro, y en el suelo grandes tapices de seda, muy ricos, de longitud y anchura prodigiosa. En la explanada o gran patio se veía una especie de tienda de campaña llamada *Aspek*, tan larga y ancha como la sala, acaso más. La rodeaba una balaustrada cubierta de planchas de plata, sosteniéndola tres pilares del espesor y altura del mástil de un barco y de algunos más pequeños, cubiertos también con planchas de plata. Por la parte exterior era roja, pero el interior estaba cubierto de bellas pinturas al pincel, de Maslipatan, hechas con colores tan vivos y flores tan naturales, obtenidas de cien suertes de maneras y de formas, que se hubiese dicho que era algún jardín suspendido. Así estaba adornada la gran sala del *Am-kas*. En cuanto a las galerías de arcos de que hablé, que rodean el patio, cada *omerah* había recibido la orden de adornar una a sus expensas, y no hay que decir que los *omerahs* rivalizaron por hacerlo con la suya con más magnificencia que la de los demás. No se veían por doquier más que brocados y ricas alfombras.

»El tercer día de esa fiesta, el rey se hizo pesar con mucha ceremonia, y después de él varios *omerahs*, empleándose grandes balanzas y pesas que, según se dice, son de oro macizo. Recuerdo que todos los *omerahs* mostraron un gran júbilo porque el rey pesaba dos libras más que el año anterior (Lám. II).



»Todos los años se celebran fiestas de esa clase, pero ninguna revistió tanto esplendor como esa.

»Se dice que lo que condujo a Aureng-Zebe a dar esta magnífica fiesta fué tratar de levantar un poco a los mercaderes de brocados que tenían abarrotados sus almacenes de ellos, donde se apolillaban por los cuatro o cinco años de guerra en que no pudieron venderlos. El gasto de los *omerahs* fué grande, pero los simples caballeros pagaron al fin su parte, porque los *omerahs*, tras la fiesta, les obligaban a tomar de estos brocados para hacerse vestas.

»Hay en esas fiestas una costumbre antigua, que no es muy del agrado de los *omerahs*, pues tienen que hacer al rey algún regalo, proporcionado a su paga. Y hay *omerahs* que por hacerse los fastuosos por temor a que se descubran las *irregularidades* observadas en sus sinecuras y en sus gobiernos, o para ser más gratos al rey, con la esperanza de que les aumente sus pensiones, le hacen regalos verdaderamente extraordinarios. Unos consisten en soberbios vasos de oro, cubiertos de piedras preciosas; otros en cierta cantidad de magníficas perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes.

»Algunos *omerahs* le ofrendan, y esto es muy general, sin número determinado de esas monedas de oro que valen próximamente una pistola y media (1). Recuerdo que Aureng-Zebe, al ir a visitar durante esa gran fiesta a su visir Jafer-kam, y no como tal visir sino como pariente, y con el pretexto de ver un edificio que había héchose reconstruir, Jafer-kam le regaló en monedas de

---

(1) La pistola era moneda de oro antigua que, aun cuando de valor variable, solía valer en Francia diez francos.—(Nota de la edición española.)

oro de esa clase por valor de cien mil escudos, varias hermosas perlas y un rubí que se estimó en cuarenta mil escudos. Por cierto que Chah-Jehan que era maravillosamente perito en piedras preciosas, descubrió que ese rubí no valía quinientos escudos, lo que puso en serio apuro a los primeros joyeros que habían sido engañados.

»Suele haber en esas fiestas algo que es muy curioso: es una especie de feria que se verifica en el Mehalle o serrallo del rey. Las mujeres de los *omerahs* y de los grandes *manseb-dars*, o pequeños *omerahs* (entiendo son las más galantes y hermosas), son las vendedoras. El rey y todas las princesas (*Begums*) y grandes damas del serrallo son los compradores. Los artículos consisten en brocados muy bellos, bordados, turbantes fabricados con telas de oro, tejidos finos para las damas y otros artículos de alto precio. Si las damas de la corte tienen alguna hija hermosa, no dejan de llevarla a la feria para que la vean el rey y las princesas. Lo curioso de esa feria, es que el rey regatea con las vendedoras como cualquier pobre diablo, diciendo que se burlan de él, que el precio es demasiado caro, que no dará más que tanto, que el artículo de tal vendedora es mejor, y otras cosas de comprador tacaño. Las vendedoras hacen lo mismo y, sin considerar que se trata del rey (y ahí está lo bueno), defienden su mercancía sin moderar la lengua, hasta el punto de llegar a emplear algunas expresiones nada cortesanas, por ejemplo: «que eso es ser un comprador de nieve», «no entender nada del artículo», «que puede irse a otra parte», acabando por decirle que puede irse, que el

artículo tal no es para él, y otras razones por el estilo. Las princesas hacen lo mismo, y aun peor, pues llegan a injuriarse algunas veces como en broma. Así, la feria es un alboroto, una escena bufa sin igual. Sin embargo, cuando hay acuerdo en el precio, el rey y las princesas hacen acopio de artículos, pagando en dinero contante. A veces ocurre que el rey y las princesas, en lugar de rupias de plata, dan a la bella vendedora, o a su hija, algunas rupias de oro como por distracción. Las vendedoras le imitan en esto, pronunciando algunas palabras de galantería. Chah-Jehan, que no era enemigo del sexo, quería siempre multiplicar esa feria en todas las fiestas, aunque supiese que aquéllo no era muy del agrado de algunos *omerahs*. Una cosa que me parece que pasa algo los debidos límites, es que las mujeres públicas, no ciertamente las mujeres públicas de *bazar*, sino las retiradas e importantes que asisten a las fastuosas nupcias de los *omerahs* y *manseb-dars*, para cantar y danzar, las que llaman *kenchen*, lo que significa algo así como *doradas*, *floridas*; esas mujeres, digo, en tiempos de Chah-Jehan, entraban también en el serrallo y hasta pasaban en él la noche, cantando y danzando. Verdaderamente, son muy hermosas y elegantes y saben todas cantar y danzar admirablemente, al estilo del país. En sus danzas hacen contorsiones y movimientos cadenciosos que son sorprendentes; pero en fin, al cabo no dejan de ser mujeres públicas. A pesar de esto, Chah-Jehan no se contentaba con hacerles venir al serrallo, con ocasión de las fiestas, sino que cuando iban a saludarle, con arreglo a la antigua costumbre que las obliga a ir todos los miércoles al

*Am-kas* para saludar al rey, éste sabía hacerlas entrar en el serrallo y la noche se pasaba en diversión. Aureng-Zebe es más serio y no les permite entrar en el serrallo, consintiendo únicamente, por no abolir la costumbre, que acudan todos los miércoles al *Am-kas* para hacerle el *salam* desde lejos y retirarse luego.

» Y puesto que hablamos de esas fiestas y ferias y de esas *kenchens* o *kenchenys*, qué mal habrá en que os refiera una anécdota sobre cierto sujeto francés, la cual me parece interesante, ya que Plutarco ha dicho que las cosas pequeñas no son siempre de desdeñar y que a veces hacen conocer mejor que las grandes el genio de los hombres. Ese francés, que se llamaba Bernard, llegó a la corte en los últimos años del reinado de Jehan-Guire. Debía ser excelente médico y hasta un gran cirujano, pues de ello dejó fama. Fué muy bien acogido por el rey, llegando a tener cierta familiaridad con él, hasta al punto de que bebían juntos y tomaban parte en las mismas bacanales. Hay que decir que ese Jehan-Guire o «Conquistador del mundo», no se ocupó nunca más que de beber y divertirse, dejando los asuntos del Estado a cargo de su mujer, la famosa Nur-Mehale, o Nur-Jehan-Begum, que, según el rey, tenía bastante talento para regir el Imperio sin que él tuviera que preocuparse de ello.

» Nuestro Bernard, además de recibir del rey diez escudos diarios, ganaba mucho más todavía asistiendo a las grandes damas del serrallo y a los *omerahs*, que utilizaban sus servicios profesionales y rivalizaban por agasajarle, tanto porque era hábil médico como por el hecho de notar todo el mundo que el rey le tenía gran

afecto. Pero Bernard era un hombre que no sabía conservar nada: lo que recibía con una mano lo daba al instante con la otra. Por esto era muy conocido y estimado, sobre todo por las *kenchenys*, con las cuales despilfarraba el dinero, hallándose siempre entre bandadas de esas mujeres, que pasaban la noche en su casa cantando y danzando. Pero llegó un momento en que se enamoró de una de aquellas mujeres, joven, hermosa y que danzaba muy bien. Pero la madre, temiendo que su hija, al abandonarse, perdiese su fuerza y vigor de ordinario, como ocurre, no la perdía de vista, de tal forma, que Bernard no halló otro medio para conseguir sus deseos que el siguiente: Un día en que el rey en el *Am-kas*, y en presencia de todos los *omerahs* le hacía un obsequio por una operación feliz que había realizado en el serrallo, dió las gracias al rey muy caballerosamente y le suplicó que le concediera la gracia de donarle la joven *kencheny* de que estaba enamorado y que se hallaba detrás en pie con toda su tropa para hacer el *salam* ordinario. Toda la asamblea comenzó a sonreír al darse cuenta de aquella petición ridícula, pues él era cristiano, y la joven mahometana y *kencheny*. Pero el rey, que nunca se preocupó de mahometismo, y que no podía resistir la risa, ordenó en el acto que le entregasen a la joven. «Que se la echen a cuestras» —dijo— y que se la lleve.» La orden quedó ejecutada en el acto. En presencia de toda la asamblea colocaron a la joven *kencheny* sobre la espalda de Bernard, quien salió así cargado con su presa y se dirigió a su casa.

»Aquí debo deciros que esas fiestas acaban general-



mente con un espectáculo desconocido en Europa, y es el combate de los elefantes, que el rey, las damas de la corte y los *omerahs* contemplan desde diversos sitios de la fortaleza, y que se verifica ante el pueblo congregado en la gran plaza arenosa que hay al lado del río.

»Para el combate se forma previamente un muro de tierra de tres o cuatro pies de ancho y de cinco o seis de altura. Los dos elefantes que han de combatir llegan uno por un lado de ese muro y el otro por el otro, de modo que se topen de frente. Sobre cada elefante van montados dos conductores, a fin de que si uno, que va montado en la parte delantera con un gran gancho de hierro para hacer tomar al animal la derecha o la izquierda, llega a caerse, el otro conductor, que va en la parte trasera, se coloque en seguida en su puesto. Los cuatro conductores animan a los elefantes para el combate, ora hablándoles dulcemente, ora gritándoles como a cobardes y golpeándoles rudamente. Cuando han sido excitados así, se ven a aquellas dos grandes masas dirigiéndose hacia el muro, abordarse pesadamente y darse tan terribles golpes con la cabeza y la trompa que se diría que se han destrozado mutuamente. El combate continúa algún tiempo, cesa y vuelve a reanudarse muchas veces hasta que, derrumbado el muro, el más valeroso de los dos animales pasa sobre el otro, le hace volver la espalda, le persigue a dentelladas y trompazos, se encarniza después con él de tal modo, que no hay manera de separarlos sino por medio de los *cherkys*, que son ciertos fuegos artificiales que se arrojan entre ambos, pues esos ani-

males son muy miedosos y temen sobre todo al fuego. A esto se debe que desde que se emplean en la guerra armas de fuego los elefantes no sirven casi para nada en ella. Hay algunos elefantes de Ceilán que se acostumbran fácilmente al fuego; pero después de haberles acostumbrado años enteros, disparando ante ellos todos los días mosquetes y tirándoles petardos entre las patas. Por lo demás, el combate de los elefantes no sería muy desagradable de presenciar, si no fuera en cierto modo demasiado cruel, pues ocurre con frecuencia que algunos de los pobres miserables conductores mueren aplastados. En el combate, los elefantes tienen la malicia de procurar golpear con la trompa y tiran hacia abajo al conductor de su adversario. Y por esto, el día que los infelices conductores saben que hay combate, se despiden de sus mujeres y de sus hijos como si estuviesen sentenciados a muerte. Lo que les anima y consuela es que cuando cumplen bien su deber, el rey los aumenta la paga y hace que se les dé en el acto un saco de *peyssas*, unos cincuenta francos. Si perecen, el rey hace que la viuda reciba la paga y que el hijo, si lo tiene, herede el cargo. En esos combates son frecuentes las desgracias entre los espectadores, bien por ser aplastados por los elefantes, bien por espantarse los caballos de algunos circunstancias, originando carreras y una confusión indescriptible. Por esto no puede presenciarse ese espectáculo desde cerca sin correr peligro. En cuanto a mí, la segunda vez que lo presencié me arrepentí mucho de haberme aproximado tanto, pues si no hubiese tenido un buen caballo y dos fieles criados, creo que lo ha-

bría pagado caro, como le ocurrió a muchos (véase Lámina III).

» Ya es hora de que salgamos de la fortaleza para volver a la ciudad y hablaros de dos cosas que había olvidado. La primera es la gran Mezquita, que se divisa desde lejos en el centro de la capital y que se ha edificado en lo alto de una roca cortada con tal fin para construir alrededor de ella una gran plaza. En esta plaza desembocan cuatro largas calles, que corresponden a los cuatro lados de la Mezquita; es decir, una al frontispicio, o puerta principal, otra a la parte posterior y las otras dos a las puertas que se hallan en el centro de cada lado. Para llegar a la puerta hay que ascender veinticinco o treinta escalones de hermosas y grandes piedras que la circundan, excepto por la parte posterior, revestidas de otras magníficas piedras de talla para cubrir las desigualdades de la roca que se había cortado; eso contribuye mucho a la belleza del monumento. Las tres entradas son soberbias. Todo es mármol en ellas, y sus grandes puertas están cubiertas de placas de cobre artísticamente trabajadas. Encima de la puerta principal, que es mucho más soberbia que las otras dos, hay varias torrecillas de mármol blanco que la embellecen mucho, y en la parte posterior de la Mezquita se alzan tres grandes cúpulas frontales, que son también de mármol blanco, tanto exterior como interiormente; pero la del centro es bastante más grande y alta que las otras. El resto de la Mezquita, es decir, desde esas tres cúpulas hasta la puerta mayor, no tiene techo, a causa del calor del país; el pavimento lo forman grandes losas de mármol. Ad-

mito que ese edificio no esté dentro de esas reglas y órdenes de arquitectura que nosotros creemos que se deben seguir inexorablemente; pero no hallo en él nada que me choque; al contrario: todo me parece bien pensado, ejecutado y armonioso, y hasta pienso que siuviésemos en París una iglesia de esa suerte de arquitectura, no parecería fea, aunque no fuese más que por tener para nosotros una apariencia extraordinaria y sorprendente y porque, exceptuando las tres grandes cúpulas, y todas las torrecillas, que son de mármol blanco, parece completamente rojo, como si todos los edificios lo formasen grandes planchas de mármol de ese color, a pesar de que no son sino piedras muy fáciles de tallar y cortar y que incluso se exfolia con el tiempo. De pasada manifestaré que de ser cierto lo que se dice acerca de las canteras de esa piedra, sería una cosa verdaderamente notable. Se pretende, porque se llenan de agua todos los años o por otra causa, que la piedra renace poco a poco.

»El rey asiste a esa Mezquita todos los viernes, que es el domingo de los mahometanos. Antes de que salga de la fortaleza son regadas las calles por donde ha de pasar, para evitar el calor y el polvo. Doscientos a trescientos mosqueteros forman la guardia en la puerta de la fortaleza y otros tantos se alinean a ambos lados de una calle que desemboca en la Mezquita. Sus armas son pequeñas, pero bien construídas, y llevan a modo de una vaina escarlata con una banderola encima. Cinco o seis jinetes deben situarse junto a la puerta y marchar delante del rey, a gran distancia, por temor a que le moleste el polvo; su misión es obligar a la muche-

dumbre a que deje libre el paso. El rey sale de la fortaleza montado en un elefante ricamente enjaezado, bajo un dosel con pilares o columnas, pintado y dorado; otras veces aparece en un trono deslumbrante de oro y azul, sobre unas andas cubiertas de seda escarlata o brocado y que ocho personas, bien vestidas, conducen a hombros. Siguen al rey numerosos *omerahs*, algunos a caballo, otros en *paleky*; entre ellos van muchos *manseb-dars* y maceros con mazas de plata, de que ya he hablado. Ciertó que no es esa la magnífica procesión, o, dicho más exactamente, mascarada del Gran Señor, pues no sé qué otro nombre más apropiado darle; tampoco es esa la cohorte guerrera de nuestros reyes; es una grandeza muy distinta de la nuestra, pero que no deja de tener algo majestuoso, regio.

» La segunda cosa que había olvidado haceros notar, en la ciudad, es un edificio llamado *Karvansara de la princesa*, porque fué Begum-Saheb, la hija mayor de Chah-Jehan, de quien ya he hablado, quien lo hizo construir, a sus expensas, queriendo contribuir por su parte al embellecimiento de la capital, como hacían todos los *omerahs*, para complacer a Chah-Jehan. Es también un vasto espacio cuadrangular, con arcadas, como nuestra plaza Real; pero con la diferencia de que cada serie de arcos está separada de la otra por un tabique y que en el fondo de cada arcada hay un pequeño habitáculo. Además, sobre las arcadas se ve una galería que circunda todo el edificio, para dar entrada a otras tantas habitaciones situadas en esa parte superior como hay en la inferior. Ese *Serah* es el lugar







COMBATE DE ELEFANTES

de reunión de los grandes mercaderes persas, *usbecs* y otros extranjeros, que hallan allí, por lo general, viviendas disponibles y bastante cómodas, donde pueden habitar algún tiempo con la mayor seguridad; la puerta se cierra todas las noches. Si hubiese en París veinte casas como esas, repartidas en diversos sitios, los forasteros no se verían tan apurados, como les ocurre a menudo, para hallar un albergue seguro. Podrían habitar en esas viviendas algunos días, hasta que hallaran alojamiento conveniente; además, podrían ser como depósitos de toda clase de mercancías y el punto de reunión de toda clase de mercaderes extranjeros.

Antes de salir de Delhi, añadiré algo sobre la pregunta que no dejaréis de hacerme acerca de si hay en esta ciudad tanta gente y tantas personas de la buena sociedad como en París. Cuando considero esos tres o cuatro París que hay superpuestos uno sobre otro, todos llenos de viviendas y habitados comúnmente desde arriba abajo; cuando considero, además, el increíble número de hombres y de mujeres, de peatones y jinetes, de carretas, sillas de mano y carrozas, y que hay pocas grandes plazas, explanadas y jardines, en París, esta ciudad me parece un semillero de gente y me cuesta trabajo creer que haya tantas personas en Delhi. Sin embargo, cuando considero, de un lado, la infinidad de tiendas que hay en Delhi, y de otro la vasta extensión de la ciudad; cuando pienso que no hay dentro de ella menos de treinta y cinco mil soldados de caballería (sin hablar de los *omerahs* y de sus moradas), que entre todos esos jinetes hay muy pocos que no tengan

mujeres e hijos, así como gran número de servidores, que a su vez tienen su morada aparte; cuando pienso que todas estas mansiones rebosan de mujeres y de niños; que en ciertos sitios de Delhi, a pesar de ser amplias las calles y de verse muy pocas carretas y ninguna carroza, no deja de costar trabajo el circular por ciertas vías, sobre todo a las horas en que el calor permite a las gentes salir de sus casas para dedicarse a sus tareas; cuando considero todo esto, no sé cómo contestar a vuestra pregunta y pienso que si no hay en Delhi tantos habitantes como en París, no le faltará mucho, sin embargo.

»En cuanto a la sociedad, preciso es confesar que entre el pueblo de París y el de Delhi hay la diferencia de que, de cada diez personas que encuentra uno en las calles de París, siete u ocho van decentemente vestidas, y que parecen algo y no pueden confundirse con el bajo pueblo ni con los miserables, mientras que en Delhi, por cada dos o tres personas que vayan vestidas y tocadas convenientemente, encuentra uno siempre siete u ocho infelices miserables; el ejército que hay en Delhi arrastra consigo toda esta plebe. Digamos, sin embargo, siempre la verdad, sin exagerar demasiado las cosas; en Delhi, lo mismo que en París, encuentra uno gran número de personas distinguidas, bien vestidas y bien acompañadas. El que se halle en la gran plaza que hay delante de la fortaleza, a las horas en que todos los *omerahs*, los *rajahs* y los *manseb-dars* se dirigen a la asamblea y a la guardia, verá que el espectáculo tiene cierta grandeza. Al ver llegar por doquier a los *manseb-dars*, todos galoneados de



oro, airosos en sus caballos, precedidos de dos servidores que van abriéndoles paso; cuando se ve a numerosos *rajahs* y *omerahs* montados en soberbios elefantes, algunos a caballo, y la mayoría sentados en sus ricos *palekys*, llevados a hombros por seis hombres, apoyada la espalda en grandes cojines de brocado, masticando su betel (1), para tener perfumado el aliento y bermejos los labios, con un servidor al lado que lleva una escupidera de porcelana, de china o de plata; otros dos servidores que le dan aire, espantan las moscas y sacuden el polvo con colas de pavo real, y otros tres o cuatro a pie, que marchan delante para apartar a la muchedumbre. Detrás marchan una parte de sus tropas de caballería, los mejores jinetes, con su pericia en el arte de montar y por su aspecto. Cuando se presencian esos cortejos, que desfilan con la misma dificultad que en ciertos sitios de París, no se puede negar que tiene cierta grandeza o algo que se le parece.

» En cuanto al campo que rodea a Delhi, es notable por su fertilidad, pues produce arroz, mijo y tres o cuatro legumbres que constituyen el alimento ordinario del pueblo. También produce trigo y azúcar y añil o índigo en abundancia.

» A dos leguas de la ciudad, por la parte de Agra, en un sitio que los mahometanos llaman *Koia Kotub-ed-dine*, hay un edificio muy antiguo que fué un *Deura* o templo de ídolos, donde hay inscripciones que deben

---

(1) Masticatorio y alimento de ahorro formado por hojas de la pimienta betel (*Piper betle*), trocitos de nuez de areca (*Areca catechu*) y pedacitos de cal, en el que la pimienta contribuye con su principio activo, la cal basta a neutralizarlo en parte y la areca proporciona el tanino. Véase pág. 11 del tomo I. — (Nota de la edición española.)



ser también antiquísimas, pues son caracteres que nadie conoce y distintos de los de todas las lenguas de las Indias.

»En otra dirección, y a dos o tres leguas de la capital, hay un sitio real o *Casa de Placer* de los reyes, que se llama Chah-Limar. Es, en verdad, una bella y regia mansión; pero no vayáis a pensar que sea algo parecido a un Fontainebleau, o un Saint-Germain, o a un Versailles, pues, sin lisonjearnos, lo de aquí no es ni su sombra; no penséis tampoco que en esta campaña de Delhi haya Saint-Clouds, Chantillys, Meudons, Liancourts, Des Vaux, Ruelles y tantos otros lugares, ni siquiera que se vean esas posesiones menos importantes de los nobles, de los burgueses y comerciantes. Como dije anteriormente, el hecho de que los súbditos del rey de este país no posean absolutamente ningún terreno en verdadera forma de propiedad suprime todo eso.

»En fin, para haceros recorrer rápidamente las cincuenta o sesenta leguas que separan a Agra de Delhi, no vayáis a creer que se hallan en el trayecto pueblos y villas importantes, como en Europa, pues exceptuando Maturas, donde se ve todavía un antiguo y magnífico templo de ídolos y algunos hermosos *karavan-serrahs*, nada hay de importante en el trayecto, a no ser la soberbia alameda que hizo plantar Jehan-Guire y que se prolonga más de ciento cincuenta leguas, con una pequeña pirámide o torrecilla de *kosse* en *kosse*; es decir, cada media legua, para señalar itinerarios; a menudo se hallan pozos para que beban agua los viandantes y para regar los árboles.

»Por lo que se refiere a Agra tendréis una idea de ella si os la habéis formado bien acerca de Delhi; por lo menos, por lo que respecta a su situación, es la misma, sobre el río Gemna, de la fortaleza o mansión del rey y de la mayoría de los edificios.

»Pero Agra tiene sobre Delhi la ventaja de que, siendo una villa donde los reyes han morado desde luegos años, a saber, desde Akber, que la hizo construir y la dió con su nombre, Akber-Abad, tiene más extensión que Delhi, mayor número de esas hermosas residencias de *omerahs* y de *rajahs*, de *karavan-serrahs* y de casas lujosas de piedra y ladrillo pertenecientes a señores. Hay, además, dos famosas tumbas, de las que hablaré luego.

»Pero también tiene la desventaja de no estar amurallada y, no habiendo sido edificada con arreglo a un solo plan, no cuenta con las hermosas y amplias vías de idéntica estructura que tiene Delhi. Exceptuando cuatro o cinco de las principales calles de tráfico o comercio, que son bastante largas y buenas, el resto no lo forman sino calles estrechas, sin simetría, con vueltas y recovecos; lo que origina grandes inconvenientes, sobre todo cuando la corte se halla en la capital.

»Además de lo dicho, no creo que haya otra diferencia entre Agra y Delhi, como no sea que la primera tiene cierto carácter campestre que no tiene Delhi, sobre todo cuando se contempla desde una eminencia.

»Y tal circunstancia no le es desventajosa o desfavorable; al contrario. Entre las residencias de los grandes *omerahs* y de los poderosos *rajahs* hay magníficas arboledas, pues los *rajahs* tienen la costumbre de ha-

cerlo plantar en los jardines de sus moradas, y en corto número, naturalmente, en los patios de sus casas, a fin de tener alguna sombra; y las altas residencias de los *banyanes* o mercaderes gentiles aparecen entre esas arboledas como vestigios de antiguos castillos situados en medio de los bosques, por lo que hay perspectivas muy agradables, especialmente en un país árido y cálido, donde los ojos parecen no pedir más que verdor y sombra.

»Sin embargo, no es necesario que salgáis de París para hallar el panorama más bello y magnífico del mundo. Paseaos solo por nuestro Puente Nuevo, considerando atentamente, durante el día, todo lo que os circunda, en medio de la masa admirable e increíble confusión; observad durante la noche la infinidad de sombrías luces de las ventanas de los altos edificios que os rodean, y notaréis la misma confusión que se observa durante el día, prolongada siempre hasta después de la media noche; el buen burgués y, lo que no se ve en ninguna parte del Asia, la bella burguesa que se pasea por allí, sin temor a los malhechores ni importarle la incomodidad del lodo, y, en fin, las miriadas de estrellas que desafían los vientos, la lluvia y la obscuridad. Pasead, digo, por tal sitio, considerando todas las cosas que acabo de decir, y podéis afirmar que os halláis ante la perspectiva artificial más bella, más soberbia y magnífica que existe en la tierra, a menos de haber otro comparable en algún sitio de la China o del Japón, donde yo no he estado. ¿Qué será cuando esté acabado ese Louvre, que nunca creímos ver más que en diseño? Puse antes la palabra arti-

ficial deliberadamente, porque al hablar de las más hermosas perspectivas que existen, hay que exceptuar siempre la de Constantinopla cuando se halla uno embarcado en medio del Gran Canal, frente a frente de la lengua de tierra que forma el serrallo. Porque el que contempla el espectáculo queda sorprendido, como si se hallase en medio de algún grande, vasto anfiteatro encantado. Pero en esta perspectiva la obra de la Naturaleza es lo más admirable, mientras que en la de París es casi toda *artificial*, obra de los hombres, lo que la hace más considerable sin duda, pues muestra así que se trata de la sede de un gran rey, de la capital de un gran Imperio, y que es, efectivamente, sin vanagloriarnos después de considerar bien todas las bellezas de Delhi, de Agra y de Constantinopla, la más hermosa, la más rica y la primera ciudad del mundo.

»Los reverendos padres jesuitas tienen en Agra una iglesia y una residencia, que llaman Colegio, y donde enseñan la Doctrina cristiana a la prole de veinte o treinta familias de esta religión, que no sé cómo se han reunido allí, habituándose a vivir en la localidad, especialmente a causa de las caridades que los padres tienen para con ellas. Fué Ekbar quien, durante la época del poderío de Portugal en las Indias, llevó allí a aquellas familias concendiéndolas una pensión para su subsistencia y permitiéndolas que erigieran iglesias en las capitales de Agra y de Lahor. Su hijo Jehan-Guire las favoreció más aún; pero Chah-Jehan, hijo de Jehan-Guire y padre de Aureng-Zebe, las privó de su pensión, destruyó la iglesia de Lahor e hizo demoler la

mayor parte de la de Agra, haciendo derribar la torre en que se hallaba la campana que se oía en toda la población.

» Los buenos padres jesuitas tenían muchas esperanzas en la propagación del Cristianismo en la época de Jehan-Guire, porque este rey desdeñaba la ley mahometana y parecía tener mucha consideración a la nuestra y permitió que dos sobrinos suyos se hicieran cristianos y que cierto Mirza Zulkarmín, que se había criado en el serrallo y que era circunciso, se convirtiese también a esa religión con el pretexto de que tenía sangre cristiana como hijo de la mujer de un rico armenio, a la cual Jehan-Guire hizo llevar al serrallo.

» Cuentan los mismos padres jesuitas que aquel rey, para iniciar en cierto modo la autorización del Cristianismo, quiso hacer que toda la corte vistiese a la *franguis*; pero después de haberlo preparado para ello y haberse él mismo vestido de esa forma, hizo comparecer ante él a uno de los principales *omerahs*, a quien preguntó su parecer sobre aquella vestimenta. El *omerah*, muy asombrado, le respondió fríamente que era una cosa muy peligrosa, por lo que el rey cambió de propósito y dió un giro burlesco al asunto.

» Según los mismos jesuitas, estando a punto de morir el rey había ordenado que les llamasen a ellos para hacerse cristiano, pero que no se les avisó. Pero muchos sostienen que eso es inexacto, que murió como había vivido, sin religión, y con el propósito que tenía, como lo tuvo su padre, Ekbar, de erigirse en profeta y jefe de una religión especial, cuya doctrina estaba haciendo escribir. Como quiera que fuese, un ma-



hometano, hijo de un oficial de Jehan-Guire, me ha referido que este rey, estando cierto día en una bacanal, hizo llamar a cierto padre florentino; a quien él dió el nombre de «padre Atech», porque era un hombrecillo muy vehemente, y que después de ordenarle que dijese todo lo que pudiera contra la ley de Mahoma y en favor de la cristiana, en presencia de los más sabios *mullahs* o doctores, quiso hacer una prueba terrible de ambas leyes. Ordenó que se hiciese un foso y dentro una hoguera, para que el «padre Atech», con el Evangelio bajo el brazo y un *mullah* con el Corán, se arrojasen juntos al fuego; entonces el rey seguiría la ley del que no se quemase. Pero la cara compungida de los *mullahs* y la compasión que le inspiró el padre jesuíta que aceptaba la prueba, le hizo desistir.

»Lo cierto es que mientras Jehan-Guire vivió, los padres vivieron muy honrados y respetados en la corte, concibiendo grandes esperanzas sobre la propagación del Cristianismo en el país; pero las cosas cambiaron después, como hemos visto anteriormente.

»Terminaré estos detalles sobre Agra, diciendo algo acerca de dos maravillosos núcleos que tantas ventajas dan a esta ciudad sobre la de Delhi. Hizo construir el primero Jehan-Guire, para honrar la memoria de su padre, Akber, y Chah-Jehan mandó edificar el segundo para honrar la memoria de su mujer, Taje-Mehalle, de extraordinaria y famosa belleza, y por la cual sintió tal pasión, que se dice que mientras ella vivió no tuvo trato con ninguna otra, y cuando murió ella, él mismo pensó morir. No me detendré a hablaros del de Akber, porque toda la belleza que hay en él se encuentra acre-

cida en el de Taje-Mehalle, que voy a procurar describiros. Suponed que al salir de la ciudad de Agra, en dirección a Oriente, llegáis a una vía amplia, larga, pavimentada, que va ascendiendo suavemente y que tiene a un lado una alta muralla, que es la cerca de un jardín rectangular, mucho mayor que nuestra Plaza Real, y al otro lado una fila de casas nuevas en arcadas, como las de las principales calles de Delhi, de que hablé antes. Cuando se ha recorrido la mitad del muro, se halla a la derecha, por la parte de las casas, una gran puerta, bastante bien hecha, que da acceso a un *karavan-serrah*; y en el lado opuesto del muro una puerta magnífica de un gran pabellón cuadrado que da entrada al jardín por entre dos estanques revestidos de piedra de talla.

»Ese pabellón es más largo que ancho y está construído con una piedra que es como mármol rojo, pero que no tiene su dureza. La fachada me parece mucho más bella que la de San Luis de la calle de Saint Antoine de París; es más larga y tan alta como la de ésta. Verdaderamente no se ven allí columnas, arquivoltas y cornisas talladas en proporción a estos cinco órdenes de arquitecturas que se observan tan religiosamente en nuestros palacios, siendo una especie de construcción diferente y particular, pero que no deja de ofrecer aspecto agradable por su disposición fantástica y que, a mi juicio, merecería su puesto en nuestros libros de arquitectura. No son más que arcadas sobre arcadas y galerías o divanes sobre galerías, dispuestas y practicadas de cien maneras distintas, y, sin embargo, todo parece magnífico, bien concebido y ejecutado. Nada

choca a la vista; al contrario, todo lo atrae y no se harta uno de contemplarlo. La última vez que lo vi fué acompañado de uno de nuestros mercaderes franceses que, lo mismo que yo, no podía cesar de contemplarlo. Yo no me atrevía a decirle mi sentimiento por temor de que se había torrompido mi gusto, adaptándose al indio. El mercader volvía de Francia y me fué muy grato oírle decir que no había visto nada tan augusto ni tan audaz en Europa.

»Después de avanzar algunos pasos en el pabellón para entrar en el jardín, se halla uno bajo una alta bóveda redonda que tiene en la parte alta galerías en derredor, y en la parte inferior, a derecha e izquierda, dos divanes o estrados elevados de ocho o diez pies sobre el suelo.

»En la parte opuesta de la puerta hay una arcada que da acceso a una avenida que casi corta todo el jardín en dos partes iguales.

»Por esta avenida pueden pasar de frente seis carrozas. Forman el pavimento grandes bloques de piedra. Se halla la avenida a unos ocho pies de altura sobre el nivel del jardín, y la divide por el centro un canal revestido de piedra de talla, con surtidores de trecho en trecho.

»Si después de avanzar veinticinco o treinta pasos por esa avenida se vuelve el rostro para mirar a la entrada, se ve la otra fachada del pabellón, que no es verdaderamente comparable con la que da a la calle, pero que no deja de ser magnífica. Es muy alta y de una arquitectura parecida a la otra. Desde ambos lados del pabellón, a lo largo de la muralla del jardín, se

apercibe una larga y profunda galería en terraza, sostenida por numerosas columnas bajas y próximas unas a otras. En esta galería, y durante la época de las lluvias, se congregan los pobres tres veces por semana, para recibir el socorro de una fundación que Chah-Jehan hizo a perpetuidad.

»Avanzando después a lo largo de la avenida, se divisa un gran *domo*, donde está la sepultura y donde se ven, a derecha e izquierda, diversas avenidas de los jardines cubiertas de árboles y numerosos parterres llenos de flores.

»Desde el final de esa avenida se descubren, además del *domo*, y a derecha e izquierda, dos grandes pabellones que están contruídos con la misma clase de piedra y que son, por consiguiente, rojos como los primeros. Son dos vastos edificios cuadrados, en terraza, con tres arcadas y que tienen al fondo la muralla del jardín, de suerte que se marcha por debajo como si fuesen altas y amplias galerías. No me detentré a expresaros la ornamentación interior de los pabellones, porque en lo tocante a sus paredes, al techo y al pavimento, apenas si difieren del *domo* que he de describiros, después de que os haya hecho observar que entre el extremo de la avenida de que hablado y el *domo* hay un paseo bastante amplio o, mejor dicho, un parterre, que resulta verdaderamente magnífico. Desde el centro de él se puede ver cómodamente una parte del monumento, donde está la sepultura que nos resta examinar.

»Es un grande y vasto *domo* de mármol blanco de una altura aproximada a la del de *Val de Grâce*, de

París, y rodeado de numerosas torrecillas que descenden por grados. Cuatro grandes arcadas sostienen toda la fábrica. Cierra la cuarta el muro de una sala, acompañada de una galería, donde *mullahs* pensionados leen incesantemente el Alcorán, con un profundo respeto en honor de Taje-Mehalle. Enriquecen el centro de las arcadas planchas de mármol blanco, donde aparecen engastados grandes caracteres árabes de mármol negro y de un hermoso efecto. El interior o parte cóncava del *domo* y todo el muro, de arriba abajo, está cubierto generalmente de mármol blanco. No hay detalle que no esté trabajado con arte y carezca de una belleza particular. No se ve por doquier más que Jachen o Jade, esa suerte de piedras con que se enriquecieron los muros de la capilla del Gran Duque de Florencia, jaspe y otras muchas especies de piedras raras y de precio, labradas de cien maneras diferentes, mezcladas y encajadas en los mármoles que cubren el cuerpo del muro. Los bloques cuadrados de mármol blanco y negro que forman el pavimento están también realzados con toda la delicadeza y gusto imaginables.

»Bajo el *domo* (cúpula) hay un pequeño aposento que encierra la sepultura. No lo he visto interiormente, pues no se abre más que una vez cada año, con gran ceremonia, y no se permite penetrar en él a ningún cristiano, por temor, dicen ellos, de profanar la santidad del lugar; pero a lo que he podido deducir de todo lo que se me ha dicho, no hay nada tan rico ni magnífico.

»No resta más que haceros observar una avenida en



terrazza de veinte a veinticinco pasos de ancha y de mayor altura, que está entre el *domo* y la extremidad del jardín, y desde donde se ve, abajo, el río Gemna, que pasa a sus pies, una extensa campiña cubierta de jardines, una parte de la ciudad de Agra, la fortaleza y todas las hermosas moradas de los *omerahs* construidas a lo largo del río. Acabará diciéndoos que consideréis atentamente la terraza, que tiene casi toda la longitud de un lado del jardín, y os rogaré luego que juzguéis si tuve razón al decir que el mausoleo de Taje-Mehalle es algo maravilloso. Por mi parte, no sé bien todavía si tendré el gusto un poco viciado por lo indio; pero creo que se debiera más bien incluir entre las maravillas del mundo ese mausoleo, que esas masas informes de las pirámides de Egipto, que me cansé de ver desde la segunda vez que me llevaron allí, y en cuyo exterior no encuentro más que pedazos de grandes piedras dispuestas gradualmente unas sobre otras y en el interior, con muy poco arte e inventiva.

»Escrita en Delhi el 1.º de julio de 1663.»

---

## CARTA A MR. CHAPELAIN

ACERCA DE LAS SUPERSTICIONES, COSTUMBRES EXTRA-  
ÑAS Y DOCTRINA DE LOS INDIOS O GENTILES DEL IN-  
DOSTÁN

Y POR LO QUE SE VERÁ QUE NO HAY OPINIÓN, POR RIDÍCULA Y EXTRA-  
VAGANTE QUE SEA, DE QUE EL ESPÍRITU DEL HOMBRE NO SEA CAPAZ

«Señor:

»Aunque viviese siglos enteros, no sé si podría olvidar los dos eclipses de sol, uno de los cuales vi en Francia el año 1654 y el otro en las Indias, en Delhi, en 1666, si bien recuerdo. Aquél me hace pensar en la credulidad pueril de nuestro pueblo bajo y en el terror pánico que se apoderó de él; de tal forma, que algunos compraban drogas *contra el eclipse*, otros permanecían en la obscuridad en sus sótanos o en sus aposentos, herméticamente cerrados, y muchos se lanzaban en tropel a las iglesias, unos temiendo algún influjo maligno y peligroso, otros creían que había llegado su última hora. El eclipse iba a trastornar los fundamentos de la Naturaleza, y derrumbaba, se de-

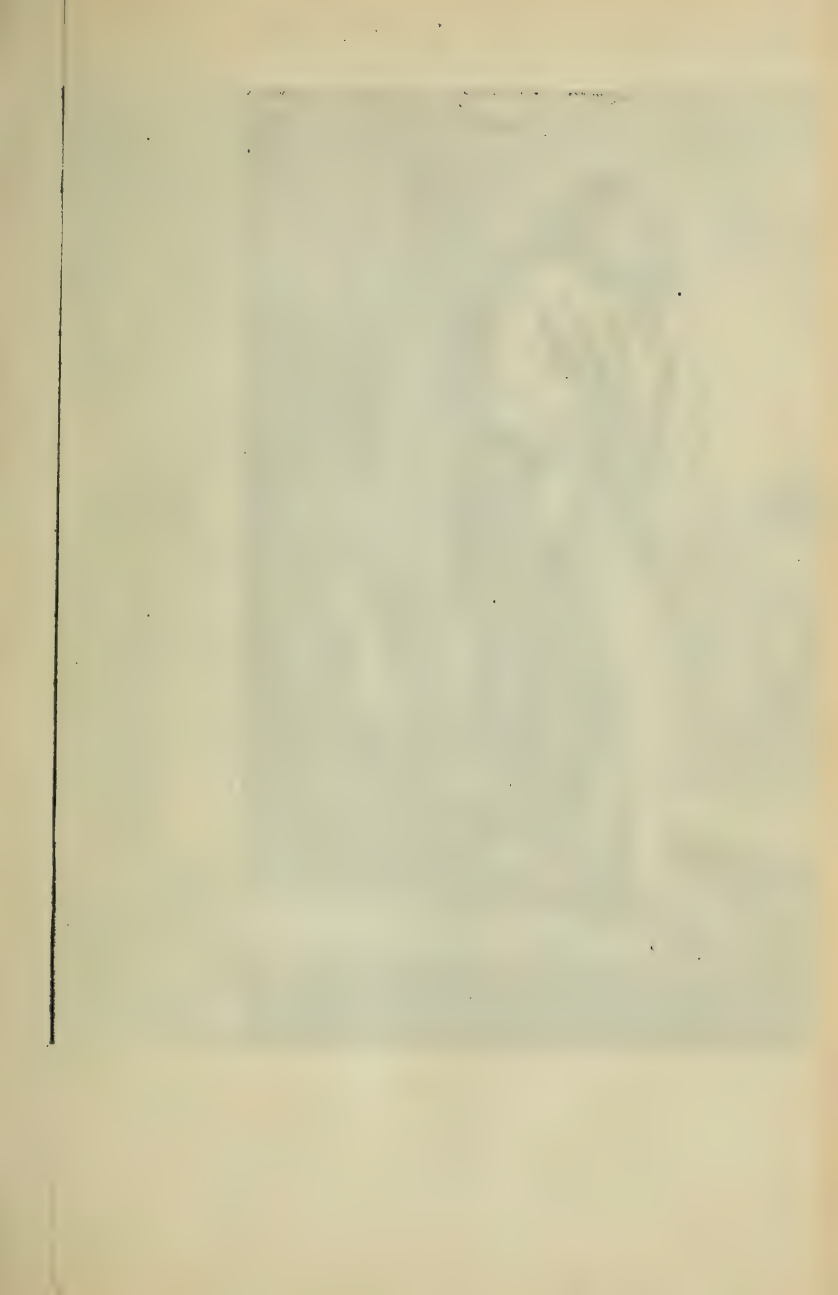
cía, aunque los Gassendi (1), los Roberval (2) y otros varios famosos astrónomos y filósofos hubiesen dicho y escrito contra esa loca creencia y demostrado que aquél era de la misma naturaleza que otros tantos anteriores, que no habían causado ninguna hecatombe y que aquello era un accidente conocido, previsto y ordinario que sólo tenía de particular lo que la mala fe de algún astrólogo charlatán podía haber inventado.

»El eclipse que presencié en Delhi me pareció también digno de recordar por las ridículas creencias y supersticiones de los indios. En el momento en que debía tener lugar subí a la terraza de mi residencia, situada a orillas del Gemna, viendo desde allí las dos márgenes de este río, y en una extensión de cerca de una legua, cubiertas de gentiles o idólatras que estaban en el agua hasta la cintura, contemplando el cielo para sumergirse y lavarse en el instante de comenzar el eclipse. Los muchachos estaban enteramente desnudos; los hombres lo estaban también, pero llevaban un *trapo* alrededor de los muslos para cubrirlos; las mujeres casadas y las muchachas que no pasaban de los seis o siete años se cubrían con una simple tela. Las personas de condición, como los *rajahs* o príncipes soberanos gentiles, que están, por lo general, al servicio y a sueldo del rey; los *serrafs* o cambistas, los banqueros, joyeros y los grandes mercaderes ha-

---

(1) El abate Pedro Gassendi, el primero de los *libertinos* del siglo xvii (1592-1655), matemático y filósofo, materialista francés, antiaristotélico, maestro de Bernier y de otros hombres célebres de su tiempo. Véase la nota biográfica acerca de Bernier en la pág. vii del tomo I.—(*Nota de la edición española.*)

(2) Roberval, matemático francés, inventor de la balanza que lleva su nombre, contemporáneo de Bernier (1602-1675).—(*Nota de la edición española.*)



Insert

oldout

ere



bían pasado, en su mayoría, a la otra orilla, con sus familias. Allí levantaron sus tiendas, plantando en la arena unos *kanates*, especie de biombos, para hacer sus ceremonias y lavarse en unión de sus mujeres, sin ser vistos. No bien se apercibieron aquellos idólatras de que el eclipse había comenzado, cuando oí un gran grito y vi que todos se sumergieron en el agua no sé cuántas veces seguidas, manteniéndose después en pie dentro del agua, con la vista y las manos dirigidas al Sol, murmurando plegarias con gran devoción. De vez en cuando recogían agua con las manos y la arrojaban en dirección del astro, al mismo tiempo que inclinaban la cabeza profundamente, movían y removían los brazos y las manos unas veces de una manera otras de otra. Así prosiguieron sus abluciones, oraciones y supersticiones mientras duró el eclipse. Entonces todos se retiraron lanzando monedas de plata al agua y dando limosnas a los brahmanes o gentes de leyes que no habían dejado de asistir a aquella ceremonia.

»Observé que al salir del río se pusieron todos vestidos nuevos que estaban preparados sobre la arena, y que muchos de los más devotos dejaron allí para los brahmanes sus otras ropas. Así, vi desde mi terrado celebrar aquella gran fiesta del Eclipse, que se celebró de la misma manera en el Indo, en el Ganges y en los demás ríos y *talabs* de las Indias, especialmente en el de Tanaiser, donde se congregaron más de ciento cincuenta mil personas de todas las comarcas de las Indias, porque sus aguas son reputadas aquel día más santas y meritorias que ninguna otra.

»A pesar de ser mahometano, el Gran Mogol permite esas antiguas supersticiones a los gentiles, no queriendo o no atreviéndose a contrariarles en el ejercicio de su religión, y porque, además de eso, algunos brahmanes, como delegados o mandatarios, le hacen ofrenda de una *lecca* de rupias, que vale próximamente ciento cincuenta mil, a cambio de algunas túnica o de algún viejo elefante con que él les obsequia. Ahora veréis las sólidas razones que dan de esa fiesta y de tales ceremonias durante el eclipse.

»Nosotros tenemos —dicen— nuestros cuatro *Beths*, o libros de la ley, libros sagrados y divinos que Dios nos ha dado por mediación de Brahma. Esos libros nos enseñan que cierto *Deuta*, que es una especie de divinidad corporal, muy maligna, muy maléfica, negrísima, obscurísima, muy sórdida e impura (estos son los términos que emplean), se apodera del Sol, lo ennegrece como si fuera tinta, lo infecta y lo obscurece. Que ese Sol, que es también un *Deuta*, pero de los mejores, de los benéficos y de los más perfectos, se halla en tal estado sufriendo grandes penas y horribles angustias por verse raptado e infectado de tal guisa por aquel miserable negro. Que es un deber general procurar sacarle de aquel lamentable estado, lo que no puede hacerse sino a fuerza de oraciones, de abluciones y de limosnas, teniendo estos actos un mérito extraordinario, hasta el punto de que una limosna hecha en esa circunstancia vale como cien hechas en otro tiempo; y ¿quién es —añaden— los que no quisieran ganar ciento por ciento?

»Esos son los dos eclipses que os he dicho, señor,

que difícilmente podré olvidar, y que me facilitan tema para contaros otras extravagancias de los gentiles, de las que podréis sacar las consecuencias que os parezcan bien.

»En la ciudad de Jagannat, situada en el golfo de Bengala, y donde se halla el famoso templo del ídolo del mismo nombre, se celebra todos los años cierta fiesta que dura ocho o nueve días, si mal no recuerdo. Acude una muchedumbre inmensa, como en otro tiempo en el templo de Hammón y ahora en la Meca. Ese número asciende, según se dice, a más de ciento cincuenta mil personas. Se fabrica una soberbia *máquina* de madera, como las he visto en otros lugares de las Indias, y que tienen no sé cuantas figuras extravagantes, poco más o menos como nos describen los monstruos de dos cabezas, los cuerpos mitad hombre y mitad bestia; cabezas gigantescas y horribles, sátiros, monos y diablos. Ese artefacto se coloca sobre catorce o dieciséis ruedas, como podrían estar las de las cureñas de los cañones, del que cincuenta o sesenta personas tiran haciéndolo rodar; en medio de este carro está puesto el ídolo Jagannat, ricamente adornado y engalanado y llevándose de un templo a otro.

»El primer día que se expone el ídolo con gran ceremonia en el templo, la multitud y el ansia por verle son tan grandes, que no pasa año sin que algunos de los pobres peregrinos que acuden de muy lejos mueran asfixiados, y todo el mundo los bendice por haber tenido la felicidad de morir en tan santa ocasión. Cuando marcha el carromato del triunfo infernal (no son cuentos ni fábulas), hay personas tan locas por las

falsas creencias y las supersticiones, que se arrojan boca abajo al paso de aquellas grandes y pesadas ruedas, que las aplastan; hacen esto por estar persuadidas de que no hay acción tan heroica y meritoria como esa, y que Jagannat al mismo tiempo les recibirá como hijos suyos y les hará renacer en un estado de felicidad y grandeza.

»Para su provecho e interés particular, quiero decir por las limosnas que consiguen y el respeto de que se los rodea como personas consagradas a la religión y a los misterios, los brahmans mantienen a las gentes en esos errores y supersticiones, y llegan incluso a cometer tales infamias, que yo no las hubiese creído jamás si no me hubiese informado perfectamente sobre esto. Esos miserables cogen a una joven de las más hermosas que se hallan entre ellos para ser (como dicen y hacen creer a aquel populacho idiota e ignorante) la esposa de Jagannat. La dejan durante la noche en el templo, adonde la han conducido con gran ceremonia, con el ídolo; hacen comprender a la joven que Jagannat irá a dormir con ella y le ordenan que le pregunte si el año será fértil, próspero, y qué procesiones, fiestas, oraciones y limosnas desea que se hagan para ello. Ahora bien; uno de aquellos impostores entra en el templo durante la noche por una puertecilla trasera, goza de esa joven y le hace creer lo que se le antoja. Al día siguiente la conducen desde ese templo a otro con la misma magnificencia, llevada sobre aquel *Carro de Triunfo* al lado del Jagannat, su esposo, y los brahmanes le hacen decir en voz alta al pueblo todo lo que le han embaucado

aquellos miserables, como si ella lo hubiese sabido por el mismo Jagannat. Pero pasemos si os place a locuras de otra especie.

»Delante del carro, y con frecuencia en los *Deuras* o templos de ídolos, los días de fiesta danzan las mujeres públicas, que hacen cien movimientos y contorsiones deshonestos, que los brahmanes no dejan de conciliar con su religión. Yo he visto mujeres de esas que, no son sólo famosas por su belleza, sino también por su recta conducta; rehusan hasta regalos considerables de ciertos mahometanos y cristianos y también de gentiles extraños, como si ellas no estuviesen consagradas más que para el ministerio y los ministros del *Deura*, para los brahmanes y para sus fakires, a los que se ve sentados allí en su mayoría sobre las cenizas, algunos completamente desnudos, con sus horribles cabellos de Meguera (1) y en posición que diré ahora.

»Serán tantos los viajeros que escriban que las mujeres se queman en las Indias, que creo que acabará al fin por creerse alguna cosa. Por mi parte haré lo que los demás, pero haciendoos observar, ante todo, que no es tanto como se dice; que hoy no se queman tantas mujeres como en tiempos pasados, porque los mahometanos, que se hallan actualmente en el gobierno, son enemigos de esa bárbara costumbre, y la impiden como pueden. No quiere decir esto que se opongan a ella en absoluto, pues quieren dejar a los pueblos idólatras, que son mucho más numerosos, el

---

(1) Una de las tres furias.



libre ejercicio de su religión, por temor a alguna rebeldía. Pero la impiden indirectamente, pues obligan a las mujeres que quieren quemarse a pedir permiso a los gobernadores, quienes las hacen comparecer ante ellos, algunas veces ante sus familias, y entonces las exhortan, las reconviene, las hacen ciertas promesas, no dándolas nunca la autorización que piden, sino cuando han agotado todos los medios de persuasión y las ven absolutamente aferradas a su locura. Esto no obsta para que se quemen muchas, sobre todo en los territorios de los *rajahs*, donde no hay gobernadores mahometanos. No me detendré a contaros la historia de todas aquellas que yo vi quemarse; esto sería muy largo y fastidioso. Referiré sólo dos o tres casos; mas antes os he de hablar de una mujer cerca de la cual fui enviado para disuadirla de su siniestro propósito.

»Uno de mis amigos, llamado Bendidas, primer escribano de mi *agah* (cliente), Danechmend-kan, murió de una fiebre ética en la que yo le asistí durante más de dos años. Su mujer decidió entonces quemarse, en unión de su difunto marido. Pero los padres, por orden de mi *agah*, de quien eran servidores, intentaron disuadirla, diciendo que, a la verdad, aquello sería una resolución generosa y loable y un grande honor para la familia; pero que debía pensar que sus hijos eran todavía pequeños, que no podía abandonarlos y que debía preferir el bienestar de ellos y el cariño que les tenía, al amor que había tenido a su esposo y a su propia satisfacción. Como quiera que los padres no consiguieron su propósito, pensaron en mí, rogándome que fuese a verla como enviado de mi *agah* y antiguo

amigo de la casa. Al entrar vi un aquelarre de siete u ocho viejas de aspecto horrible, con cuatro o cinco ancianos infatuados y locos, que eran los brahmanes, que lanzaban gritos *por turno*, y daban palmadas en derredor del muerto. La mujer, con la cabeza desgredada, el rostro pálido, los ojos secos y brillantes, se hallaba sentada, gritando también, y dando palmadas como los demás a los pies de su marido. Cuando el ruido y la algazara terminaron, me acerqué a aquella gente, y dirigiéndome a la viuda le di a entender, con mucha afabilidad, que iba de parte de Danechmendkan. Le dije que había concedido dos escudos de pensión mensual a cada uno de sus dos hijos, pero a condición de que ella no se quemaría, a fin de que pudiera cuidarlos, instruirlos y que, por lo demás, tendríamos el medio de impedir que se quemase en caso de que se obstinara, así como hacer que se arrepintiesen aquellas personas que la incitaban a una resolución tan poco razonable, mucho más cuando ninguno de sus parientes la aprobaba. La hice observar que ella no sería en modo alguno reputada infame, como son aquellas que no tienen el valor de quemarse a la muerte de su marido, cuando no tienen hijos; insistí muchas veces en estas razones, sin que ella me respondiese nada; pero, al fin, me dijo, mirándome fijamente: «Bien; si me impiden quemarme, me romperé la cabeza contra las paredes.» «¿Qué furor diabólico te posee?» —dije yo para mí mismo— y añadí lleno también de ira: «Coge, pues, a tus hijos, desdichada, y mátalos, y quémalos contigo, si no, morirán de hambre, pues voy ahora mismo en busca de Danechmendkan para que les quite su pen-

sión.» Estas palabras, pronunciadas con el tono más fuerte y amenazador que pude emplear, causaron impresión en el espíritu de aquella mujer y de todos los circunstantes. Sin decir nada, la viuda inclinó de pronto la cabeza sobre sus rodillas, y la mayor parte de las viejas y de los brahmanes se dirigió a la puerta y salió de la casa. Después, los parientes, que habían ido conmigo, comenzaron a parlamentar. Yo creí cumplida mi misión, monté a caballo y me marché a mi morada en la creencia de que los parientes harían que el asunto acabase bien. Y, en efecto, cuando aquella tarde iba a dar cuenta de mi misión a Danechmend-kan, encontré a los padres, quienes me dieron las gracias, diciendo que había sido quemado el cuerpo del difunto, y que, al fin, habían convencido a la mujer, decidiéndola a no morir.

»En cuanto a las mujeres que se han quemado efectivamente, he presenciado tantas veces esos horribles espectáculos que casi no podía soportarlos, y hasta siento cierto horror al pensar en ellos. Sin embargo, voy a exponeros alguno, sin pretender, no obstante, expresaros a lo vivo la firmeza y resolución con que ciertas damiselas realizan tan extraña e increíble tragedia, porque sólo su contemplación puede dar idea de tal espectáculo.

»En la época en que me trasladé de la ciudad de Amed-Abad a Agra, a través de los territorios de los *rajahs*, se nos dijo en un poblado donde la caravana se reposaba a la sombra, esperando el fresco de la noche para reanudar su camino, que una mujer iba en aquel mismo instante a quemarse, en unión del cadáver

de su marido. Yo me levanté en el acto y fui corriendo a orillas de un depósito de aguas, donde la mujer debía realizar su acto. En la parte baja del depósito, que estaba casi seco, vi un gran hoyo lleno de leña, un cadáver extendido y encima a una mujer que, a distancia, me pareció bastante agraciada y que se hallaba sentada sobre la misma pira; había, además, cuatro o cinco brahmanes que prendían fuego por todos lados, cinco mujeres más, de regular edad y bastante bien vestidas, que se tenían por la mano cantando y danzando en derredor del hoyo, y una multitud de personas que presenciaban el acto. El fuego tomó en seguida incremento, pues se había arrojado sobre la leña aceite y manteca; y pude ver un instante, a través de las llamas, que el fuego quemaba el vestido de la viuda, frotado con aceites aromáticos mezclados con polvo de sándalo y de azafrán. Vi todo eso y no pude observar que la mujer se inquietase ni se atormentase de ninguna manera. Hasta se decía que se la había oído pronunciar con mucha firmeza dos palabras: «cinco», «dos», para dar a entender, según ciertos sentimientos particulares y populares en la metempsicosis, que era la quinta vez que se quemaba con su mismo marido, y que no le restaba más que dos para la perfección, como si hubiese tenido entonces esa reminiscencia o algún espíritu profético.

»No terminó ahí aquella infernal tragedia. Creía yo que sólo por ceremonia cantaban y danzaban aquellas cinco mujeres en derredor de la hoguera. Pero me quedé asombrado cuando al prender la llama en los vestidos de una de ellas, la mujer, con la cabeza ade-

lantada, se lanzó hacia la pira, y que en seguida otra de las mujeres, envuelta en llamas y humo, la imitó. Y mi asombro no tuvo límites al ver que las tres mujeres restantes volvieron a cogerse de la mano continuando la danza sin asustarse, y, finalmente, se precipitaron en la hoguera como habían hecho sus compañeras. Yo no comprendía aquéllo, pero supe en seguida que se trataba de cinco esclavas que, viendo a su señora en extremo afligida por la enfermedad de su marido, y que ella había prometido a éste no sobrevivirle y quemarse con él, sintieron compasión y ternura y dieron su palabra de imitarla y quemarse con ella. Muchas personas a quienes pregunté su opinión sobre el caso de las mujeres que se quemaban con el cuerpo de sus maridos, me quisieron convencer de que lo que hacían era debido únicamente a un exceso de amistad; pero yo he comprobado después que eso sólo era en efecto de la opinión, de la superstición y de las ideas comunes, y que las madres, infatuadas desde su juventud por esa creencia, creyéndola una cosa muy virtuosa, muy loable e inevitable en una mujer de honor, imbuían esto a sus hijas desde la más tierna edad. Pero en el fondo no ha sido siempre más que una añagaza de los hombres para asegurarse más a sus mujeres, para obligarlas a sacrificarse por su salud, cuidándolos solícitamente cuando estén enfermos, y para impedir que ellas les envenenen. Pero pasemos a otra tragedia de ese género, que os señalaré porque tiene algo de extraordinario. Yo no la presencié, pero vos podréis hacer como yo, que no me obstino ya en no creer esas cosas, a causa de haber visto muchas que me parecían



increíbles. Esta se hizo de tal modo famosa en las Indias, que nadie duda de ella, y acaso hayáis oído hablar de ella en Europa.

»Cierta mujer tenía relaciones amorosas irregulares con un joven mahometano, vecino suyo, que era sastre y tamborilero. Esa mujer, por la esperanza que abrigaba de que el joven se casaría con ella, envenó a su marido y fué en el acto a decir al sastre que había llegado la hora de partir, de huír juntos, como tenían proyectado, o que de otro modo se vería obligada a quemarse. El joven, temeroso de comprometerse, de dar algún mal paso, se negó a ello, pero la mujer, sin inmutarse ni extrañarse, fué en busca de sus padres, les hizo saber la muerte repentina de su marido y dijo que no quería sobrevivirle y que se quemaría con él. Los padres, muy contentos con tan generoso propósito, y por el grande honor que hacía a toda la familia, hacen en seguida un hoyo, lo llenan de leña, colocan el cadáver sobre la hoguera y le prenden fuego. Estando así todo preparado, la mujer va abrazando y despidiéndose de todos sus parientes, congregados en torno de la pira. Entre los circunstantes se hallaba el sastre, que había sido invitado para tocar el tamboril con no sé cuantos otros tamborileros y según la costumbre del país. La mujer se acercó al joven como para despedirse también de él; pero en vez de abrazarle dulcemente le cogió con todas sus fuerzas por el cuello, le llevó a orillas del hoyo, y dejándose caer de súbito le arrastró consigo, con la cabeza por delante, siendo devorados por el fuego.

»La mujer a quien vi quemarse, al salir yo del Surata

para Persia, acto que presenciaron el Sr. Chardin, de París, y varios ingleses y holandeses, era de regular edad y no carecía de belleza. Representaros la intrepidez bestial y la alegría feroz que se observaba en su semblante, la firmeza de su paso, la serenidad con que se dejaba lavar y hablaba con unos y con otros, la seguridad e insensibilidad con que nos miró y contempló su pequeña cabaña (hecha con paja gruesa de mijo bien seco, entrelazadas con ramas de árbol), penetró en esa cabaña y se sentó sobre la pira; y cogiendo en su regazo la cabeza de su marido, encendió ella misma la hoguera por el centro, mientras que varios brahmanes, armados de grandes hierros para atizar el fuego, la encendían por todos lados; representaros todo, digo, me es imposible, pues apenas si yo mismo puedo creerlo ahora, a pesar de no hacer, por decirlo así, más que tres días que lo presencié.

»Cierto es que he visto algunas mujeres que en presencia de la hoguera o del fuego manifestaban cierto temor, y que hubiesen querido tal vez desdecirse, desistir de lo prometido; pero no hubiera sido tiempo, pues los demonios de los brahmanes, que se hallan allí con sus grandes bastones, las animan, las incitan y hasta las impelen hasta la hoguera, como lo vi hacer con una joven que, espantada, había retrocedido cinco o seis pasos de la pira, y a otra que se aterrorizó al ver que sus vestidos comenzaban a ser devorados por las llamas. Aquellos verdugos la empujaban con sus bastones.

»Sin embargo, conozco a una mujer, todavía hermosa, que se salvó de la hoguera y de los criminales

brahmanes, entregándose a los gadus, que se encuentran a veces congregados cuando saben que se va a quemar alguna mujer joven y guapa, pero que no tiene muchos parientes ni está muy acompañada, porque las mujeres que se asustan del fuego y se escapan no pueden ser ya recibidas ni vivir entre los gentiles, pues éstos las reputan infames después de cometer tal falta y tal deshonra contra la religión; son generalmente presa de esas otras clases de gente que son también consideradas infames en las Indias, y que, por lo demás, no tienen nada que perder. Un mogol no osaría nunca salvar a esas mujeres ni darles asilo, por temor a sufrir malas consecuencias.

»Sólo los portugueses, que en los puertos de mar tienen cierta superioridad, han librado a algunas. En cuanto a mí, he sentido a veces tanta indignación contra esos malditos brahmanes, que los hubiese estrangulado. Recuerdo haber visto quemar en Lahor a una mujer muy joven y bella; no creo que tuviese más de doce años. La pobre muchacha parecía más muerta que viva al acercarse a la hoguera; temblaba y lloraba, y, sin embargo, tres o cuatro de aquellos verdugos, en unión de una vieja que la llevaba del brazo, la colocaron sobre la pira. Y por el temor que tenían de que se escapase le ataron los pies y las manos, prendieron fuego por diversos sitios y la quemaron viva. Me costó trabajo reprimir mi cólera; tuve que contentarme con detestar tan horrible religión y decir para mí mismo lo que el poeta decía en otro tiempo de una semejante, a propósito de Ifigenia, a quien su propio padre, Agamenón, sacrificó a Diana en favor de

los griegos, de los que era uno de los jefes principales:

*Saepius olim*

*Religio peperit seclerosa atque impia facta,  
Aulide quo pacto triviai Virginis Aram.  
Iphianassai turparunt sanguine faede  
Ductores danaumtantum Religio  
potuit suadere malorum!*

»Son ciertamente cosas muy bárbaras y crueles; pero lo que hacen los brahmanes en algunos sitios de las Indias lo es más aún, pues en lugar de quemar a esas mujeres que quieren morir después de la muerte de sus maridos, las entierran vivas poco a poco, hasta la garganta, y de repente se arrojan encima dos o tres, las retuercen el cuello y las acaban de ahogar, echándolas tierra y andando sobre ellas.

»La mayor parte de los gentiles queman sus muertos. Sin embargo, los hay que se contentan con tostarlos un poco a orillas de un río, después de lo cual los precipitan desde una ribera alta y escarpada. Esto lo he visto muchas veces a orillas del Ganges, pareciéndome curioso el observar las bandadas de cornejas asistir a esos funerales y revolotear alrededor del cadáver, pues éste es su presa, así como de los peces y cocodrilos.

»Hay otros que al darse cuenta de que un enfermo va a morir, lo llevan a orillas de un río (también he presenciado una vez este bárbaro hecho) y le introducen primeramente los pies en el agua, haciendo que ésta le llegue a la garganta, y cuando juzgan que va a dar el último suspiro, lo sumergen por completo y le dejan en el río, después de gritar y batir palmas. Dicen

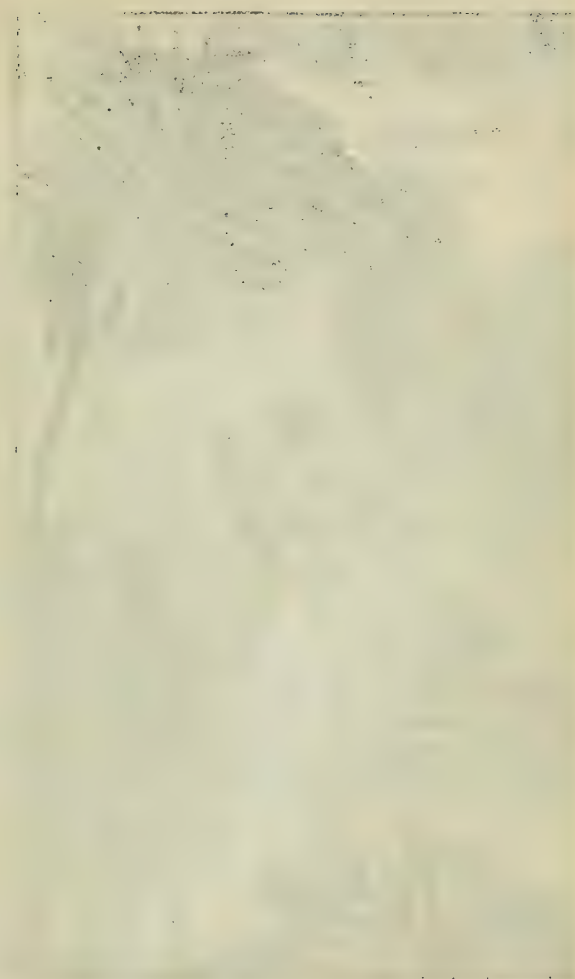
que esto es para que el alma, al salir, esté lavada de todas las impurezas que hubiese podido contraer en el cuerpo. Y no es sólo una razón del bajo pueblo; los he visto muy doctos que la referían seriamente. Pásemos a otras extravagancias.

»Entre una infinidad y diversidad grandes de *fakires*, o como quiera decirse, de pobres, *derviches*, religiosos o *santones* gentiles de las Indias, hay muchos que tienen como una especie de conventos, donde tienen sus superiores y donde hacen una suerte de voto de castidad, pobreza y obediencia, haciendo una vida tan extraña, que no sé si podréis creerla. Son, por lo general, los llamados *jauguis*, que viene a significar como «unido con Dios». Se ven muchos de ellos desnudos enteramente y sentados y acostados día y noche sobre las cenizas, y frecuentemente debajo de algunos de los grandes árboles que se hallan a orillas de los talabs o estanques, o bien en las galerías que rodean sus deuras o templos de ídolos. Muchos llevan una cabellera que les llega hasta la mitad de las rodillas y cuyos cabellos están enmarañados en madejas como los que sufren una enfermedad de Bolonia, que se llama la plie. De éstos he visto en muchos sitios que tenían un brazo, a veces los dos, alzados y tensos perpetuamente por encima de sus cabezas; sus uñas, encorvadas, eran más largas, según medidas que pude tomar, que la mitad de mi dedo meñique; los brazos eran pequeños y flacos, como los de las personas que mueren éticas, pues no tomaban suficiente alimento en esa postura forzada y contra naturaleza. Porque es el caso que no podían bajar los brazos para coger lo que quiera





Un fakir indio.





MUJER INDIA QUE SE ARROJA AL FUEGO CON EL CADÁVER DE SU MARIDO



que fuese, ni para beber ni comer, porque los nervios se habían retirado y las coyunturas estaban densas y secas, por lo cual tienen jóvenes novicios que les sirven con mucho respeto como a santos personajes. No hay Meguera del Tártaro tan horrible de ver como esos individuos, desnudos, con su piel negra, sus largas cabelleras, los brazos en la posición que he dicho y sus largas uñas retorcidas.

»En el campo, principalmente en los territorios de los *rajahs*, encontré con frecuencia bandas de esos *fakires*, cuyo aspecto causaba horror. Unos tenían los brazos en la posición que acabo de decir; otros llevaban sus horribles cabellos esparcidos o anudados alrededor de la cabeza; otros tenían mazas de Hércules en la mano, y otros pieles de tigre secas y rígidas sobre los hombros. Yo los contemplaba desfilar así, enteramente desnudos, desvergonzadamente por el centro de las villas o poblados, y me asombraba que los hombres, las mujeres y las doncellas, los mirasen con indiferencia, sin parecer más extrañados que cuando se ve pasar un ermitaño o un peregrino por nuestras calles, y cómo las mujeres llegaban incluso a llevarles limosna muy devotamente, tomándolos sin duda por santos varones, mucho más sabios y dignos que el resto de los hombres.

»Durante mucho tiempo vi en Delhi a un sujeto famoso llamado Sarmet, que iba desnudo por las calles y que al fin prefirió que le cortasen la cabeza a vestirse, a pesar de las amenazas y promesas que le hiciera Aureng-Zebe.

»He visto varios que, por devoción, hacían largas

peregrinaciones, no sólo desnudos, sino cargados con gruesas cadenas de hierro, como las que se ponen en las patas de los elefantes; otros, por un voto particular, permanecían siete u ocho días en pie y sus piernas se hinchaban hasta ponerse gruesas como los muslos. No se sentaban, ni se acostaban, ni descansaban más que inclinados y apoyados sobre una cuerda o maroma; algunos estaban horas enteras sostenidos sobre sus manos con la cabeza hacia abajo y los pies en alto. En fin, adoptaban tal número de posturas molestas y difíciles, que parecen increíbles, y todo eso por devoción, en virtud de una religión absurda.

»A decir verdad, cosas tan extraordinarias me sorprendieron mucho al principio, no sabiendo qué decir ni pensar. Unas veces las consideraba como vestigios de aquella antigua e infame secta cínica; pero no observaba en ellas sino brutalidad e ignorancia, pareciéndome más bien árboles que se removían de un lugar a otro, que animales racionales; otras veces me parecían seres fantásticos; pero, como he dicho ya, no podía descubrir en lo que hacían ni sombra de verdadera piedad; en fin, otras veces, pensaba que aquella vida perezosa, ociosa, independiente, podía muy bien tener alguna cosa atrayente, o que a la vanidad, que se da en todos, que se halla tan a menudo bajo el manto andrajoso de un Diógenes como bajo los trajes de un Platón, podía ser el resorte que hacía funcionar tantas máquinas. Y reflexionando sobre la vida austera que hacían, acabé por no saber qué juicio tomar.

»Es verdad que varios dicen que no obran sino por la esperanza que tienen de renacer *rajahs* o en un es-



tado de vida superior. Pero como les he dicho a ellos mismos muchas veces, ¿cómo se puede creer que un hombre se resuelva a hacer una vida tan mísera con la esperanza de otra que no sería más larga, y que en fin de cuentas no es tiempo sino bien poco venturosa, incluso renaciendo como un *rajah*, como un Jesseingue o Jessonsseingue, que son de los *rajahs* más poderosos de las Indias? Es preciso, les decía yo, que haya algo obscuro en todo eso que vosotros no queréis descubrir, o que confeséis que estáis locos de remate.

»Entre todos esos *fakires* los hay que son tenidos por verdaderos santos iluminados y perfectos *jauguis*, o sea perfectamente unidos a Dios. Han abandonado por completo el mundo, retirándose a algún campo lejano, como ermitaños, sin visitar jamás la ciudad. Si se les lleva de comer admiten la comida; en otro caso, dicese que se pasan sin ella y se cree que viven de la gracia de Dios en los ayunos y en las austeridades perpetuas, y, sobre todo, abismados en la meditación. Digo abismados, porque llegan en eso a tal extremo, que pasan horas enteras en éxtasis, con sus sentidos externos sin funcionar; y lo que sería admirable, de ser verdad, viendo al mismo Dios como cierta luz blanquísima, muy viva e inexplicable, con una alegría y satisfacción no menos inexplicables, seguida de un desprecio y desprendimiento absoluto del mundo, de ser cierto lo que me dijo uno de ellos, que pretendía poder llegar a ese éxtasis y haberlo hecho varias veces, y si es cierto lo que aseguran los que le rodean, pues éstos lo afirman de una manera que parecen creerlo todo a pie juntillas. Sólo Dios sabe lo que eso es, y si

en esa soledad y en medio de los ayunos, la imaginación, debilitada, no se abandonaría a tales ilusiones, o si no se tratará en esa suerte de éxtasis naturales a que Cardán dice que llegaba cuando quería; tanto más cuanto que observo artificio en lo que hacen, puesto que se prescriben reglas para anularse o atrofiarse poco a poco los sentidos. Dicen, por ejemplo, que después de haber ayunado varios días a pan y a agua, hay que permanecer solo en un lugar retirado, con los ojos fijos en la altura durante algún tiempo, sin moverlos de ningún modo, y luego dirigirlos dulcemente hacia abajo y fijarlos de tal modo que miren al mismo tiempo a la punta de la nariz, tanto de un lado como de otro (lo que es bastante difícil), manteniéndose así atentos a mirar el extremo de la nariz hasta que aquella luz llegue. Como quiera que sea, yo sé que ese arrobamiento y los medios para llegar a él son el gran misterio de la cábala de los *jauguis*, como lo es de los *sufys*. Y digo misterio, porque lo ocultan cuidadosamente entre ellos, y de no ser por el pendet o doctor indio que Danechmend-kan tenía a su servicio y que nada ocultaba a éste, y, además, que ese Danechmend conocía los misterios de la cábala de los *sufys*, yo no hubiera podido descubrir tanto. En cuanto a la pobreza extrema, los ayunos, las austeridades, hay algo de cierto en ello. Y acaso ninguno de nuestros religiosos o ermitaños europeos puedan superar en eso a estas gentes, ni en general a todos los religiosos asiáticos, como lo prueban la vida y los ayunos de los armenios, copos, griegos, nestorianos, jacobitas y maronitas. Hay que confesar que nosotros no somos más que novicios

en comparación con estos ascetas; pero también hay que confesar, por lo que yo he podido experimentar respecto de los de las Indias, que no deben ser tan cruelmente atormentados por el hambre como los de nuestros países fríos.

Hay otros muy diferentes de éstos, que son extraños personajes: van casi continuamente viajando de aquí para allá; son gentes que se burlan de todo, que no se toman trabajo por nada; tipos misteriosos que, según dice el pueblo, saben nada menos que hacer oro y preparar tan admirablemente el mercurio, que uno o dos granos, tomados todas las mañanas, dan al cuerpo perfecta salud y fortifican de tal modo al estómago, que digiere muy bien, hasta el punto de que la persona no puede casi hartarse de comer. No es eso todo; cuando dos de esos buenos *jauguis* se encuentran y se les puede hacer exaltarse sobre el poder de su ciencia o *jauguismo*, se les ve hacer tales cosas, rivalizando ambos, que no sé si Simón el mago habría podido aventajarles, pues adivinan el pensamiento, hacen florecer la rama de un árbol y que produzcan fruto en menos de una hora; ponen en su seno un huevo que se les da para incubarlo, y en menos de un cuarto de hora hacen salir no importa qué ave, que ellos hacen volar por la estancia, y realizan no sé cuantos otros prodigios. Esto en el caso de ser cierto lo que se dice, pues recuerdo que un día mi *agah* hizo llevar a su presencia a uno de aquellos<sup>†</sup> famosos adivinos, conviniendo en darle al día siguiente trescientas rupias (lo que vale casi como ciento cincuenta escudos), si le decía, como prometía, su pensamiento,

que escribiría ante él en un trozo de papel; yo le ofrecí también veinticinco rupias si adivinaba mi pensamiento. Pero el profeta faltó a su palabra, como hizo otra vez uno de aquellos incubadores de pájaros, a quien prometí también veinte rupias. Veis, señor, que digo siempre «si es cierto lo que se dice», pues a pesar de toda mi curiosidad, no soy de esos afortunados que se hallan siempre presentes en esas taumaturgias, y hasta cuando por azar presencio algunas de esas cosas que se creen extrañas, voy buscando siempre si la cosa no podría hacerse con alguna trampa, martingala o juego de manos, y a veces soy bastante desgraciado o afortunado para descubrir al farsante, como me ocurrió con aquel que quería hallar el ladrón que había robado una suma de dinero a mi real cliente.

»Hay otros que tienen un aspecto más honesto y más dulce que los otros *fakires*. Su vida y su devoción es más dulce y superior; van por las calles con la cabeza y pies desnudos, ceñidos de una haldilla que les llega hasta las rodillas y un paño blanco que pasa por debajo de la axila derecha y cae por encima del hombro izquierdo en forma de manto, sin otros vestidos por debajo; van siempre bien lavados y limpios y caminan ordinariamente de dos en dos muy humildemente, llevando en la mano un pucherito de barro con tres pies y dos asas, muy limpio y lindo; no pordiosean de tienda en tienda como otros muchos *fakires*; entran libremente en todas las moradas de los gentiles, donde son bien acogidos, hasta el punto que se les considera la bendición de la casa. Dios guarde a cualquiera de acusarles de lo más mínimo, y, sin embargo,

no deja de saberse lo que sucede frecuentemente en sus visitas a las mujeres; pero es la costumbre. Son considerados santos a pesar de todo y toda casa se honra con su visita. Pero no es sobre esto sobre lo que me detengo: hay en el mundo muchos otros lugares donde no se mira tan de cerca; pero lo que me parece absolutamente ridículo en esas gentes es que son bastante impertinentes para compararse con nuestros religiosos, a quienes ven en el país. Algunas veces me he complacido, para mofarme de ellos, en hacerles muchas ceremonias, e inmediatamente oía que se decían unos a otros: «Este *frangui* (cristiano) nos conoce; ha mucho tiempo que vive en las Indias. Sabe que somos los *padrys* (padres) de los indios.» ¡Qué comparación —me dije yo—, impertinente e idólatra canalla!

»Pero ya hemos hablado demasiado de esos míseros gentiles; pasemos a sus libros de la ley y de la ciencia, y podréis juzgarlos después, si la mayor parte de lo que he de decir deberá incluirse, como pienso yo, en el número de las extravagancias.

»Ante todo, no os asombréis si aunque yo no conozca el sánscrito, que es la lengua de los doctos (de la que diré después más palabras) y tal vez la misma de los antiguos brahmanes de las Indias, como podrá verse en seguida, no dejaré de deciros muchas cosas sacadas de los libros escritos en esa lengua, pues debéis saber que mi cliente Danechmend-kan, en parte por petición mía, en parte por su propia curiosidad, llevó cerca de él a uno de los más famosos pendets de todas las Indias, pensionado en otro tiempo por Dara, el hijo mayor de Chah-Jehan. Y ese pendet, además



de que atraía a nuestra morada a los más sabios doctores de la ley, se sentó a mi lado durante más de tres años.

» Cuando yo estaba fatigado en explicar a mi cliente y amigo los últimos descubrimientos de Harüeus y de Pecquet (1) en anatomía, y de conversar con él acerca de la filosofía de Gassendi y Descartes, que yo le traducía al persa (pues el estudio de esta lengua fué mi mayor ocupación durante cinco o seis años), el pendet era nuestro refugio, tocándole a él la vez de hablar, de contarnos sus fábulas, haciéndolo seriamente, sin reírse nunca. Y es el caso que llegaron a desagradarnos tanto sus razonamientos incomprensibles, que apenas si podíamos oírle.

» Dicen que Dios, a quien llaman Achar, es decir, inmóvil é inmutable, les ha enviado cuatro libros, denominados *Beths* (Vedas), palabra que significa ciencia, pues pretenden que todas las ciencias están comprendidas en estos libros.

» El primero de esos libros se llama *Atherbabad*, el segundo *Zagerbed*, el tercero *Rekbed* y el cuarto *Samabad*. Según la doctrina de esos libros, los indios deben distinguirse, como lo están efectivamente, en cuatro tribus o castas: la primera, de los brahmanes u hombres de ley; la segunda, de los quetterys, que son los hombres de guerra; la tercera, los bescués o mercaderes, que se llaman comúnmente Banyanes, y la cuarta, de los *seydras*, o sea los artesanos y agricultores. De suerte, que esos grupos no se pueden en modo alguno

---

(1) Véase la nota biográfica acerca de Bernier en la pág. VII del tomo I.

aliar unos a otros; es decir, que un brahman, por ejemplo, no puede casarse con una mujer quettery, y así en lo tocante a los demás grupos.

»Conviene todos en una doctrina semejante a la de los pitagóricos respecto a la metempsicosis y en que no pueden matar ni comer ningún animal; sin embargo, en el segundo grupo los hay que pueden comerlo, siempre que no sea vaca o pavo real. Todos tienen en el mayor respeto a estos dos animales, especialmente a la vaca, pues imaginan yo no sé qué río han de pasar entre esta vida y la otra, cogidos a la cola de una vaca. Sus antiguos legisladores habían visto tal vez a aquellos pastores de Egipto que atravesaban así el Nilo, teniendo en la mano izquierda la cola de un búfalo o de un buey, y en la otra un bastón para guiarle y hacerle caminar como querían. O tal vez tengan ese respeto a la vaca porque de ella obtienen la leche y la manteca, que constituyen una buena parte de su subsistencia, y, además, la vaca es el fundamento de la labranza y, en su consecuencia, de la vida, tanto más cuanto que en las Indias no ocurre como en nuestros países, donde la tierra puede alimentar una gran cantidad de ganado. Si se sacrificase en las Indias la mitad del que se sacrifica en Inglaterra o en Francia, el país carecería muy pronto de él y la tierra no podría ser cultivada. El calor es tan fuerte durante ocho meses que todo lo seca, y los bueyes y las vacas, casi muertos de hambre, comen basura como los puercos. A causa de la falta de ganado, los brahmanes obtuvieron en tiempos de Jehan-Guire que no se matase ganado durante cierto número de años. Y en estos últimos

años presentaron una solicitud a Aureng-Zebe, ofreciéndole al mismo tiempo una suma importante, para que ordenase la misma prohibición. Alegaban que desde hacía cincuenta o sesenta años muchas tierras se hallaban incultas porque los bueyes y las vacas eran raros y caros. Acaso aquellos mismos legisladores habían notado que la carne de esos animales no tiene buen gusto en las Indias, ni es sana, a no ser en el invierno. Y, en fin, tal vez quisieron apartar a los hombres de la crueldad a que propendían, obligándoles, por máxima o precepto religioso, a ser humanos incluso hacia los animales mismos, y haciéndoles creer que al matar o comerse a algún animal pudiera darse el caso de que matasen y se comieran a algunos de sus abuelos, lo que sería un crimen horrible.

»Según la doctrina de esos beths (Vedas), están obligados a orar tres veces al día, por lo menos, por la mañana, al medio día y por la tarde, con el rostro vuelto hacia el Oriente. También están obligados a lavarse tres veces todo el cuerpo, o, por lo menos, antes de comer; y creen que hay mayor mérito en lavarse y orar estando dentro del agua corriente que en cualquier otra.

»Pudiera ser también que, sobre esto, los legisladores consideren propio y cómodo para el país, pues en las Indias no se desea más que lavarse y bañarse. Por esto se ven muy apurados para observar su ley cuando se hallan en los países fríos. En mis viajes he visto algunos que pensaban morir por querer obstinarse en el lavado del cuerpo, arrojándose a los ríos o a los canales cuando se hallaban próximos, o vertiendo cubos

llenos de agua sobre su cabeza cuando no podían hacer aquéllo. Y cuando yo los decía que en los países fríos les sería imposible observar su ley durante el invierno, lo que probaba que era pura invención de los hombres, me contestaban que ellos no pretendían que su ley fuese universal, que Dios sólo la había hecho para ellos, y que a esto se debía que no pudiesen admitir a un extranjero en su religión, y que, por lo demás, ellos no pretendían que la nuestra fuese falsa; que podía ser muy bien que ella fuese buena para nosotros y que estaba en el poder de Dios trazar muchos caminos distintos para llegar al cielo. Pero lo que no quieren comprender es que, siendo la nuestra general para toda la tierra, la suya no puede ser más que fábula y pura invención.

»Esos mismos libros les enseñan que Dios, habiendo determinado crear el mundo, no quiso hacerlo inmediatamente, sino que creó tres seres perfectos. El primero fué *Brahma*, que quiere decir «penetrante en todas las cosas»; el segundo, *Beschen*, que significa «existente en todas las cosas», y el tercero, *Mehahdeu*, que significa «Gran Señor». Por medio de *Brahma* creó el mundo; por medio de *Beschen* lo conservó y por medio de *Mehahdeu* lo destruirá. Fué *Brahma* quien publicó los cuatro beths por orden de Dios, que por esto en algunos de sus templos lo representan con cuatro cabezas.

»En lo tocante a esos tres seres, he visto misioneros europeos que pretenden que los gentiles tienen alguna idea del Misterio de la Trinidad, y que dicen está expresamente representado en sus libros que son tres

personas en un solo Dios. Yo he hecho a los pendets o doctores discurrir acerca de esto; pero se explicaban tan mal, que nunca pude comprender bien su idea. Hasta he oído a algunos decir que son tres verdaderas criaturas perfectísimas, que ellos llaman deutas, sin explicar bien, no obstante, lo que entienden por esta palabra, como nuestros antiguos idólatras no han explicado nunca, a mi juicio, lo que entendían por las palabras *Genius* y *Numina*, que creo que son lo mismo que deuta para los indios. Cierto que he hallado otros, y de los más sabios, que decían que esos tres seres no eran efectivamente más que un mismo Dios considerado de tres maneras, a saber: como Productor, Conservador y Destructor de todas las cosas; pero nada decían de las tres personas distintas en un solo Dios.

»Además, el reverendo padre Roa, jesuíta alemán y misionero en Agra, que se había aplicado mucho al estudio del sánscrito, sostenía que no sólo aparecía en los libros de los gentiles que había un Dios en tres personas, sino que hasta la segunda persona de su Trinidad había encarnado nueve veces; y para que no se crea que quiero atribuirme escritos de los demás, voy a exponeros, palabra por palabra, lo que pudo saber por habilidad de un padre carmelita de Chiras, cuando el referido padre Roa pasaba por allí para ir a Roma. Los gentiles, dice, afirman que la segunda persona de la Trinidad se encarnó nueve veces, y esto por diversas necesidades del mundo, de las cuales le ha librado Ella. La octava encarnación es la más célebre, pues, según ellos, estando el mundo esclavizado por los gigantes, fué libertado por la segunda persona,



encarnada y nacida de una virgen, a media noche, mientras los ángeles cantaban en los aires y del cielo caía una lluvia de flores. Esto trasciende mucho a Cristianismo; pero he aquí la fábula, que comienza de nuevo. Añaden que ese Dios encarnado, mató primeramente a un gigante que iba volando, y que era tan grande que obscurecía el Sol. Con su caída hizo temblar la Tierra, y con su enorme peso penetró tanto en ella que se hundió en el Infierno. Ese Dios encarnado, herido en el costado en la primera lucha con el gigante, cayó a tierra, pero con su caída puso en fuga a sus enemigos. Después de levantarse y libertar al mundo ascendió a los cielos; y a causa de su herida es llamado comúnmente «el herido en el costado».

»La décima encarnación, que será, según ese cálculo, cuando llegue el Anti-Cristo, se verificará para librar al mundo de la esclavitud de Mahoma. Pero esta no es más que una tradición vulgar que no se encuentra en sus libros. Dicen asimismo, que la tercera persona de la Trinidad se ha manifestado al mundo, y sobre esto refieren que la hija de un rey había llegado a la edad de ser casada, y como le preguntase su padre a quién quería por esposo, respondió la joven que no quería sino a una persona divina, y que en ese mismo instante apareció ante el rey la tercera persona de la Trinidad, en forma de fuego.

»El rey se lo dijo inmediatamente a su hija y ésta consintió en las nupcias. Esa persona de la Trinidad, en forma de fuego, fué llamada a consejo; pero viendo que los consejeros del rey se oponían al casamiento, la persona se prendió sus barbas y los quemó, así como

a toda la casa real, casándose después con la hija del rey (cuentos de niños). Añaden también que la primera encarnación de la segunda persona fué en la naturaleza de un león, la segunda en la de un puerco, la tercera en una tortuga, la cuarta en una serpiente, la quinta en un brahmán pigmeo, de un codo de altura; la sexta en un monstruoso hombre-león, la séptima en un dragón, la octava como dijimos antes, la novena en un mono y la décima se verificará en la figura de un gran caballero.

»Sobre todo eso, debo deciros que no dudo de que el padre Roa haya extraído todo lo que dice de los libros de los gentiles, y que es ese el primer fundamento de su mitología. Yo había escrito sobre ello extensamente en mis *Memorias*; hasta había reproducido las figuras de muchos de sus dioses o ídolos, que vi en sus templos y me había hecho proporcionar los caracteres sánscritos. Pero habiendo hallado todo eso a mi regreso, o por lo menos la mayor parte, publicado en la *China Illustrata*, del padre Kirker, que lo había sabido en Roma por el mismo padre Roa, me contentaré con haberos indicado el libro. Ciertamente es que la palabra encarnación de que se sirve el reverendo padre ha sido nueva para mí, no habiéndola visto nunca usada tan expresamente. Sólo oí a algunos pendets explicarla del modo siguiente:

»Dios había en otros tiempos aparecido bajo esas figuras, realizando todas las maravillas que se cuentan. Y otros lo explican diciendo que era el alma de ciertos grandes hombres, como si dijéramos héroes, que habían pasado a aquellos cuerpos y que los héroes se

habían convertido así en deutas, o, para hablar como nuestros antiguos idólatras, que se habían convertido en una especie de divinidades poderosas, en Numinas, Genius, Demonios o, si queréis, Espíritus o Hadas, pues no veo que esa palabra deuta pueda significar otra cosa. Pero es el caso que esa segunda explicación de los pen-dets se relacionaba con la primera, porque creen generalmente que nuestras almas son porciones o porciúnculos de Dios. Otros me daban una explicación más discreta. Según ella, todas esas encarnaciones o apariciones de que hablan sus libros, no deben tomarse al pie de la letra sino místicamente, como explicándose de esa manera los diversos atributos de Dios. Y algunos, y de los más doctos, me confesaron francamente que nada había más fabuloso que todas esas encarnaciones, y que eran invención de los primeros legisladores para retener a los pueblos en alguna religión; y aun cuando esto hubiera sido así, suponiendo este fundamento que les es común, que nuestras almas fuesen porciones o porciúnculos de la divinidad, en buena filosofía debiéramos burlarnos de ello sin hacer misterios de religión; si, pues, respecto de nuestras almas seríamos Dios, en el fondo sería ridículo que nosotros mismos nos hubiéramos impuesto cultos de religión, de metempsicosis, de paraísos e infiernos.

»Debo deciros algunas palabras sobre mi gratitud a los señores Lor y Abraham Roger, así como a los reverendos padres Kirker y Roa, a quienes debo numerosos datos relativos a los gentiles. Yo había recogido también muchos, pero me hubiese costado trabajo ordenarlos como ellos lo han hecho. Por esto me con-

tentaré con deciros algunas generalidades acerca de los estudios de los gentiles indios, no de un modo como podríais esperar, sino tal como los he ido conociendo.

»La ciudad de Benares (1), situada a orillas del Ganges, en una comarca rica y hermosa, es la escuela general y como la Atenas de toda la gentilidad de las Indias, adonde asisten los brahmanes y los religiosos. No hay colegios, ni clases ordenadas, como entre nosotros. Se parece más a la escuela de los antiguos. Los maestros viven dispersos por la ciudad, principalmente en las huertas de los arrabales, donde los grandes mercaderes los soportan o toleran que vivan. Unos tienen cuatro discípulos, otros seis o siete, los más famosos doce o quince a lo más; estudian con ellos diez o doce años. Ese estudio es muy frío porque la mayor parte de los indios tienen un natural lento y perezoso, contribuyendo mucho a ello el calor del país y su género de alimentación. Además, no son como nosotros, animados, alentados para el trabajo por la emulacion y por la esperanza que tenemos de llegar a ser algo. Ellos estudian tranquilamente y comen su kicheri o mezcla de legumbres, que les hacen preparar y llevar los ricos mercaderes.

»Su primer estudio es el sánscrito, lengua enteramente distinta del indio vulgar, y que sólo conocen los pendets. De esta lengua es de la que el padre Kirker ha dado el alfabeto, que consiguió obtener del padre Roa. Sánscrito quiere decir «lengua pura», pues los

---

(1) Hoy ciudad de 200.800 habitantes y perteneciente a las provincias unidas de Agra y Oudh.—(*Nota de la edición española.*)

indios dicen que fué en esta lengua en la que Dios, por mediación de Brahma, publicó los cuatro Beths, libros sagrados, y por ello la llaman lengua santa y divina. Llegan hasta pretender que es tan antigua como Brahma, cuya edad no la cuentan sino por leccas o centenas de miles de años; pero yo dudo de esta extraña y antigua edad. Lo que no puede negarse es que no sea muy antigua, pues sus libros religiosos, que son muchos, están escritos en esta lengua. Además, tienen sus autores de filosofía, la medicina en verso, algunas otras poesías y profusión de otros libros, de los que he visto en Benares una sala completa.

»Después de aprender el sánscrito, lo que les cuesta mucho trabajo, pues no tienen gramática que valga, se dedican por lo general a leer el Puranke, que es como un intérprete y abreviación de los Beths. Estos son muy voluminosos, por lo menos los que me enseñaron en Benares. Y, además, son muy raros, hasta el punto de que mi *agah* no ha podido jamás encontrarlos para adquirirlos, por más interés que ha puesto en ello. Los guardan con el mayor cuidado por temor a que los mahometanos puedan apoderarse de ellos y los hagan quemar, como han hecho ya varias veces. Después del Puranke algunos se dedican a la filosofía, pero no llegan a nada, pues, como he dicho, son de un natural lento y perezoso y nada les anima para el estudio.

»Entre sus filósofos hay principalmente seis muy renombrados, jefes de seis sectas diferentes. Unos se hacen adeptos de ésta, otros de la otra, lo que origina escisiones y llega a causar celos a los pendets o doctores, pues conocen el hecho de que unos pertenecen a



una secta, otros a otra, y cada cual pretende que su doctrina es mejor que la de los demás y más conforme con los Beths. Existe una secta llamada *Boté*, de la que nacen otras doce; pero esta secta no es tan común como las demás; sus sectarios son odiados y despreciados, tratados de ateos, y no viven tampoco como los de las demás.

»Todos esos libros hablan de los primeros principios de las cosas, pero de una manera muy diferente. Unos dicen que todo está compuesto de pequeños cuerpos indivisibles, no a causa de su solidez, dureza o resistencia, sino de su pequeñez. Y luego añaden muchas cosas que se parecen a los juicios de Demócrito y de Epicuro; pero de un modo tan confuso y desordenado, que no sabe uno a qué atenerse, pareciendo trozos y piezas de un todo mal ejecutado y ordenado. Sin embargo, como sus más famosos pendets me parecen muy ignorantes y, además, no he leído sus libros, me queda el escrúpulo de que acaso se deba ello tanto o más a los mismos pendets que a los autores.

»Otros dicen que todo está compuesto de materia y de forma; pero ni uno solo se explica claramente sobre la materia y mucho menos todavía sobre la forma. Sin embargo, me he apercebido de que no la entienden en modo alguno de la manera que es costumbre explicarla en nuestras escuelas, con nuestra educación sobre el poder de la materia; señalan siempre ejemplos de cosas artificiales, entre otros el de una vasija de tierra blanda que el alfarero amasa y forma, ora de un modo, ora de otro.

»Sostienen otros que todo está compuesto por los

cuatro elementos y por la nada; pero no se explican lo más mínimo en lo tocante a la mezcla y a la transmutación. Y en cuanto a la nada, que viene a equivaler a nuestra privación, la admiten de no sé cuantas maneras, que ellos, a mi juicio, desconocen por completo y que no podrían, por consiguiente, hacer comprender.

»Los hay que pretenden que la luz y las tinieblas sean los primeros principios, diciendo sobre ello mil cosas vulgares, sin orden ni coherencia, que no tienen nada de filosofía y que se parecen a la manera ordinaria en que se expresa el pueblo.

»Los hay también que admiten como principio la privación, o, mejor dicho, las privaciones, que distinguen de la nada y de las que hacen grandes divisiones, tan inútiles, tan poco filosóficas, que me cuesta trabajo creer que eso se halla en sus libros y que sus autores hayan podido entretenerse en tales bagatelas.

»Otros pretenden que todo está compuesto de accidentes, y hacen también sobre ello enumeraciones tan extrañas, difusas y fastidiosas, que parecen discursos de un charlatán.

»Y en cuanto a esos principios en general, están todos de acuerdo en que son eternos. Esa producción de la nada parece no haber pasado por su pensamiento, como a muchos filósofos antiguos. Sin embargo, hay uno, según aquéllos afirman, que ha tratado algo de eso.

»Tocante a la medicina, poseen numerosos libros pequeños, que son más bien recopilaciones. El más antiguo y principal está escrito en verso. De paso os diré que su práctica es muy distinta de la nuestra y que

se fundan en estos principios: un enfermo que tiene fiebre no necesita mucho alimento; el principal remedio de las enfermedades es la abstinencia; lo peor que se le puede dar a un enfermo son los caldos, no habiendo nada que se corrompa más pronto en el estómago de un febricente; no se debe sangrar sino en casos de necesidad grande y evidente, como cuando se teme algún ataque al cerebro o que se observa inflamada alguna región importante, como el pecho, el hígado o los riñones. Que esa manera de entender la medicina sea mejor o peor, lo dejo a la resolución de nuestros sabios, pero veo que entre los indios no deja de dar buen resultado. Y no es particular de los médicos gentiles: los mahometanos y mogoles que siguen a Avicenna y a Averroes, la siguen muy religiosamente, sobre todo en la parte que se refiere a los caldos de carne. Ahora bien; los mogoles son un poco más pródigos en lo de la sangría que los gentiles, pues en las enfermedades en que temen los accidentes que acabo de decir, sangran una o dos veces, pero no estas pequeñas sangrías de nueva invención de Gon y de París, sino las sangrías copiosas de los antiguos, de diez y ocho a veinte onzas de sangre, que ocasionan a veces desfallecimiento, pero que también suelen «estrangular las enfermedades en su comienzo», como dice Galeno, y como he podido observar varias veces.

»Pero de anatomía puede decirse que lo ignoran todo, y sobre esto no dicen sino impertinencias. Por lo demás, no es raro esto, pues jamás abren el cuerpo de una persona ni de un animal. Tal horror tienen a ello, que cuando yo abría cabras vivas y carneros delante

de mi *agah* para hacerle comprender la circulación de la sangre y mostrarle los vasos de Pecquet, por donde el quilo se dirige al ventrículo derecho del corazón, huían todos y temblaban de miedo. Sin embargo, no dejan de asegurar que hay cinco mil venas en el hombre, ni más ni menos, como si las hubiesen contado bien.

»Respecto de la astronomía, tienen sus tablas por la que preven los eclipses, y aunque no con toda la exactitud de los astrónomos de Europa, aproximadamente por lo menos. Razonan acerca de los eclipses de Luna de parecida manera a como lo hacen respecto de los del Sol, y pretenden que sea el Rach un negro villano, un deuta maléfico, quien se apodera de la pobre Luna y la infesta. Con la misma razón pretenden que ese astro es cuatrocientos mil koses mayor que el Sol; es decir, más de cincuenta mil leguas; que sea luminosa por sí misma y de ella nos llega cierta agua vital que se reúne principalmente en el cerebro, descendiendo luego como de un manantial a todos los miembros para su funcionamiento. Pretenden asimismo que el Sol, la Luna y todos los astros son deutas; que llega la noche cuando el Sol se halla tras el Someire, una montaña imaginaria que ellos sitúan en el centro de la tierra, que tiene, según ellos, no sé cuantos miles de leguas de altura, y a la que atribuyen la forma de un pilón de azúcar invertido; de suerte que el día no existe entre ellos sino cuando el Sol se retira tras esa montaña.

»En geografía caen también en los mayores errores. Creen que la tierra es plana y triangular y que tiene

siete pisos, todos distintos en belleza, en perfección y en habitantes, de los que cada uno de los cuales está rodeado por su mar. De estos mares, hay uno de leche, otro de azúcar, otro de manteca, otro de vino, y así los demás; de suerte que después de una tierra hay un mar y después de un mar una tierra, y así hasta siete, comenzando por el Someire, que está en medio de todos esos pisos. El primero de éstos, que está al pie del Someire, tiene deutas por habitantes, que son perfectos; el segundo los tiene también, mas son menos perfectos; y así los demás, disminuyendo siempre de perfección hasta llegar al séptimo, que es el nuestro, es decir, el de los hombres que somos bastante menos perfectos que los deutas; y, en fin, que toda esa masa está sostenida sobre la cabeza de varios elefantes, que originan los temblores de tierra cuando se mueven. Todas las grandes impertinencias que acabo de contar, me han hecho decirme muchas veces a mí mismo que si tales son las famosas ciencias de los antiguos brahmanes de las Indias, muchas gentes hay engañadas acerca de las grandes ideas que de ellos se tienen. En cuanto a mí, mucho trabajo me ha costado persuadirme de ello, aun cuando vea que la religión de los indios es de tiempo inmemorial; que está escrita en la lengua sánscrita, tan antigua, que se ignora su origen, y que es una lengua muerta, sabida solamente por los sabios; que tiene sus poesías; que todos sus libros de ciencias están escritos únicamente en esta lengua, señales todas de una grande antigüedad.

» Y ahora añadiré unas palabras sobre el culto de los ídolos:



»Descendiendo el curso del Ganges, al pasar por Benares, la famosa escuela de las Indias, fui a visitar al jefe de los pendets, que reside allí por lo general. Es un fakir o religioso, tan famoso por su saber, que Chah-Jehan, tanto por su saber, como a fin de complacer a los *rajahs*, le concedió una pensión de dos mil rupias, que son cerca de mil escudos. Era un hombre grueso, de buen aspecto, que llevaba por toda vestimenta una especie de faja de seda blanca anudada alrededor de su cintura, y que le llegaba hasta las rodillas, y otro chal bastante ancho, de seda roja, sobre sus hombros, como una pequeña capa.

»Yo le había visto muchas veces en Delhi, ante el rey, en la asamblea de los *omerahs*, así como pasar por las calles, bien a pie, bien en *paleky*. Había conversado con él varias veces, pues durante un año se halló siempre en la corte procurando ser grato al rey para que le restituya su pensión, que Aureng-Zebe, al llegar al trono, le había suprimido para dar prueba de su celo mulsumán. En una visita que le hice en Benares me hizo mil zalamerías, y hasta me ofreció la colación en la biblioteca de su universidad, en compañía de los seis pendets más famosos de la ciudad. Cuando me vi en tan buena compañía les rogué a todos que me expusieran sus ideas y sus sentimientos acerca de la adoración de sus ídolos. Les dije que me marchaba de las Indias verdaderamente escandalizado sobre este particular, y los reproché que eso era una cosa contraria a toda razón e indigna de sabios y de filósofos como ellos. Y he aquí el resultado y conclusión de esta noble asamblea:

»Tenemos en nuestros deuras o templos, me dijeron, diversas estatuas, como las de Brahma, Mehadeu, Genich y Gavani, que son los deutas principales y más perfectos, así como otros dioses de menos perfección, a los cuales rendimos honor, prosternándonos ante ellos y ofrendándoles flores, arroz, aceites olorosos, azafrán y otras cosas con mucha ceremonia. Sin embargo, no creemos que esas estatuas sean Brahma mismo o Bechen mismo u otro dios, sino únicamente sus imágenes y representaciones, y sólo por esto los honramos. Están en nuestros deuras, porque es preciso para orar que haya ante los ojos algo que retenga el espíritu; y cuando oramos, no es a la estatua a la que lo hacemos, sino a Dios, que la estatua representa. Por lo demás, reconocemos que Dios es el Señor absoluto y el único Todopoderoso.» No he añadido ni quitado una sola palabra a lo que me dijeron, y desde luego ello me pareció muy parecido a la idea cristiana y coincidía con lo dicho por otros pendets.

Hablamos después de su cronología, pretendiendo ellos convencerme de ciertas antigüedades mayores que las nuestras. No quieren decir que el mundo es eterno, pero le dan tal antigüedad, que no sé si ello equivale casi a lo mismo. Su duración determinada, dicen, es de cuatro dgugues (dgugue es cierto número de años, como si dijéramos un siglo, con la diferencia de que un siglo sólo tiene cien años, mientras que el dgugue se compone de cien leccas, es decir, de cien veces cien mil años). No recuerdo el número total de los años de cada dgugue, pero sé que el primero, que se llama sate-dgugue, es de veinticinco leccas de

años; que el segundo, llamado trita, tiene más de doce leccas; el tercero, denominado duaper, tiene ocho leccas y son sesenta y cuatro mil años, si mal no recuerdo; el cuarto, kaledgugue, comprende no sé cuantas leccas. Añaden que los tres primeros y mucho del cuarto dgugue han transcurrido ya, de suerte que el mundo no durará tanto como ha durado, pues debe perecer al final de ese dgugue, volviendo todas las cosas a sus primeros principios. Yo insistí para que me dijese la edad exacta que atribuían al mundo, pero como vi que les embarazaba mucho y que no convenían todos en el número preciso de leccas; me contenté con ver que lo tienen por singularmente viejo, pues si se insiste más todavía, sólo os cuentan fábulas y acaban por deciros que lo saben por sus Vedas, libros de ley, que les han sido dados por mediación de Brahma.

»En cuanto a la naturaleza de sus deutas (dioses), no pude obtener más que palabras confusas. Los hay de tres suertes: buenos, malos e indiferentes, o que no son ni buenos ni malos. Algunos pretendían que eran de fuego, otros de luz y varios los suponían de biapek, palabra de la que no pude obtener ninguna explicación clara, pues sólo me decían que Dios es biapek y que nuestra alma es biapek, y que lo que es biapek es incorruptible y no depende del tiempo ni del lugar o espacio. Algunos pretendían que sólo eran porciones de la divinidad, como dije antes, y, en fin, otros decían que eran ciertas especies de divinidades separadas y diseminadas por el mundo.

»Recuerdo que les hablé también respecto de la naturaleza del lingue-cherire que admiten algunos de

sus autores, pero sólo pude saber lo que había oído hacía mucho tiempo a nuestro pendet; esto es, que las semillas de las plantas, de los árboles y de los animales, no se forman de nuevo, sino que están todas desde el primer nacimiento del mundo dispersas por todas partes, mezcladas con otras substancias, y que no son otra cosa, no sólo en potencia, como se dice, sino actualmente y efectivamente, más que plantas, árboles, animales, incluso enteros y perfectos, pero tan pequeños, que no se pueden distinguir sus partes sino cuando llegados a un lugar conveniente se nutren, extienden y crecen; de suerte que las simientes de un peral y de un manzano son un lengue-cherire, un pequeño manzano y un pequeño peral completo y perfecto, con todas sus partes esenciales, como las de un caballo, de un elefante, de un hombre, son un lengue-cherire un pequeño caballo, un elefantito, un hombre pequeño, a los cuales sólo falta el alma y el alimento para aparecer tal como son.

» Como conclusión, voy a descubriros el misterio de una gran cábala que hizo mucho ruido estos últimos años en el Indostán, porque ciertos pendets o doctores gentiles habían infectado el espíritu de Dara y de Sultán - Sujah, los dos hijos mayores del rey Chah-Jehan.

» No es la doctrina de muchos filósofos antiguos respecto a esa grande alma del mundo, de la cual pretenden ellos que nuestras almas y las de los animales sean porciones. Si profundizamos la de Platón y Aristóteles, acaso descubriríamos que tuvieron ese pensamiento. Eso es como la doctrina universal de los pendets

gentiles de las Indias, y esta misma doctrina constituye la cábala de los *sufys* y de la mayoría de los letrados de Persia, hallándose explicada en versos persas muy enfáticos en su Gult-chen-raz o jardín de los misterios, como fué la misma de Flud, que nuestro gran Gassendi ha refutado tan doctamente y en la que se extravían la mayor parte de nuestros químicos. Y es el caso que esos cabalistas o pendets indios llevan la impertinencia más allá que todos esos filósofos y pretenden que Dios, o el Ser soberano llamado Achar, inmóvil, inmutable, no sólo ha sacado o producido las almas con su propia substancia, sino también todo lo que hay de material o corporal en el Universo, y que esa producción no se ha hecho simplemente a la manera de las causas eficientes, sino a la manera de una araña que produce una tela que saca de su ombligo y que recoge cuando quiere. La Creación, dicen esos doctores imaginarios, no es más que una extracción y extensión que Dios hace de su propia substancia, de los rets que saca como de sus entrañas, lo mismo que la destrucción no es otra cosa que una transformación que hace de esta divina substancia, de estos divinos rets en sí mismo; de suerte que el último día del mundo, que llaman maperle o pralea, en el que creen que todo ha de ser destruído, no será otra cosa que una transformación general de todos estos rets que Dios había ya sacado de sí mismo; si nada hay real y efectivo de todo lo que creemos ver, oír, gustar o tocar, todo este mundo no es más que una especie de sueño y una pura ilusión, pues toda la multiplicidad y diversidad de cosas que se nos aparecen, no son más que



una sola, una única y misma cosa, que es Dios mismo; como todos estos números diversos que tenemos, de diez, de veinte, de ciento, de mil, etc., no son más que una unidad repetidas muchas veces. Pero preguntadles alguna razón de esta imaginación, o que os expliquen cómo se opera esa salida y esa recuperación de substancia, esa extensión, esa divinidad aparente, y cómo puede ser que no siendo Dios corporal, sino biapek, incorruptible, como ellos dicen, está, sin embargo, dividido en tantas porciones de cuerpos y almas; no obtendréis más que comparaciones graciosas: que Dios es como un océano inmenso, en el que se moviesen varias redomas llenas de agua. Que esas redomas, adonde quiera que vayan, se hallarán siempre en el mismo océano, en la misma agua, y que, al romperse, sus aguas se hallarían al mismo tiempo unidas a su todo, a ese océano del que eran porciones. También os dirán que ocurre con Dios lo que con la luz, que está en todas partes y que no deja de parecer de cien maneras distintas, según los objetos en que está o según los colores y figuras de los cristales por donde pasa. Siempre os responderán con una suerte de comparaciones que no guardan ninguna proporción con Dios y que sólo son buenas para cegar a un pueblo ignorante. En vano esperaréis que respondan sólidamente si se les dice que estas redomas se hallarían verdaderamente en una agua semejante, pero no la misma; que, en efecto, la luz es semejante por todo el mundo, pero no la misma. Volverán a hacer idénticas comparaciones o como los *sufys* a las bellas poesías de su Gult-chen-raz.

Ahora bien; de todo ese gran tejido de extravagancias que he expuesto, de ese terror pánico tan infantil de que os hablé al principio, de esa supersticiosa piedad y compasión al sol para librarlo de ese negro y maligno deuta, mediante las ridículas ceremonias, abluciones, baños, limosnas lanzadas al río o hechas a los brahmanes; de esa furiosa e infernal constancia de las mujeres en quemarse en unión del cuerpo de sus maridos, a los que frecuentemente habrán aborrecido en vida; de todas esas extrañas manías de los *fakires*, y, en fin, de ese cúmulo fabuloso de Beths y otros libros, ¿no os parece que con razón puse al frente de esta carta (triste fruto que obtengo de tantos viajes y de tantas reflexiones, de que el satírico moderno ha sabido tan bien tomar y dar la idea sin ir tan lejos), *que no hay opiniones, por ridículas y extravagantes que sean, de que el espíritu humano no sea capaz?*

»Por lo demás, me haréis la merced de entregar vos mismo la carta a Mr. Chapelle. Él es el primero que me ha procurado mi amistad con Mr. Gassendi, vuestro íntimo e ilustre amigo, lo que me ha sido muy ventajoso, por lo que le estoy en extremo agradecido, estimándole muchísimo y acordándome de él en todas partes. Del mismo modo que os estoy infinitamente agradecido a vos, considerándome obligado a honraros toda mi vida, tanto a causa de la estimación que siempre me habéis tenido, como por los buenos consejos con que me habéis asistido mediante vuestras cartas frecuentes durante todos mis viajes y por vuestra bondad al enviarme tan generosamente, sin interés, sin dinero, hasta el fin del mundo donde mi curiosidad me

llevó, un cajón lleno de libros, cuando aquellos a quienes les pedía por dinero que yo ponía a su disposición en Marsella y que hubieran debido, honradamente, enviármelos, me abandonaban y se burlaban de mis cartas, considerándome como un hombre perdido a quien no volverían a ver nunca.

»De Chiras (Persia), a 10 junio de 1668.»

---

## CARTA ENVIADA DESDE CHIRAS (PERSIA) A MR. CHAPELLE

SOBRE EL PROPÓSITO DEL AUTOR DE REANUDAR EL ESTUDIO ACERCA DE ALGUNOS PUNTOS CONCERNIENTES A LA DOCTRINA DE LOS ÁTOMOS Y SOBRE LA NATURALEZA DEL ENTENDIMIENTO HUMANO

«Mi muy querido amigo:

»Siempre creí lo que decía Mr. Luillier, que no sería más que un arranque de la juventud, que dejaríais esa vida que afligía a vuestros amigos y que volveríais al fin al estudio con más vigor que nunca. Desde el Indostán he sabido, por las últimas cartas de mis amigos, que llega el momento feliz de veros emprender el vuelo con Demócrito y Epicuro, muy lejos de sus flameantes murallas del mundo, en sus espacios infinitos, para ver y referirnos victorioso lo que se puede y no se puede *et ultra processit longe flammantia, etc.*, para hacer un examen y seria meditación acerca de la naturaleza de esos espacios, lugar general de las cosas; acerca de estas infinitas generaciones y corrupciones de sus mundos supuestos por su pretendido concurso

fatal de átomos; sobre la naturaleza, indivisibilidad y otras propiedades de esos átomos; sobre la libertad, la fortuna, el destino; sobre la existencia, la unidad y la providencia de Dios; sobre el uso de las partes; sobre la naturaleza del alma y todas las elevadas materias que ellos trataron.

»Por mi parte no podría condenar ese designio, por ser una cosa natural la inclinación que sentimos por saber. Al contrario, creo que sólo a las grandes almas cumple el consagrarse a tales empresas, pues principalmente por ese medio el hombre puede demostrar lo que es y su superioridad sobre los animales.

»Pero como quiera que las más grandes empresas son también las más peligrosas, ésta no deja de ofrecer mucho riesgo, pues aun cuando parezca que sentimos una real inclinación hacia la verdad, parece también que sentimos otra muy fuerte hacia la libertad y la independencia, para no reconocer a ningún señor por encima de nosotros y para decir y creer y hacer lo que nos place, sin temor a nadie ni a nada y sin obligación de rendir cuentas de ningún género, de suerte que, si no tenemos cuidado, esta última inclinación prepondera, y deteniéndonos en las razones que nos impulsan hacia esa libertad, y contentándonos con pesar a la ligera aquellos que podían desviarnos de un camino, nos vemos pronto comprometidos en una extraña situación vacilante, dubitando entre el tal vez sea esto, tal vez no sea esto; tibios, fríos, lentos e indiferentes a todo lo que atañe a la regla y fin de nuestra vida.

»Además, me parece que nuestros filósofos, en su



mayoría, se abandonan fácilmente a esa vanidad de creer que el tener opiniones diferentes a las del resto de los hombres es un medio para ser tenidos por espíritus raros y excelentes, complaciéndose en exponer esas opiniones como algo misterioso que solo pueden conocer los hombres de profunda ciencia y que está fundado en altas razones transcendentales, todo eso sin estar muy convencidos de lo que dicen. Así, si no se tiene cuidado sobre esto también, no se deja de incurrir en vanidad, y pensando persuadir a los demás de aquello de que uno no está convencido, se deja uno mismo persuadir irremisiblemente, como un mentiroso, que por haber contado muchas veces una cosa falsa, acaba por creerla verdadera. Por lo menos se cae en esas inquietudes, en esos titubeos, en la tibieza e indiferencia que dije antes, en vez de llegar a ese estado de alma y de ciencia sublime que se esperaba y de que se lisonjea uno.

»Es cierto, que aun teniendo esa inclinación a saber, no dejamos de ser muy perezosos, y aunque queremos la ciencia y la verdad, las queremos a poco precio, sin que nos cueste mucho trabajo y tanto desvelos, que nos afligen, que perjudican a veces a nuestra salud, y que, sin embargo, son males necesarios si queremos saber a fondo la más pequeña cosa y ser capaces de formar sobre ella un juicio sólido y exacto. Por esta causa, si no estamos perpetuamente al cuidado, como en guardia, y no combatimos incesantemente la pereza, nos dejamos muy pronto halagar por la creencia de que para saber no es necesario tan grande y penoso estudio, y no pudiendo decidrnos a un trabajo obsti-

nado, nos dejamos fácilmente sorprender por esa apariencia de verdad, que reluce en las razones o argumentos que nos dan, por lo general, los espíritus fuertes, en vez de examinarlos seriamente a fin de que no se nos hagan parecer superiores a lo que son y para que no nos oculten y disfracen la fuerza o valor de las que militan en contra, como ocurre a menudo, bien por la ignorancia, prevención o vanidad y presunción de estos señores, que gustan de dogmatizar, o bien por yo no sé qué desdichado placer que sentimos la mayoría, por dejarnos exagerar las cosas y por exagerarlas nosotros mismos, engañándonos agradablemente y engañándonos a los demás.

»Así, amigo, para deciros francamente mi opinión sobre vuestro propósito, me parece que en la filosofía, y principalmente en el estudio de las grandes materias que vais a emprender, no hay término medio en que mantenerse; quiero decir que es preciso, sin alambicarse el espíritu, dejarse arrastrar dulcemente por la corriente, donde tantas personas de buen sentido, y que incluso son tenidas entre nosotros por personas rectas y por buenos filósofos, se dejan arrastrar. Esto me parece lo mejor y lo más seguro, tanto por el gran trabajo que ese estudio exige, como por el peligro que existe de que, no filosofando más que a medias y no penetrando a fondo en las cosas, sólo se obtengan esas dudas que nos inquietan y nos hacen desgraciados por el resto de nuestros días, haciéndonos a veces viciosos, desagradables y molestos a la sociedad; o bien, si queremos filosofar, debe ser a fondo y sin temor al trabajo y sin dejarnos embargar por esa vani-

dad de querer pasar por espíritus extraordinarios y sin dejarnos vencer por esa desdichada inclinación de querer vivir sin dueño y sin ley, nos entregaremos valerosamente al estudio, y animados por el único deseo de la verdad, nos obstinamos en pesarlo y repesarlo todo, en meditar, en escribir, conversar, discutir; en una palabra, en no olvidar nada de lo que pueda contribuir a reanimar nuestro espíritu y a darnos alguna inteligencia.

»En cuanto a lo que me pedís, por vuestra última, de que os diga lo que pueda haberme ocurrido de importante filosofando con nuestro amigo Danechmendkan, el sabio del Asia, acerca de todas las materias a que vais a aplicaros, os diré francamente y sin lisonjearme, que podréis muy bien dirigiros a una persona más inteligente que yo, pero no que las haya estudiado tanto como yo. Porque no me he contentado únicamente con pesar las razones de todos los autores que he podido estudiar, antiguos y modernos, y lo mismo árabes que persas e indios, sino que he tratado de ellas cien veces con los hombres más doctos que he hallado, y esto allí donde se presentaba la ocasión, llegando al extremo de fingir con esos señores, que se creen espíritus fuertes, que no dejaba de participar de sus opiniones, para de este modo obligarles a no ocultarme nada. Pero como este es un asunto de alto alcance, y puesto que vamos ya camino de Europa, será mejor que hablemos de ello cuando nos veamos.

»Sin embargo, para que no parezca que os desairo, os diré entretanto lo siguiente acerca de la naturaleza

de nuestro entendimiento: *Me parece muy razonable creer que hay en nosotros algo más perfecto que todo lo que llamamos cuerpo y materia.*

»Según la idea que nos dió Aristóteles sobre la primera materia de las cosas, sabéis que no se puede imaginar nada tan imperfecto; porque, en fin, no ser más que un cierto yo no sé qué, es, me parece aproximarse a la nada lo más posible. Hasta sabéis que todas las perfecciones y propiedades que Demócrito y Epicuro atribuyen a esos cuerpos primarios, o primera y única materia de las cosas, no se terminan principalmente más que en ciertos seres pequeñísimos, muy sólidos, sin ningún vacío e indivisibles, teniendo todos alguna figura particular y esencial, de suerte que haya una infinidad de redondos, por ejemplo, una infinidad de piramidales, una infinidad de cuadrados, cúbicos, puntiagudos, triangulares, etc., y así de un número no infinito sino innumerable de otras especies de figuras diferentes, todos móviles por su naturaleza y de una velocidad imaginable; mas los unos son más propios que otros para el movimiento sensible de las concreciones, es decir, para desembarazarse y separarse o para dispersarse más fácilmente que los otros en la disolución de los compuestos, según son más o menos pequeños, más o menos redondos, o más o menos lisos o escurridizos; y, en fin, todos eternos por su naturaleza y, por consiguiente, incorruptibles e independientes como pretenden, aunque sin ningún sentimiento, razón ni juicio. Sabéis que todas las propiedades de esos cuerpos pequeños no se reducen poco más o menos sino a lo que acabo de decir, y que os ruego

recordéis, para que podamos después juzgar si son capaces de los que les atribuyen. Sin embargo, para no quitar nada al valer de sus principios, y para que no creáis que he abandonado el estudio de los átomos, os referiré francamente que cuanto más considero esa división al infinito de una porción de materia finita, me parece más absurdo e indigno de un filósofo y creo las razones, que parecen probarla, tan capciosas como las que Zenón, suponiendo esa misma divisibilidad, aducía para probar que no había ningún movimiento, los puntos, las líneas y las superficies matemáticas, que no son más que por el entendimiento y sin profundidad, no debiendo aplicarse, trasladar y aplicar a los cuerpos físicos, que no pueden existir sin todas las dimensiones y que son obra de la Naturaleza.

»Además, un filósofo debe evitar, en lo posible, caer en lo infinito, pues es una especie de abismo profundo y obscuro, que a veces no sirve sino para ocultarse y donde el espíritu humano se pierde.

»Yo no creo que los átomos no sólo son indivisibles, porque son mínimas porciones de materia, o pequeños cuerpos duros, resistentes e impenetrables (propiedades esenciales, lo mismo de la materia que de la extensión), por ser pura materia continua sin partes ninguna que sean solamente contiguas y en las que cada una tenga su superficie particular y determinada, sino que añadiré que la separación, disyunción o disociación de partes puramente contiguas en un compuesto, es, a mi juicio, la única división concebible, de tal modo, que no es posible no solo dividir ningún átomo, es decir, ninguna porción de materia puramen-



te continua, aunque la supusiéramos tan larga como una aguja; puesto que para dividirlo con unas tijeras, por ejemplo, o de otro modo habría que llegar a alguna penetración que no es inconcebible y sería preciso que alguna parte de la aguja, alguna porción, alguna parte (si se puede decir que hay partes en un todo donde no existen contiguas) cediese, pero es inconcebible que pudiese ceder a las tijeras que la oprimieran o hacer ceder a las otras materias sin penetración, tanto más, cuanto que las partes oprimidas y la parte de las tijeras que oprimían son de la misma naturaleza y de la misma fuerza, ambas duras, resistentes, impenetrables, de manera que la doctrina de los átomos ofrece la gran ventaja de que no supone solamente sus principios, demandando que se le conceda graciosamente que sus primeros cuerpos sean indivisibles, puesto que ni siquiera se puede concebir que lo sean, ni como de principios blandos, cedentes y divisibles pueda resultar un compuesto que sea duro, ni como dos sutilísimas porciones de materia, llegando a chocar, no se resistirían mutuamente por su dureza sin reducirse a algún polvo de partículas más pequeñas. Tampoco demanda esa doctrina que se le conceda graciosamente que deben existir necesariamente pequeños espacios vacíos entre las partes de los cuerpos compuestos, por sutil que sea la materia que pueda inventarse para llenarlos, siendo inconcebible también no sólo cómo podría comenzar un movimiento, no como las partes mismas de esa materia sutilísima, que deben tener sus figuras particulares definidas y determinadas, tanto como las más gruesas puedan estar tan perfectamente colo-

cadass que no quedan necesariamente entre ellas esos pequeños espacios vacíos.

»Os confesaré también francamente que me parece que por la manera de filosofar de los atomistas se pueden muy bien y muy razonablemente imaginar que no hay compuesto de tan admirable figura, composición, orden y exposición de las partes que pueda ser incluso el mismo cuerpo humano y no se pueda formar por el concurso, por el orden y la disposición particular de estos pequeños cuerpos de sus átomos, siempre que interviniera una causa directriz bastante inteligente para ello.

De sus principios, os diré asimismo, podría resultar un compuesto tan perfecto que fuese capaz de los movimientos locales más difíciles que se pudiesen imaginar, hasta caminar como si fuese cosa viva y animada, y hasta a imitar perfectamente, si se quiere, el canto, el sollozo y todos esos movimientos locales de los animales más perfectos. No hay ninguna contradicción sobre esto; todos los relojes y otras muchas máquinas artificiales de esa suerte nos lo hacen ver y parecen no permitirnos dudar de la posibilidad de ello.

»Estoy de acuerdo que la secta de Demócrito y de Epicuro, suponiendo con ellos que los átomos son obra de la mano omnipotente y directriz de Dios, ofrece grandes ventajas sobre las otras, para poder dar razón con mayores visos de probabilidad de numerosos y bellos efectos naturales, donde las otras no aciertan.

»A mi juicio, sólo pueden dudar de eso aquellos que no se han tomado el trabajo de examinar las cosas a fondo, o de comparar las otras sectas con esa. Pero

imaginar y persuadirme de que sus principios, con todas estas ventajas, puedan al fin, como pretenden, y mediante cualesquiera concurso, orden, unión y disposición, por admirable que pueda ser, y hasta por inteligente que fuese la causa directriz que pudiese intervenir, llegar a formar un animal, que sea como el hombre por sus funciones u operaciones, esto, amigo mío, es lo que nunca me ha sido posible, lo que me ha parecido siempre contrario a la razón y al buen juicio, y que, sin duda, os lo parecerá también si os tomáis sólo el trabajo de recordar lo que habéis oído decir cien veces y que yo os recordaré a mi manera.

»No pretendo oficiar de predicador ni de gran hombre de bien a mi retorno de las Indias (un viajero como yo y alimentado en la escuela de los átomos había de hacer milagros y no se le creería). Creed que si pretendo deciros algo, no es por ostentación ni por afectación de ninguna clase, sino con todo mi mejor sentido y sinceridad.

»Tampoco pretendo con este preámbulo al estilo asiático haber hallado en las Indias nuevas razones. No esperéis nada de esto. Casi desespero, como Cicerón, de que los hombres puedan nunca hallar nada acerca de esa materia después de lo que se ha descubierto. No me sería difícil demostrar que todo lo que han dicho los modernos, o no es nada, o no es nada nuevo. No habría más que volver a examinar lo que Gassendi y Arnault han escrito contra Descartes, a lo que no veo que él haya contestado nada, y plegue a Dios que hubiese podido responderles tan demostrativo y majestualmente, como parece hacerlo creer, y yo abra-

zaría, mejor dicho, adoraría al autor de una demostración sobre ese tema, siéndole mejor aplicados que a este antiguo atomista los siguientes versos:

*Qui Genus humanum ingenio superavit et omnes  
Praestinxet Stellas, exortus uti Æthereus Sol.*

»Os rogaré sólo una cosa: que hagáis lo único que me parece ser la sola y única cosa factible acerca de ello, o sea una seria reflexión acerca de lo que ocurre en el interior de nosotros, sobre las operaciones de nuestro entendimiento, y que después me digáis de buena fe si concebís que haya alguna proporción entre la perfección de esas operaciones y la imperfección de lo que llamamos cuerpo o materia. Suponiendo que cualquiera que sea el esfuerzo de espíritu que pueda hacerse, no se concebiría nunca otra cosa en los átomos y generalmente todo lo que es cuerpo y materias, más que las propiedades que he señalado, tamaño, figura, dureza, indivisibilidad, movimiento, o si se quiere, pues esto no empece a la cosa y blandura o divisibilidad.

»Espero que accederéis a mi ruego, reparando un momento sobre aquellos pensamientos tan ingeniosos y bien ordenados que se han podido extraer de vuestras Memorias, así como sobre otros argumentos de la misma fuerza que me consta que quedan en ellas, y en fin, sobre todos esos arrebatos y ditirambos poéticos de vuestro Homero, Virgilio y Horacio, que parecen tener algo de divino. Y con esa limpidez de espíritu y vuestro humor filosófico, en que os halláis a menudo por las mañanas, no dejaréis de reflexionar sobre tres o

cuatro cosas que me parecen muy dignas de la atención de los filósofos.

»Es la primera, que nuestros sentidos no son sólo impresionados por los cuerpos, como podrían ser los ojos de una estatua de un autómeta, sino que sentimos su impresión, la caricia o el dolor, y nos apercebimos incluso de que los sentimos, como cuando decimos «noto que esto me agrada más o menos que de ordinario», «que mi dolor es mucho menor o más fuerte que antes», y así de otras cien cosas.

»La segunda, es que a menudo no nos limitamos a eso, sino que sacamos conclusiones particulares, como «hay que seguir esto», «hay que huir de aquello», y estas conclusiones generales: «todo lo bueno hay que seguirlo», «de todo lo malo hay que huir».

»La tercera, es que nos acordamos del pasado, consideramos el presente y prevemos el porvenir.

»La cuarta, que a veces intentamos penetrar en nosotros mismos, en nuestro interior, como hago yo ahora mismo al investigar lo que soy, lo que es la potencia razonadora que en mí hay, lo que son los pensamientos, los razonamientos, las reflexiones que estoy haciendo.

»La quinta, que al dedicarnos a meditar sobre una materia, hacemos algunas veces nuevos descubrimientos, hallamos nuevas razones, vemos aquellas que fueron ya inventadas, pensando y comparando unas con otras y deduciendo a veces tales consecuencias que dependerán de un gran número de proposiciones antecedentes, que abarcaremos en su conjunto como de una sola mirada, y concurrir todas a una sola solución,



cual ocurre en todas las ciencias, y, sobre todo, en las matemáticas, en las cuales nuestro espíritu muestra no sé qué fuerza y qué extensión verdaderamente admirable.

»Podrían bastar estas reflexiones para lo que os pido, pues todo lo que podría añadir a ellas se reduce casi a lo mismo. Pero es menester que os resolváis, sólo por esta vez, a hacer lo que se hace en estos países del Asia, cuyo aire respiro ha tanto tiempo, y que tengáis la paciencia de reflexionar sobre una cosa que me parece muy importante, a saber: que conocemos, no solamente las cosas particulares que impresionan nuestros sentidos, sino que nuestro entendimiento, por no sé qué fuerza y capacidad admirables que posee, toma ocasión de conocer y de formarse idea de mil cosas que no llegan inmediatamente, y como son, a los sentidos; que el hombre, por ejemplo, es un animal razonable; que el Sol es mucho mayor que toda la tierra; que es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí; que la ausencia del Sol causa la noche; que todo lo que se engendra está sujeto a corrupción; que de nada, nada puede hacerse, naturalmente, como lo que es, volver a la nada; que es absolutamente preciso que haya algo eterno e increado en el Universo, Dios, o la materia prima de las cosas, o ambas, o que Dios haya creado esa materia, y eso desde toda eternidad o en el tiempo; y así una infinidad de pensamientos tan grandes y vastos y tan lejanos de la materia, que no se sabe, en verdad, por qué puerta han penetrado en nuestro espíritu.

»Ahora bien; todas esas acciones que acabo de decir, que muestran una fuerza tan grande: potencia, capacidad, y extensión del espíritu humano o movimientos interiores, o como se les quiera llamar, ¿podrían, de buena fe, atribuirse a espíritus, al viento, al fuego, al aire, a átomos, a partículas de materias sutilísimas, y, en una palabra, a lo que no tiene más cualidades o propiedades que lo que se puede comprender bajo la palabra cuerpo, por pequeño, por tenue, por móvil o ágil que pueda ser, en cualquier contextura o disposición que pueda estar y cualesquiera sean los movimientos de que le crea capaz de dar y de recibir? No; no se imaginará nunca que esos puedan ser sino movimientos puramente locales de alguna máquina puramente artificial, muerta, insensible, sin juicio, sin razón; no se concebirá jamás que puedan ser alguna de esas acciones interiores que he dicho, que puedan ser lo que yo veo o conozco que sé, lo que veo que razono, ese ver, esos razonamientos, esa percepción de que se les ve.

»Además, dirijamos una mirada sobre algunas de las principales proposiciones de Euclides, sin hablar de las de un Arquímedes, Apolonio, y de tantos otros. En cuanto a mí, sólo cuando pienso en las cuarenta y siete del primero, de Euclides, hallo algo tan grande y tan noble, que os confieso que me cuesta trabajo creer que sea una invención humana; de suerte que me imaginaría que fué por esto por lo que Pitágoras, después de ser tan afortunado por hallar ese incomparable, quedó tan maravillado y embelesado que hizo el famoso sacrificio para dar gracias a los dioses, como

queriendo testimoniar con ello que esa invención era una cosa que excedía del alcance del espíritu humano.

»Sin embargo, no quiero decir que sea razonable creer que en el hombre hay algo divino, alguna partícula de la divinidad o algo semejante. Esto es una blasfemia insoportable y disparatada de algunos estoicos, de los cabalistas de Persia y de los brahmanes de las Indias, que, para reconocer claramente la nobleza y la perfección del espíritu del hombre, han preferido llegar a ese extremo a creerlo tan bajo y tan imperfecto como todo cuerpo, toda materia, todo corpóreo.

»Yo no incurro en ese error. Como veréis en la carta a Mr. Chapelan, estoy muy lejos de creer que sea esa una opinión propia de un filósofo; pero es que yo observo en el hombre, lo mismo que aquellos estoicos y otros, algo tan perfecto, tan grande y tan cumplido, que su opinión me parece aún cien veces menos absurda que la que pretende que en el hombre, y hasta en todo el universo, no hay nada que no sea corpóreo, movimientos locales y corporales, cuerpos, átomos, materia.

»¡Ah!, cuando pienso (¿podría exagerarse demasiado la cosa?) quién es el hombre, por poco sensato que sea, que pueda creer que cuando un Arquímedes, un Pitágoras y algunos otros grandes hombres se sumían en profundas meditaciones, no había entonces, en sus cabezas y en sus sesos, nada más que masa corpórea, espíritus vitales o animales, cierto calor natural, partículas de materia sutilísima, y, si se quiere, átomos, que, no obstante ser insensibles, sin inteligencia, sin razón y que ni siquiera se mueven como pretenden, sino por

un movimiento y concurso ciego y fatal, haya, sin embargo, llegado a moverse y concurrir con tanta fortuna y de modo tan maravilloso, que, como otras veces, por un concurso semejante, habían formado la cabeza de aquellos grandes hombres tal como era, con la infinitud de órganos tan bien ordenados y dispuestos, hayan llegado por lo mismo entonces a formar y producir esos pensamientos y esas meditaciones profundas, o, mejor dicho, hayan podido llegar a moverse en todos esos órganos de una manera tan admirable, y, en fin, que lo hayan hecho en cierto orden, en cierta disposición, en determinado estado (pues estos son los términos de que se sirven esos filósofos), tan maravillosos que ellos mismos han sido esa concepción, esa visión, esa meditación, esas proposiciones admirables y esos inventos divinos.

» Otra cosa (aunque, si se quiere, sea la misma en otros términos); cuando por cualquier ofensa o por cualquier otra causa nos sentimos embargar por la cólera o la ira, y, sin embargo, dominamos la pasión, yo os pregunto: ese mando interno que sentimos, esa suerte de obediencia, esa moderación y contención que tendremos, por ejemplo, a causa de alguna razón de honradez, de honor, de virtud, y en contra de la inclinación natural que sentimos por vengarnos, ¿qué significa este movimiento y estado interior? ¿Puede decirse que no son más que algunos choques, roces, contexturas particulares de átomos o de espíritus, o, si lo prefieren, de moléculas o partículas de materia que se haga allí en el interior de esos nervios, de esas membranas delicadas, de esos canales y

órganos sutilísimos del cerebro, del corazón y de las demás partes del cuerpo? Quimeras, mi querido amigo, y nada más que puras quimeras.

»Una palabra más acerca de la libertad. Cuando, en el temor de tomar un mal partido por uno bueno, nos mantenemos como en equilibrio buscando en el interior de nosotros todas las razones en pro y en contra, sopeándolas y examinándolas seriamente; esa aprensión, ese temor, ese equilibrio y la resolución que tomamos al fin de hacer la cosa o de no hacerla; todo eso, todos esos movimientos, todo ese estado o manera interna de ser (hablo con los mismos términos que ellos), ¿no será tampoco más que un concurso ciego de pequeños cuerpos? ¿Podríais imaginarlo? ¿Podríais crearlo?

»El mismo Lucrecio, partidario de la sécta, no pudo hacerlo, no pudo decidirse a atribuir a los átomos sólo estos movimientos libres de la voluntad; porque si la voluntad, como él dice, está fuera de la fatalidad y sobrepuesta al Destino, *fatis avulsa voluntas*, ¿cómo puede él, con todo su *clinamen* o declinación de principios, haber creído de buena fe y sin escrúpulo que no hay nada más que corpóreo y que nada se espera de nosotros, como fuera de nosotros, sino por su concurso natural, eterno, independiente, inmutable e inevitable de los átomos? No ignoraba que, siendo eso así, ni la voluntad, ni nada, podría estar exenta de esa concatenación y serie eterna e inmutable de movimientos y de causas que se seguirían y sucederían unas a otras por órdenes eternos absolutamente necesarios e invariables.



»Además, podría recordaros varias razones que sé que se acostumbra aducir en defensa de ello; pero sería abusar de vuestra paciencia y, por otra parte, como he dicho ya, no creo que haya otra cosa de más importancia para ser meditada.

»Podría también deciros la manera como creo yo que se puede contestar más razonablemente a las objeciones; mas sólo diré dos cosas acerca de esto:

»1.<sup>a</sup> Que es muy cierto lo que dicen de que el beber, el comer, la salud, el calor natural, los espíritus y la buena disposición de los órganos, que son cosas corporales y, como ellos dicen, dependientes de los átomos como principios y primera materia, son cosas necesarias para todos estos pensamientos, razonamientos y reflexiones, y, en una palabra, para todas las demás operaciones internas que he dicho. Esto es algo que no se puede negar y que cada cual experimenta demasiado sensiblemente para no confesarlo. Pero que se pueda deducir de ahí que todo lo que interviene y concurre a la formación de esas operaciones sea solo y puramente cuerpo o corpóreo, átomos, espíritus, materia sutil, por poco que se reflexione sobre su perfección y excelencia y sobre las imperfecciones de los cuerpos y átomos y acerca de la poca relación que hay entre sus cualidades y esas operaciones, es lo que el buen sentido no podrá nunca conceder. De suerte que me parece que todo lo más que se podría admitir es que los átomos, espíritus y todas las demás cosas que se aportan, fuesen verdaderamente necesarios; pero sólo como condiciones o disposiciones, o hasta de alguna otra manera que nos sea desconocida, y no como

primeros y absolutos principios y como causa total de las operaciones. Es preciso que haya en ello algo más que todo esto, más noble, más elevado y más perfecto.

»2.<sup>a</sup> También es cierto que no podemos adquirir una idea verdadera, o, como se dice, inmediata y positiva, de lo que está por encima del cuerpo o de todo lo que no es cuerpo. A mi juicio, es imposible esto en tanto permanecemos en este estado mortal, tan estrechamente unidos al cuerpo. Esa dependencia de los sentidos corporales, que limitan y obscurecen tanto la luz de nuestro entendimiento, nos lo impide. Pero no quiero que pueda de ello concluirse que no hay nada efectivamente sobre el cuerpo, sino átomos, materia, cosa corpórea; porque ¿cuántas cosas no hay de las que no tenemos esa idea positiva, y que la razón, sin embargo, nos obliga a confesar que existen efectivamente? Y dicho de otro modo, ¿cuán pocas cosas hay sobre las que tengamos verdaderas ideas? Pero, ¿tienen esos mismos filósofos alguna idea positiva de sus átomos?

»Confiesan que su pequeñez es tal, que no se puede imaginar oyendo pronunciar o explicar esa palabra «átomo», y que no podemos concebir su verdadera y positiva idea. Sin embargo, no dejan de creer y de deducir por el razonamiento que hacen: ¿tiene un matemático la idea positiva del tamaño del Sol? Es tan prodigioso y está tan lejos del alcance de los sentidos, que nadie podría imaginárselo tal como es, y, sin embargo, no hay nadie que no esté completamente persuadido y plenamente convencido por la fuerza de las

demostraciones, y que no sepa perfectamente que excede en mucho al del globo terráqueo. Además, ¿no es sabido que la naturaleza de una cosa puede saberse de dos maneras?; o positivamente, como cuando la vemos y afecta a alguno de nuestros sentidos, o como cuando decimos lo que es y damos su definición positiva, o bien, como se dice, negativamente, diciendo lo que no es. Ahora bien; he de confesar que no somos capaces de conocer el principio de nuestras operaciones o razonamientos de esa primera manera, ni aun siquiera lo que es y cómo se hacen y se producen esas operaciones. ¡Ay!, no somos bastante felices en eso; nos serían precisos otros sentidos mucho más perfectos que los que tenemos; no hemos nacido para penetrar y filosofar tan profundamente. ¿Diremos *Invida praeclusit speciem Natura videndi*? Pero hay también que confesar que, por lo menos, podemos conocerla de la segunda manera; de suerte que si no nos es posible decir a la verdad y positivamente lo que ello es, podemos al menos decir y conocer ciertamente lo que no es. Quiero decir que de la perfección de las operaciones que vemos evidentemente que son tales, que no tienen ninguna proporción con todas las propiedades y perfecciones de los átomos, y, generalmente, exceder el alcance de todo lo que es puramente cuerpo, podemos hacer una conclusión cierta, a saber: que es menester que el principio de tales operaciones, y esas operaciones mismas, sean algo que esté por encima de todo lo que es cuerpo o corporal. Con decir esto me basta, puesto que no estoy más adelantado que al principio, y no pretendiendo que podamos adquirir

una idea verdadera y positiva de ese principio, sino únicamente que se puede y que se debe inferir en cuanto al razonamiento, que es preciso que sea, como dije antes, algo mucho más perfecto y más noble que todo lo que figura en el número de los cuerpos, cualquiera que sea su naturaleza.

»Pero, ¿no acabaré de descubriros enteramente mi pensamiento? Sabéis si soy hombre que gusta de vanagloriarse o de forjar mentiras, o de decir cosa a la ligera en una cuestión tan importante como ésta. No se puede negar que existe una gran diferencia entre las operaciones de los brutos y esas admirables operaciones del hombre. Y me refiero, no sólo a la de sus sentidos externos, como sentir, ver, gustar, y los demás, sino hasta respecto de sus sentidos internos o imaginación. Todo ello está tan por debajo del razonamiento del hombre, que hay que reconocer que no existe ninguna proporción, y que las del hombre parten de un principio muy diferente e infinitamente más perfecto. No obstante todo eso (y es mi pensamiento el que os expongo), estimaré cien veces menos absurdo al que sostuviese que en el principio de esas operaciones de los brutos, sea de sus sentidos internos, sea de los externos, hay algo más perfecto que lo corporal, y que sólo lo que se puede entender y comprender bajo esa denominación de cuerpo, o materia, o espíritu, a aquel que pretendiese que el principio de las del hombre sea puramente corporal. Esto lo creo fuera de toda razón e indigno de un hombre de sano juicio. Sin duda, esto no es razonar de buena fe, y sólo un exceso de vanidad ha llevado a los filósofos en cuestión a tal

extremo. Veían, seguramente, que su secta tenía grandes ventajas sobre todas las demás para poder explicar con mucha facilidad y probabilidad muchos de los más bellos efectos de la Naturaleza por el solo movimiento local, orden y disposición particular de su materia, corpúsculos, moléculas o átomos. Creyeron hacernos creer que por esos mismos principios podían dar la razón de todo y explicarnos todo lo que concierne al espíritu humano y a sus operaciones. ¡Oh!, amigo mío; ¿no hemos estado nosotros cien veces de acuerdo en que, cualquiera que sea el esfuerzo que podamos hacer sobre nuestro espíritu, nunca podríamos concebir cómo con corpúsculos insensibles pueda jamás resultar nada sensible, sin que intervenga nada más que lo insensible, y que con todos sus átomos, por pequeños, por móviles que los hagan, cualesquiera sean los movimientos y figuras que les den, y no importa el orden, la mezcla y disposición en que les parezca presentárnoslos, hasta la mano industriosa que pueda conducirlos, no podrían jamás (según su suposición de que no tengan otras propiedades o perfecciones que las dichas), hacernos imaginar cómo pueda resultar un compuesto, no diré que sea razonable como el hombre, sino que sea simplemente sensitivo, como podría serlo el más imperfecto gusanillo? ¿Cómo osarían pretender explicarnos que pueda resaltar una cosa pensante, razonante, que sea los pensamientos mismos, la razón misma?

»En cuanto a nosotros, dejemos toda esa suerte de presunción y esa vanidad de *espíritus fuertes*, y no pretendamos poder explicar la naturaleza del principio de nuestros razonamientos de la misma manera que po-



dríamos hacer con otras cosas que afectan a nuestros sentidos corporales, y no hagamos de geómetras acerca de ellas. No somos bastante dichosos para esto, ya lo he dicho; no es posible en este estado mortal y en esta gran dependencia de los sentidos corporales en que estamos cogidos. Sin embargo, debemos tener idea más elevada de nosotros mismos y no hacer nuestra alma de tan baja estofa, como hacen esos grandes filósofos materialistas.

»Debemos tener por cierto que somos infinitamente más nobles y más perfectos que lo que pretenden, y sostener atrevidamente que si no podemos conocer bien realmente lo que somos, por lo menos sabemos muy bien y con certeza lo que no somos; que, así, no somos enteramente barro y fango como pretenden. Adiós.

»10 de junio de 1668.»

---

## CARTA PRIMERA A M. DE MERVEILLES

VIAJE DE CACHEMIRA. DISPONIÉNDOSE AURENG-ZEBE PARA EMPRENDER LA MARCHA. CONTIENE EL MOTIVO DEL VIAJE DE AURENG-ZEBE. EL EJÉRCITO, CON LA DOBLE ARTILLERÍA, COMÚNMENTE CERCA DEL REY. LOS BAGAJES Y LOS VÍVERES HABITUALES DE LAS TROPAS DE CABALLERÍA. LAS AGUAS CONTAMINADAS Y SUS EFECTOS. ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LOS VIAJES A LAS INDIAS

«Señor:

»Después que Aureng-Zebe comenzó a sentirse mejor, se dijo que iría a Lahor y de aquí a Cachemira, a fin de cambiar de aires y para evitar los calores del próximo verano, por temor a alguna recaída. Pero a los bien informados les costaba trabajo persuadirse de que en tanto tuviese a su padre Chah-Jehan prisionero en la fortaleza de Agra se atreviese a marcharse tan lejos.

»Sin embargo, se ha visto que la razón política ha cedido ante la de la salud y ante los consejos de los médicos, o, más bien, a causa de las intrigas de Ro-chenara-Begum, que ansía respirar un aire más libre

que el del serrallo y aparecer a su vez en el ejército, fastuosa y magnífica, como en otro tiempo hacía su amada Begum-Saheb, durante el reinado de Chah-Jehan.

»Por fin ha emprendido la marcha el 6 de diciembre, a eso de las tres de la tarde, día y hora que deben ser felices para un largo viaje, de creer a los señores astrólogos que así lo han afirmado.

»Se ha dirigido a su casa de placer de Chah-Limar, situada a unas dos leguas de aquí, y donde ha pasado seis días enteros, a fin de dar tiempo a todo el mundo para hacer los preparativos necesarios para un viaje que debe durar año y medio. Hoy recibimos noticias de que ha salido de Chah-Limar para ir a acampar en el camino de Lahor, y que, después de permanecer dos días allí, continuará su marcha sin aguardar a más.

»Van con él, no sólo sus treinta y cinco mil soldados de caballería, que están siempre cerca de su persona, y más de diez mil de infantería, sino también las dos artillerías, es decir, la gruesa o pesada, y la ligera, llamada artillería de escolta, porque es inseparable de la persona del rey, mientras que la gruesa se separa algunas veces para buscar caminos más a propósito para ella. Se compone la artillería gruesa de setenta piezas, en su mayoría de hierro fundido, y algunas son tan pesadas que se necesitan veinte pares de bueyes para transportarlas; algunas otras tienen elefantes que ayudan a los bueyes, empujando y tirando de las ruedas de las carretas con sus trompas y sus cabezas en los sitios difíciles o cuando marchan por las montañas. La artillería ligera se compone de cincuenta o sesenta piezas de

campaña, todas de bronce; van sobre una pequeña carreta pintada, como dije en otro lugar, adornada con muchas banderolas rojas y tirada por dos poderosos caballos conducidos por el artillero en forma de cochero, con un tercer caballo que el ayudante de aquél lleva en la mano para el relevo. Todas esas carretas van siempre corriendo, a fin de hallarse en orden ante la puerta de la tienda del rey y disparar todas las piezas a la vez cuando el monarca entra, para advertir a todo el ejército.

» Todo este tren guerrero da motivos para temer que, en vez de ir a Cachemira, se nos lleve a sitiar la importante plaza de Kandahar (1), fronteriza de Persia, del Indostán y del Usbec, capital de un país hermosísimo y muy rico, y que por esto mismo se la han disputado en todo tiempo los persas y los indios.

» Como quiera que sea, hay que apresurarse a abandonar Delhi cuanto antes; me hallaría rezagado del ejército si lo difiriese más. Sé, de otra parte, que mi *nabab* Danechmend-kan me espera en el campamento con impaciencia. No puede dejar de pasarse las horas después de comer sin filosofar sobre los libros de Gassendi y Descartes (2), sobre el globo, sobre la esfera, o acerca de la anatomía, como de consagrar toda la mañana a los grandes asuntos del reino, en su calidad de secretario de Estado para los negocios extranjeros y de gran maestro de la caballería.

---

(1) Antigua ciudad fortificada, comercial, dicese que fundada por Alejandro el Grande; hoy capital del Afghanistan central y meridional. (*Nota de la edición española.*)

(2) Véase Nota biográfica acerca de Bernier, pág. VII del tomo I.

»Partiré al fin esta noche, después de haber puesto en orden todos mis asuntos y de proveerme de todo lo que me es necesario para el viaje, como hacen los principales caballeros, o sea de dos buenos caballos tártaros, a lo que estoy obligado por razón de los ciento cincuenta escudos mensuales de paga que recibo; de un camello de Persia, de los más grandes y de los más fuertes; de un camellero y un mozo de establo, de un cocinero y de otro servidor, que en este país se acostumbra a hacer marchar delante del caballo con un frasco de agua en la mano. También me he provisto de los utensilios ordinarios: una tienda de tamaño mediano y de una alfombra proporcionada; de una cama pequeña, como hecha con cuatro cañas muy fuertes y ligeras, con un cojín, dos mantas, una de las cuales, doblada en cuatro, sirve de colchón; de un *sufra* o mantel de cuero, redondo, sobre el que se come; de algunas servilletas de tela pintada y de tres saquitos de batería de cocina o de vajilla, que se colocan en otro saco mayor, y éste en otro grande, fino, de mimbres y muy fuerte, donde se colocan también todas las provisiones, la ropa blanca y los vestidos del señor y de los criados.

»También he hecho provisión de excelente arroz para cinco o seis días, por temor a no encontrarlo siempre tan bueno; de algunas galletas hechas con azúcar y anís; de un artefacto para conservar la leche cuajada y de muchos limones y gran cantidad de azúcar para hacer la limonada, pues ésta y la leche son los dos grandes y supremos refrescantes de las Indias. Todo eso se mete, como he dicho, en el saco grande,



tan ancho y tan pesado que a tres o cuatro personas les cuesta trabajo cargarlo, aunque dos hombres se inclinen y empujen primeramente un lado sobre el otro hombre cuando el saco está lleno, y aunque se haga arrodillar al camello, que se pone al lado, y a pesar de que no hay más que echar uno de los lados del saco por encima del camello.

» Todo este equipo y provisiones son absolutamente necesarios en estos viajes. No hay que esperar las buenas hosterías de nuestro país. Hay que acampar y vivir a lo árabe y a lo tártaro, sin esperar más hosterías que las tiendas de campaña.

» Tampoco hay que esperar que se pueda saquear al campesino, pues siendo todas las tierras del reino propiedad del soberano, no hay que decir que es preciso ser prudente, y que arruinar al campesino sería arruinar el dominio del rey.

» Lo que me consuela mucho en esta marcha es que caminamos hacia el Norte, y que la hemos emprendido al principio del invierno, después de las lluvias, que es la época buena para viajar en las Indias, pues ni llueve ni se sufre tanto la incomodidad del calor y del polvo. Además, me veo libre de comer pan del bazar o del mercado, que por lo general está mal cocido, lleno de arena y de polvo y de tener que beber malas aguas, que, por estar completamente turbias y mezcladas con mil inmundicias de tantos hombres y animales como entran en ellas, causan fiebres que no se curan sino difícilmente y que engendran ciertos gusanos muy peligrosos en las piernas. Provocan al principio una grande inflamación acompañada de fiebre y salen

de ordinario poco tiempo después del viaje, aunque se han visto casos en que han tardado un año y más en salir. Son, por lo general, del grosor y de la longitud de una prima de violín, de suerte que se las tomaría más bien por un nervio que por un gusano. Y hay que arrancarlos poco a poco, de día en día, enroscándolos con cuidado en un pequeño trozo de madera de grueso como un alfiler, por temor a romperlos (1). Lo que me consuela, digo, mucho, es verme libre de esas incomodidades, pues mi *nabab* me ha hecho una merced singularísima, que es haber ordenado que se me dé todos los días un pan tierno de su casa y un surai de agua del Ganges, de la que hace transportar en varios camellos, como toda la corte. El surai es un frasco de estaño lleno de agua, que el servidor, yendo a pie delante del caballero, lleva en la mano, envuelto en un saquito de tela encarnada. No contiene generalmente más que una pinta (2); pero yo he mandado hacer uno de dos pintas. Veremos si la astucia resulta. El agua se refresca muy bien en este frasco, siempre que se tenga cuidado de mantener húmeda la bolsita que lo envuelve, y que el servidor, que lo lleva en la mano, camina agitando el aire, o que esté expuesto al viento,

---

(1) Las indicaciones de Bernier parecen referirse al gusano *Filaria (Dracunculus) medinensis* Gusel que, en las regiones tropicales del mundo antiguo, vive en el tejido celular subcutáneo del hombre y alcanza sesenta y más centímetros. Cuando ha llegado a su madurez sexual origina un tumor y para extraerlos hay que tomar las precauciones que ya indica Bernier; pues si se desgarran los gusanos, los embriones de que están repletos se vierten en la herida. Cuando el gusano es joven, vive en los pequeños crustáceos, de agua dulce, del género *Cyclops*, y como éstos son de tamaño inferior a un milímetro y transparentes, no es raro pasen al cuerpo del hombre con el agua que bebe. (Nota de la edición española.)

(2) La pinta de París valía 93 centilitros. (Nota de la edición española.)

como se hace por lo general, mediante tres bastoncillos cruzados, para no tocar el suelo, pues la humedad de la tela, la agitación del aire o el viento, son condiciones absolutamente necesarias para que el agua se refresque; como si esa humedad o, mejor dicho, el agua de que la bolsita está empapada, detuviese los cuerpecillos o espíritus ígneos que hay en el aire, al mismo tiempo que da paso a los nitrosos u otros que impiden el movimiento del agua y causan el frío, a la manera que el cristal detiene el agua y deja pasar la luz por razón de la contextura y disposición particular de las partes del cristal y la diversidad que debe existir entre los pequeños cuerpos de luz y los del agua. Sólo en campaña se sirven de ese frasco de estaño para refrescar el agua. En las casas se usan unas vasijas de cierta tierra porosa, donde se refresca mucho mejor siempre que esté al aire y con una tela humedecida como el frasco. También se sirven de salitre, especialmente las personas de categoría y lo mismo en las urbes que en el ejército. Se echa agua, o cualquier licor que se quiera refrescar, en un frasco de estaño redondo y de cuello largo, como las botellas de vidrio de Inglaterra, y se agita durante medio cuarto de hora en agua donde hayan echado tres o cuatro puñados de salitre. Esto refresca mucho el agua y no es malsano, como yo creía, aunque suele desagradar al principio, cuando no se está acostumbrado. Pero, ¿para qué detenerse a reflexionar tanto sobre los refrescos, cuando hay que pensar en emprender la marcha, a sufrir el Sol, que en todas épocas es incómodo en las Indias, y a tragar polvo, que nunca falta cuando se va con las

tropas, a embalar, cargar y descargar todos los días su equipaje, ayudar a los criados, plantar piquetes, tirar de las cuerdas para levantar las tiendas y recogerlas, caminar día y noche, comer frío y comer caliente, y, en una palabra, convertirnos en árabes durante año y medio que debemos estar en campaña? Adiós; no dejaré de cumplir mi promesa de escribiros y contaros de vez en cuando nuestras aventuras. Además, como el ejército marchará por pequeñas jornadas sin temor al enemigo, y con toda la pompa y magnificencia que ostentan los reyes del Indostán, procuraré comunicaros las cosas notables que observe en cuanto lleguemos a Lahor.»

---

## CARTA SEGUNDA AL MISMO

ESCRITA EN LAHOR EL 25 DE FEBRERO DE 1663

A LA LLEGADA DE AURENG-ZEBE. TRATA DE LA CANTIDAD Y LA MAGNIFICENCIA, EL ORDEN Y DISPOSICIÓN DE LAS TIENDAS DEL GRAN MOGOL EN CAMPAÑA. EL NÚMERO DE ELEFANTES, CAMELLOS, MULAS, MULOS Y MOZOS QUE SE NECESITAN PARA LLEVARLAS. DISPOSICIÓN DE LOS BAZARES O MERCADOS REALES; LA DE LOS CUARTELES PARTICULARES DE LOS OMERAHs O SEÑORES Y DEL RESTO DEL EJÉRCITO. LA EXTENSIÓN QUE ÉSTE OCUPA CUANDO ACAMPA. DIFICULTADES DE ESTO Y MODO DE EVITARLO. EL ORDEN PARA IMPEDIR LOS ROBOS Y RATERÍAS. LAS DIVERSAS MANERAS DE MARCHAR DEL REY, LAS PRINCESAS Y DEL RESTO DEL SERRALLO. EL PELIGRO DE HALLARSE DEMASIADO CERCA DE LAS MUJERES. LAS CACERÍAS DEL REY Y CÓMO CAZA CON TODO SU EJÉRCITO. EL NÚMERO DE HOMBRES QUE COMPRENDE EL EJÉRCITO Y LOS MEDIOS PARA MANTENERLOS

«Señor:

»Esto se llama marchar con gravedad, o, como se dice aquí, «a lo mogol». Sólo hay quince o diez y seis jornadas de Delhi a Lahor, que hacen próximamente



unas veintiséis leguas, y, sin embargo, hemos tardado en llegar cerca de dos meses. Verdad es que el rey, con la mejor parte del ejército, se distanció algo del camino para entretenerse en cazar y para disponer del agua del río Gemna, que fuimos a buscar a la derecha del camino. Marchamos tranquilamente, bajando a veces entre la maleza, llena de toda clase de caza y tan alta que apenas si se podía ver a los jinetes. Ahora que descansamos en una buena ciudad, voy a procurar cumplir lo que os prometí al principio, esperando conducirlos después a Cachemira, haciéndoos ver uno de los más hermosos países del mundo.

»Cuando el rey sale a campaña lleva siempre dos campamentos, es decir, dos grupos separados de tiendas, a fin de que cuando levanta uno y se pone en marcha, el otro pueda haberle precedido un día y se halle preparado cuando él llegue al sitio señalado; por esto se les da el nombre de *peiche-kanes*, que significa «como casas que van delante». Las dos son casi semejantes y son menester más de sesenta elefantes, más de doscientos camellos, cien mulos y doscientos mozos para transportar una. Los elefantes conducen las cosas más pesadas, como las grandes tiendas y sus gruesos pilares, que por ser demasiado largos y pesados se dividen en tres partes. Los camellos conducen las tiendas menores; los mulos, los bagajes y las cocinas, y los mozos se encargan de todos los muebles y utensilios ligeros y delicados que podrían romperse, como la porcelana de que se sirve de ordinario en la mesa del rey, los lechos pintados y dorados y los ricos *kargues*, de que hablaré en seguida.

»No bien uno de esos *peiche-kanes* ha llegado a su punto de destino, cuando el gran maestre de alojamientos elige algún sitio excelente para emplazamiento del cuartel general del rey, cuidando, sin embargo, en lo posible de la simetría que debe observarse para todo el ejército y hace trazar un cuadrado, cada uno de cuyos lados tiene de longitud más de trescientos pasos ordinarios.

»Cien braceros limpian y allanan primeramente ese espacio; hacen a modo de estrados sobre los cuales plantan las tiendas que rodean todo el gran rectángulo de *Kanates* o biombos de siete a ocho pies de altura, que sostienen por medio de cuerdas que sujetan a piquetes y con perchas que plantan en tierra de dos en dos y de diez en diez pasos, una en la parte de afuera, otra en la interior, inclinando a la una sobre la otra. Esos biombos son de una tela fuerte, forrada de indiana o telas pintadas, con un gran vaso de flores. En medio de uno de los lados del rectángulo se halla la entrada o Puerta Real, grande y magnífica; las indianas que forman esa entrada, así como también todas aquellas con que está forrado su parte interior, todo el lado del rectángulo, de frente, son mucho más hermosas y ricas que las otras.

»La primera y la mayor de las tiendas que se levanta en este recinto se denomina el *Am-kas*, sitio donde el rey y todos los personajes que forman parte del ejército se reúnen todos los días, a las nueve de la mañana cuando se hace Mokam, es decir, cuando se acampa en algún sitio, pues los reyes del Indostán, aun en campaña, no se dispensan sino rara vez esa costumbre casi

inviolable, que se considera como un deber y una ley, de presidir la asamblea dos veces al día, como cuando se halla en la capital, para tratar de los asuntos del Estado y administrar justicia.

»La segunda tienda, que apenas si es menor que la anterior, y que se halla en un emplazamiento algo más avanzado, se llama Gosle-Kane, que quiere decir, «lugar para lavarse». Allí se congregan por la tarde todos los señores para saludar al rey. Esta Asamblea es muy incómoda para los *omerahs*, pero resulta algo magnífico, grandioso, el ver desde lejos en una noche obscura, en medio del campo, a través de todas las tiendas de un ejército, largas filas de antorchas que conducen esos *omerahs* al cuartel del rey, o les conducen de nuevo a sus tiendas. Es verdad que estas antorchas no son de cera como las nuestras, pero duran mucho. Consisten en un hierro unido a un bastón, en cuyo extremo se arrollan trapos viejos que se empapan de aceite de vez en cuando, aceite que el masalchi o portantorchas lleva en la mano en un frasco (tarro) de bronce o de hojalata de cuello largo y estrecho.

»La tercera tienda, más pequeña que las anteriores y que ocupa un lugar más avanzado todavía, se denomina Kalvet-Kane, es decir, «lugar retirado», y en ella se instala el consejo privado, al cual no asisten más que los primeros oficiales del reino, para tratar los asuntos más importantes y delicados.

»Más adelante se hallan las tiendas particulares del rey, rodeadas de pequeños kapnates que tienen la altura de un hombre; están forradas de indianas pintadas, con esos bellos trabajos de Maslipatan que represen-

tan cien flores diferentes; algunas están forradas de satén de flores con grandes franjas de seda.

»Próximas a las tiendas del rey, se hallan las de las begums o princesas, y las de las grandes damas y grandes oficiales del serrallo. Están rodeadas, como las del rey, de ricos kanates. Entre todas estas tiendas están colocadas las de las oficialas inferiores y de otras mujeres de servicio del serrallo, casi siempre en la misma disposición, con arreglo a las exigencias de su oficio.

»El *Am-kas* y las cinco o seis tiendas principales están algo elevadas, a fin de que se vean desde lejos y para evitar algo de calor. Por el exterior sólo se ve una tela gruesa y fuerte, encarnada, adornada con diversas grandes bandas cortadas de distintas maneras y de aspecto bastante agradable. El interior es de indianas de flores pintadas, del mismo trabajo ya dicho de Maslipatan, enriquecido con bordados de seda, de oro y de plata, con grandes franjas o hermosos satenes de diversos colores, con flores sobrepuestas y con otras muchas cosas pintadas. Los pilares que sostienen esas tiendas están pintados y dorados. En cuanto al piso, no se camina sino sobre ricos tapices que tienen por debajo colchones de algodón de tres y cuatro dedos de grueso, y en derredor de los tapices (o alfombras) hay grandes cojines de brocado para apoyarse cómodamente.

»En cada una de las grandes tiendas donde se celebra la asamblea, se ve un salón ricamente adornado. El rey da audiencia en ese sitio, sentado bajo un gran dosel de terciopelo. Bajo las otras tiendas se ven doseles semejantes, así como kargues, es decir, peque-

ños gabinetes cuyas puertecillas se cierran con candados de plata. Para imaginárselos hay que representarse dos pequeños cuadros de nuestros biombos, puestos uno sobre otro y unidos con un cordón de seda como un lazo, de tal forma, que los extremos de los lados del de arriba se inclinen sobre otras para formar como una especie de pequeño domo o tabernáculo; hay la diferencia entre nuestros biombos de que estos indios tienen todos los lados de trozos de pino, muy delgados y ligeros, pintados por la parte exterior, enriquecidos con franjas de oro y de seda alrededor y forrados por dentro de escarlata o satenes floridos o con brocados. Esto es poco más o menos lo que puedo deciros que se ve dentro del gran rectángulo en que se halla el campamento.

» En la parte exterior hay primeramente dos bonitas tiendas a ambos lados de la entrada principal o Puerta Real. En ellas se ven algunos caballos de gran mérito ensillados y empenachados; están dispuestos para ser montados en cualquier momento, y también por ostentación y magnificencia.

» A ambos lados de la misma puerta se hallan emplazadas cincuenta o sesenta piezas pequeñas de campaña, que forman la artillería ligera de que hablé ya y que disparan cuando entra el rey, para anunciarlo a todo el ejército.

» Delante de la puerta se deja siempre, en lo posible, un gran espacio libre en cuyo extremo hay una gran tienda llamada Nagar-Kane porque es el lugar donde se congregan las bandas de timbales y trompetas.

» Muy cerca de ésta se halla otra grande que se llama



Tchoky-Kane donde los *omerahs* hacen las guardias una vez por semana. Sin embargo, ellos, en su mayoría, hacen levantar sus tiendas muy cerca de allí, para estar más cómodos y tener más libertad.

»Alrededor de los otros tres lados del gran rectángulo, están todas las tiendas de los oficiales, en el mismo orden y disposición siempre, a menos que el lugar no lo permita. Llevan todas sus nombres particulares; pero como quiera que son difíciles de pronunciar y no pretendo enseñaros la lengua del país, me bastará con deciros que hay las siguientes: una para las armas del rey, otra para los ricos arneses de los caballos otra para las vestas de brocado, que son los regalos que el rey hace por lo general. Otras cuatro, próximas unas a otras, para guardar las frutas, las confituras, el agua del Ganges y el salitre, con que se la refresca; y, en fin, para el betel, que es la hoja de que hablé antes y que se presenta como obsequio, del mismo modo que el kauvé en Turquía, y que se mastica para tener los labios bermejos y el aliento suave y agradable.

»Después se ven quince o diez y seis tiendas, donde están las cocinas y sus dependencias. Entre ellas se encuentran las tiendas de muchos oficiales y eunucos. En fin, hay cuatro o cinco tiendas alargadas, destinadas a los caballos de montar; algunas otras para los elefantes de mérito. No hay que omitir al arte venatorio, pues es menester que la gran cantidad de aves de rapiña, que se lleva siempre para la caza, o por magnificencia, y el gran número de perros, de leopardos, que se emplean para cazar las gacelas; los nilgais o *Portax*; los leo-

nes y rinocerontes; los grandes búfalos (1) de Bengala que combaten contra el león; las gacelas domésticas, que riñen en presencia del rey; es menester, digo, que todos estos animales y los que cuidan de ellos tengan sus lugares adecuados.

» Esa gran cantidad de tiendas de campaña, con las que se hallan en el interior del gran rectángulo, constituyen el cuartel del rey, que se halla casi siempre en el centro, a menos que no lo permita el terreno. Ese cuartel real, como se comprenderá, tiene cierta grandiosidad, y hay que contemplar desde alguna altura esa inmensidad de tiendas rojas de un ejército, sobre todo cuando el terreno es llano, pues en este caso se han podido observar todas las disposiciones y el orden requerido para ello.

» Cuando el gran jefe de alojamientos ha elegido el sitio adecuado para el cuartel real e instalado el *Am-kas* en el sitio más alto de todas las tiendas y por el cual debe guiarse a fin de que el orden y la disposición del resto del campamento sean siempre los mismos, hace emplazar los bazares reales, en los cuales se provee todo el ejército, trazando a modo de una calle grande y recta que atraviesa todo el campamento, a derecha e izquierda del *Am-kas* y del cuartel del rey. Y debe hacerse siempre su trazado en la dirección más recta que se pueda hacia el lugar que servirá al siguiente día para establecer otro campamento.

---

(1) Es de creer se refiera el autor al búfalo *Bubalus bubalus*, conocido en Filipinas con el nombre de carabao, y no al cebú, *Bos indicus*, toro con adiposas protuberancias, domesticado en India y Africa para bestia de tiro y carga. (Nota de la edición española.)

» Todos los bazares reales, que no son ni tan largos ni tan anchos, atraviesan por lo general el primero, los unos más cerca y los otros más distanciados del cuartel del rey. Todos ellos están señalados por palos muy altos plantados en el suelo de trescientos en trescientos pasos próximamente, con estandartes rojos y colas de vaca del gran Tibet, que aparecen en lo alto como pelucas.

» Ese mismo jefe designa luego el sitio de los *omerahs*, a fin de que se guarde siempre el mismo orden y que se encuentren aproximadamente a igual distancia del cuartel real, unos a la derecha, otros a la izquierda, sin que ninguno pueda cambiar el puesto que se le ha designado o que pidió al comenzar el viaje.

En cuanto al orden y disposición particular de los cuarteles de los grandes *omerahs* y de los *rajahs*, hay que imaginárselos de un modo parecido al del rey. Son por lo general dos *peiche-kanes* con un cuadrado de kanates a cuyos lados hay biombos y dentro de cuyo espacio se halla su tienda principal y las de sus mujeres. En derredor están instaladas las tiendas de sus oficiales y jinetes; al lado hay un bazar que es a modo de forma de calle formada por pequeñas tiendas, con las gentes que le siguen siempre y le provee de forraje, arroz, manteca y otros géneros necesarios, sin que haya necesidad de dirigirse siempre a los bazares reales, donde hay por lo general casi todo lo que se encuentra en la capital.

» Cada bazar está indicado en sus extremos por dos puntales tan altos como los de los bazares reales, para que se puedan descubrir desde lejos los estandartes

particulares que en ellos hay enarbolados y distinguir así los diversos cuarteles.

» Los grandes *omerahs* y los *rajahs* rivalizan por tener tiendas de campaña muy altas.

» Sin embargo, han de procurar que no lo sean demasiado, pues podría suceder que el rey se apercibiese de ello al pasar y mandase tirarlas al suelo, como se ha visto en esta última marcha. Tampoco deben ser completamente rojas por el exterior, por el mismo motivo; sólo las del rey son así, y, finalmente, es preciso que estén, por honor, como homenaje, orientadas hacia el *Am-kas* o cuartel del rey.

El resto del espacio lo ocupan las tiendas de los *manseb-dars* y de la infinidad de mercaderes, chicos y grandes, que sigue al ejército, de los funcionarios y curiales, lo que hace en verdad un número enorme de tiendas de campaña y ocupan una extensión de terreno considerable. Yo creo que cuando el ejército se halla acampado en una gran llanura donde puede estar a sus anchas y siguiendo el plan ordinario, se encuentra dispuesto en forma casi circular, como hemos visto muchas veces en esta marcha, y su circuito no será menor de dos leguas o de dos leguas y media. Cierto que quedan algunos espacios libres; pero también la artillería gruesa, que ocupa mucho terreno, precede con frecuencia un día o dos al resto del ejército.

» Todo lo que se dice de esta extraña confusión, de que se sorprenden ordinariamente los recién llegados, no es cierto, pues por poco que se esté acostumbrado a estas marchas se puede circular perfectamente por los campamentos, sirviendo de orientación el cuartel

real y las tiendas y estandartes de los *omerahs*, que se divisan desde lejos, así como por los estandartes y pelucas de los bazares reales, que se ven también muy de lejos.

» Todo esto no obsta para que algunas veces no deje de sentirse uno desorientado, incluso en pleno día, y, sobre todo, por la mañana, cuando se levanta todo el mundo y el movimiento es general en el campamento, pues entonces no sólo se produce una polvareda que impide ver el cuartel real, los estandartes de los bazares y las tiendas de los *omerahs*, sino porque se halla uno como cogido entre las tiendas y las cuerdas que los pequeños *omerahs*, que no tienen *peiche-kane* (así como los *manseb-dars*) tienden para señalar su alojamiento y para impedir que se abra un camino hacia sus tiendas o que algún desconocido se instale cerca de ellas, donde suelen estar sus mujeres. Si se pretende ir por otro lado, se hallan cortando el paso unas cuerdas que una chusma de lacayos, provistos de gruesos bastones, impide que se baje para permitir el paso del bagaje. Si quiere uno desandar lo andado, resulta que se ha cerrado el camino mientras se pasó. Entonces hay que gritar, encolerizarse, rogar, aparentar que se está dispuesto a dar golpes, aunque guardándose muy bien de hacerlo, dejando que los servidores discutan unos con otros y haciendo lo posible para que puedan pasar vuestros camellos. La gran dificultad se presenta cuando hay que ir por la noche a algún sitio algo apartado, pues el maloliente humo del fuego hecho con leña verde, con excrementos de las vacas y camellos, que el populacho emplea para cocinar, forma una ne-



blina, tan densa, sobre todo cuando no hace aire, que no se ve nada.

A mí me ocurrió tres o cuatro veces que no sabía adónde dirigirme, buscando en vano el camino. Una vez tuve que esperar a que desapareciese la humareda y apareciera la Luna; y en otra ocasión me vi obligado a dirigirme al aguasidie, acostarme y pasar la noche lo mejor que pude, con mi criado y mi caballo al lado. Ese aguasidie es como un gran mástil de navío, pero delgado, que se desmonta en tres partes y se coloca cerca del cuartel del rey y de la tienda o pabellón llamado Nagar-Kane. En lo alto hay una linterna que ilumina toda la noche, lo cual es muy ventajoso, pues se la ve desde lejos. Cuando se extravía uno, hay que dirigirse hacia ella y desde allí hacia los bazares, para preguntar el camino que se debe seguir, o para pasar la noche, pues nadie lo impide, y se está libre de los ladrones. Se llama aguasidie, que significa como «luz del cielo», porque desde lejos parece una estrella.

Para impedir los robos, cada *omerah* hace que su campamento particular sea guardado durante la noche por vigilantes que dan vueltas continuamente gritando *kaber-dar*, que viene a significar «atención». Además, alrededor del campamento general del ejército hay centinelas situados de quinientos en quinientos pasos, que hacen fuego y que gritan también *kaber-dar*. Por otra parte, el *Cotoual*, que es como el gran preboste, envía destacamentos por todos lados, que recorren los bazares, gritando y tocando la trompeta toda la noche. Sin embargo, no dejan de cometerse algunos robos y hay que tomar sus precauciones, dormir a pri-

mera hora para velar el resto de la noche y no fiarse mucho de los servidores que hacen la guardia.

» Veamos ahora las distintas maneras con que el Gran Mogol sale a campaña.

» Por lo general se hace conducir a hombros, en una especie de grandes andas sobre las cuales hay un *tact-ravan*, trono de campaña, donde se sienta. Ese tact es una especie de tabernáculo magnífico, con pilares pintados y dorados. Cuando hace mal tiempo se cierra con cristales. Las cuatro manos de las andas están forradas de tela escarlata o de brocado, con una gran franja de seda y de oro. Para cada mano hay dos servidores muy robustos y bien vestidos, que se relevan de cuando en cuando.

» Otras veces el rey monta a caballo, sobre todo cuando el tiempo es a propósito para la caza. En otras ocasiones monta sobre un elefante, en mikden-ber o en hos.

» Esta es la montura más soberbia y fastuosa, pues el elefante lleva siempre arneses magníficos y riquísimos. El mikden-ber es una casilla o torre de madera, cuadrada, y el hos consiste en un asiento en óvalo con un dosel de pilares dorados también.

» Durante sus marchas le acompaña siempre un gran número de *omerahs* y de *rajahs*, que le siguen inmediatamente en tropel a caballo, sin guardar mucho orden. Todos los que pertenecen al ejército están obligados a hallarse en el *Am-kas* al ser de día, para seguir al rey, a menos que éste les haya eximido de esa obligación, o por razón de su cargo, o a causa de su edad avanzada.

»Esas marchas les resultan muy incómodas, sobre todo los días de caza, pues tienen que soportar el calor y el polvo como simples soldados, algunas veces hasta las tres de la tarde; en cambio, cuando no forman el séquito del rey van cómodamente en sus *palekys* cerrados, a cubierto del sol y libres de la polvareda, duermen dentro como si estuviesen en su lecho, llegan temprano a su tienda o pabellón donde les espera una comida succulenta. Rodeando a los *omerahs* van siempre muchos jinetes, llamados *gourse-berdars* porque llevan una especie de maza de armas de plata. También van muchos a los costados, precediendo a la persona del rey, a la derecha y a la izquierda, con muchos servidores a pie. Estos *gouze-berdars* son tipos escogidos, distinguidos, de buena presencia, altos, y que se destinan a transmitir las órdenes. Llevan grandes bastones, separan a cierta distancia del cortejo a la muchedumbre, e impiden que marche alguien delante del monarca.

Detrás de los *rajahs* marcha el coso entre numerosos timbales y trompetas. He dicho en otro lugar que esos cosos consisten en una especie de procesión de figuras de plata, representando animales extraños, monos, balanzas, peces y otras cosas misteriosas, llevadas en el extremo de unos grandes bastones de plata.

»Sigue un grupo de *manseb-dars*, o pequeños *omerahs*, montados fastuosamente, con la espada, las flechas y el carcaj. Este grupo es mucho más numeroso que el de los *omerahs*, pues además de que todos los que están en guardia no osarían dejar de hallarse al ser de día a la puerta de la tienda o pabellón del rey

para acompañarle, hay muchos que le siguen para hacerse gratos y para darse a conocer.

»Las princesas y las grandes damas del serrallo se hacen también conducir de diversas maneras. Unas, como el rey, a hombros y sentadas en un tchodul, que es una especie de tact-ravan pintado, dorado y cubierto de un grande y magnífico manto de seda de distintos colores, enriquecido de bordados, con cenefa, franjas y ricas borlas pendientes. Otras van en ricos *palekys* cerrados; algunas en amplias literas conducidas por dos grandes camellos o por elefantes pequeños. Así he visto algunas veces en las marchas a Roehenara-Begum. Por cierto que en una ocasión observé en la parte delantera de su litera, que estaba entreabierta, a una pequeña esclava, bien vestida, que espantaba las moscas con una cola de pavo real (1) que tenía en la mano. En fin, las hay que van montadas en elefantes ricamente engalanados, con sus gualdrapas bordadas y gruesas campanillas de plata. Allí van en lo alto, soberbias, sentadas de cuatro en cuatro en mikden-bers de junco, cubiertas siempre de mantos de seda no menos magníficos y deslumbrantes que los tchodules y los tact-ravan.

No puedo dejar de deciros que en este viaje me ha complacido verdaderamente el considerar esa marcha pomposa del serrallo. En efecto; no se puede concebir nada más soberbio que el ver a Roehenara-Begum marchando a la cabeza montada en un gran elefante

---

(1) El pavo real, *Pavo cristatus* L., es ave precisamente de la India y Assam. El pavo común, *Melcagris gallo-pavo*, es de Nuevo Méjico (América). (Nota de la edición española.)

de Pegu, y sentada sobre un mikden-ber deslumbrante, de oro y azul y seguida de cinco o seis elefantes, con mikden-ber, casi tan fastuosos como el suyo, y en los que van sentadas las oficiales principales de su casa. Siguen algunos eunucos de los más importantes, lujosamente vestidos, cabalgando a sus lados con un bastón en la mano. Rodea a Roehenara-Begum una multitud de sirvientas tártaras y cachemirenses, vestidas fastuosamente y montadas en hermosas hacaneas, y, en fin, otros muchos eunucos a caballo, acompañados a su vez por numerosos pagys o lacayos, que llevan grandes bastones y se adelantan mucho a la comitiva para ir abriendo paso entre la muchedumbre. Después de Roehenara-Begum aparece una de las damas principales de la corte, montada y acompañada con arreglo a su alto rango; luego sigue una tercera, luego otra, así hasta quince o diez y seis, todas más o menos soberbiamente montadas y acompañadas a proporción de su rango, de su paga y de su oficio. Ciertamente, esa larga fila de elefantes, que llegan de cincuenta a sesenta y aun más, y que marchan gravemente, con todo ese tren y todo ese equipaje fastuoso, tiene algo de grandioso y regio, y si yo no hubiese mirado esta magnificencia con una especie de indiferencia filosófica, no sé si me habría abandonado a esos sentimientos extravagantes de la mayoría de los poetas indios, que pretenden que todos esos elefantes conducen a otras tantas diosas ocultas. Cierto es que difícilmente pueden ver y que son casi inaccesibles para los hombres. Sería una gran desgracia para un pobre caballero, quien quiera que fuere, hallarse en campaña muy



cerca de esas mujeres, pues todos los eunucos y toda la chusma de criados son insolentes hasta el último extremo y no desean más que una ocasión para daros de golpes. Recuerdo que una vez me dejé sorprender desgraciadamente, y, sin duda, hubiera salido mal parado, así como otros caballeros, si al fin no me hubiera decidido a abrirme camino con la espada en la mano, antes de dejarme maltratar, como comenzaban a hacerlo. Y, por fortuna, tenía un buen caballo, que me sacó vigorosamente de la celada. Por esto es casi un proverbio en estos ejércitos que hay que tener en cuenta sobre todo estas tres cosas: primera, no mezclarse entre la caballería distinguida que llevan los caballos a la mano, pues las coces no faltan; segunda, no hallarse en los sitios de caza, y tercera, evitar hallarse demasiado cerca de las mujeres del serrallo. Sin embargo, por lo que oigo decir, parece que esto es menos peligroso aquí que en Persia, pues paga con la vida quien en campaña se pone a la vista de los eunucos que custodian a las odaliscas, aunque se esté alejado una media legua. Y es preciso que todos los hombres de los poblados y ciudades por donde ellas han de pasar los abandonen y se retiren lejos de ellos.

»En cuanto a las cacerías reales, yo no sabía cómo imaginarme lo que se dice generalmente de que el Gran Mogol va de caza acompañado de cien mil hombres. Pero ahora veo cómo se puede decir que va a ella con más de doscientos mil hombres, y la cosa no es difícil de comprender. En las inmediaciones de Agra y de Delhi, a lo largo del río Gemna, y hasta los montes, así como a ambos lados del camino que con-

duce a Lahor, hay muchas tierras incultas, unas con bosques y otras llenas de maleza y de hierba de la altura de un hombre y aun más. En todas esas tierras hay numerosos guardas que impiden cazar, a no ser la perdiz, la liebre, o las codornices, que los indios saben coger con redes. De esta manera la caza abunda en esos terrenos. Los guardas, cuando saben que el rey está en campaña y que se halla próximo a su demarcación, manifiestan al gran maestre de caza (montero mayor), la clase de caza y el sitio donde abunda más. Se rodean de guardas todos los sitios que conducen, a veces hasta cuatro y cinco leguas de la comarca, a fin de hacer pasar al ejército a un lado y a otro y de que el rey durante la marcha pueda entrar en las tierras de caza con los *omerahs*, cazadores y otras personas de su beneplácito y cazar como le plazca, ora de un modo, ora de otro, según la clase de la caza.

» Veamos cómo se cazan las gacelas con leopardos domesticados.

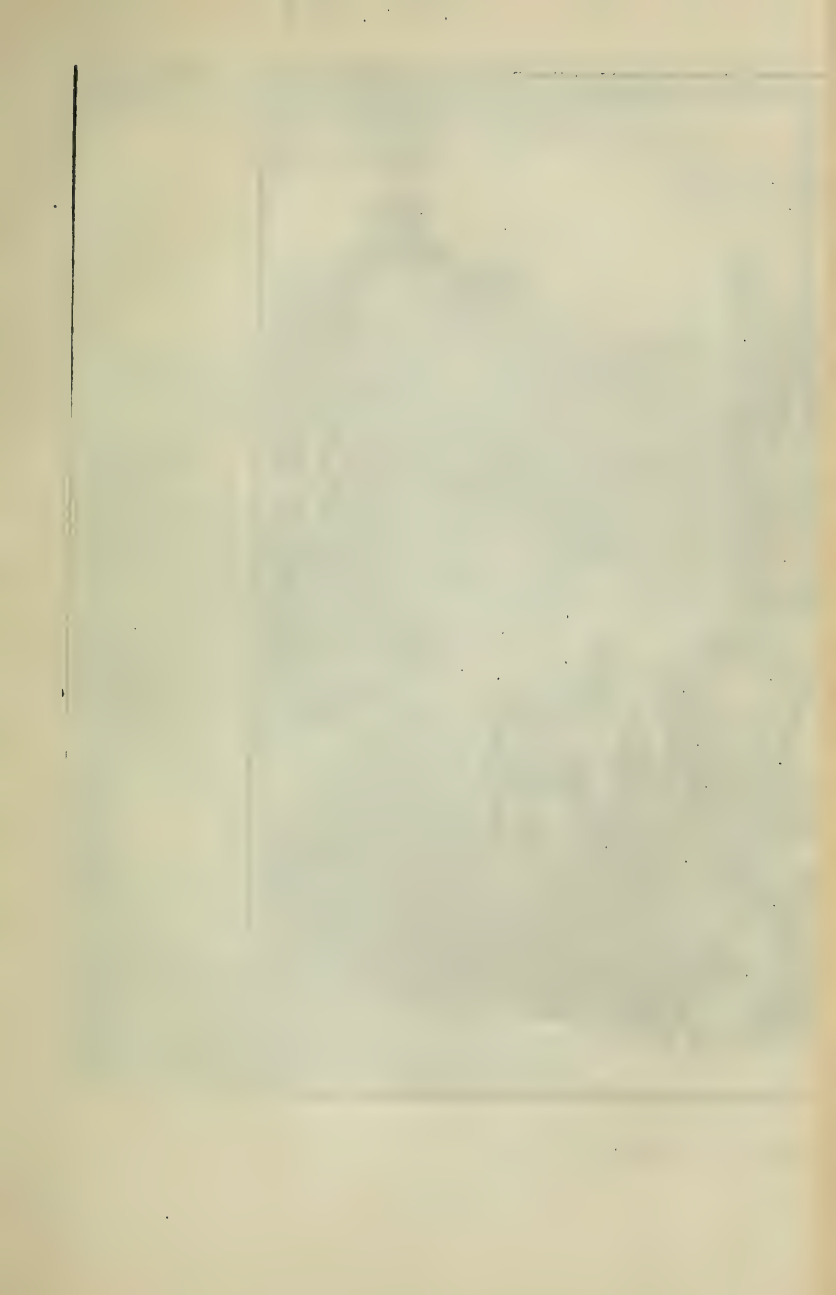
» Creo haber dicho ya que en las Indias abundan las gacelas. Estos animales van generalmente por grupos, pero separados unos de otros. Cada grupo, que no pasa nunca de cinco o seis, es seguido por un solo macho, que se conoce por el color. Cuando un grupo de esos animales ha sido descubierto se procura que el leopardo que va encadenado sobre un carromato lo vea. El astuto animal no echa a correr en persecución de aquéllos, como podría creerse, sino que va ocultándose, inclinándose, procurando que no le vean, para acercarse y sorprenderlos. Y como puede dar cinco o seis saltos con una ligereza casi increíble, cuando cree

que es el momento preciso, se lanza sobre las gacelas, las estrangula y se sacia con su sangre, con el corazón y el hígado. Si se frustra su golpe, lo que ocurre con frecuencia, permanecen quietos. En vano pretendería cogerlos a la carrera, pues las gacelas corren mucho y resisten mucho más tiempo que él. El amo o el montero se acerca al leopardo, halagándole y echándole trozos de carne, y entonces le pone una especie de lentes que le cubran los ojos, lo encadena y lo vuelve a colocar sobre el carromato. Uno de esos leopardos nos proporcionó cierto día uno de esos entretenimientos que asustó a todo el mundo. Un grupo de gacelas apareció en medio del ejército en marcha, como ocurre todos los días; por casualidad pasaron cerca de dos leopardos que iban en sus carromatos. Uno de aquellos animales, que no llevaba sus anteojerías, hizo un esfuerzo tan grande que rompió la cadena y se lanzó tras las gacelas, pero sin lograr alcanzarlas. Sin embargo, las gacelas no sabían adónde huir, pues se las espantaba gritándolas por todos lados y hubo una que se vió obligada a volver a pasar cerca del leopardo, el cual, a pesar de que los camellos y los caballos entorpecían su marcha, y en contra de lo que se afirma de que este animal no vuelve jamás sobre su presa cuando le ha fallado una vez, se lanzó sobre la gacela y la cogió.

»La caza de los *Portax* (1) que ya he dicho ser una especie de alces, no tiene nada de particular. Se les

---

(1) Se refiere aquí Bernier, probablemente, a la especie *Portax tragocamelus*, antilopino de la India, con cuernos cortos, cónicos, angulosos y subespirales en ambos sexos; nariz y hocico de tipo bovino. En indio, *nilgais*. (Nota de la edición española).



Insert

holdout

here



hace caer en grandes redes que se van estrechando poco a poco y cuando se hallan reducidos a un pequeño espacio, el rey, los *omerahs* y los cazadores entran dentro y los matan a su antojo, a flechazos, con golpes de pica o de sable. A veces se matan tantos, que el rey obsequia con ellos a todos los *omerahs*.

»La caza de las grullas es muy divertida, pues se defienden en el aire contra las aves de rapiña; ellas matan a algunas, pero como no son hábiles para volverse, varias aves buenas dan pronta cuenta de ellas.

»De todas las cacerías, la del león (1) es la única real, pues sólo el rey y los príncipes pueden verificarla, y las demás personas necesitan un permiso especial. También es la caza más peligrosa. Cuando el rey está en campaña y los guardas de caza han podido descubrir el sitio adonde se retira el león, atan cerca de donde está un asno, y el león no deja de ir por allí a devorar a ese animal. Luego, sin preocuparse de buscar otra presa, va en busca de agua para beber y después se dirige a su retiro habitual para acostarse y dormir hasta el día siguiente, que encuentra otro asno en el mismo sitio, animal que los cazadores han puesto allí, como el día anterior. Esto mismo lo repiten varios días, y cuando saben que el rey está cerca colocan en el referido lugar otro asno, pero al que han hecho ingerir una cantidad de opio, a fin de que su carne pueda adormecer mejor al león. Ayudados por todos los lugareños del contorno, tienden grandes redes hechas ex profeso que van estrechándose, como ocu-

---

(1) El león es propio del Africa y Asia meridional. (*Nota de la edición española*).

rre en la caza de los *Portax*. Preparado así todo, el rey monta sobre un elefante protegido por hierro, y acompañado por el montero mayor, por algunos *omerahs*, montados también sobre sus elefantes, por numerosos gurse-berdars a caballo, y por muchos guardas a pie, y provistos de picas, se aproxima a las redes por la parte de afuera y dispara al león con un gran mosquete. Cuando el león se siente herido se dirige hacia el elefante, pues es su costumbre; pero encuentra las redes que le detienen y entretanto el rey le hace tantos disparos que al fin lo mata.

»Sin embargo, en la última cacería hubo un león que salió de las redes, se lanzó hacia un jinete, cuyo caballo mató, y luego emprendió la fuga; pero los cazadores le capturaron y lo envolvieron de nuevo en las redes, lo que causó una terrible confusión en el ejército. Durante tres o cuatro días estuvimos patrullando por entre los terrenos que descienden de las montañas, entre pequeños bosques y maleza tan alta, que los camellos casi no se veían. Los que habían hecho algunas provisiones fueron dichosos, pues todo estaba en desorden, porque los bazares no habían podido instalarse y los pueblos se hallaban lejos. La causa de ello se debió a que así como es un buen augurio entre los indios que el rey mate un león, también es uno muy malo cuando le falla el tiro, y creen que el Estado estaría en grave peligro si el rey no acabase por matar al animal. En tales ceremonias, llevándose al león muerto ante el rey, reunida la asamblea general de los *omerahs*, y después de ser bien examinado y medido, se escribe en los archivos que tal rey mató en tal tiem-

po un león de tal tamaño, de tal pelo, y que tenía los dientes y las garras de tal longitud y anchura, anotándose las más pequeñas circunstancias. A propósito de lo que se dice sobre el opio que se suministra al asno, uno de los primeros cazadores me ha asegurado que eso es una fábula, que el león se adormila en cuanto está harto de carnaza.

»Para pasar los ríos caudalosos, que no tienen puentes por lo general, se construyen dos de barcas, separados por doscientos o trescientos pasos. Saben los indios afirmarlos bien y echan encima tierra y paja mezcladas que impiden que los animales resbalen fácilmente. Sólo la entrada y la salida son peligrosas, pues además de la confusión que se observa siempre, se hacen hoyos, sobre todo cuando es tierra movediza, y se ven en ellos bueyes y camellos de carga que se han caído unos sobre otros y sobre los cuales el gentío pasa con un desorden increíble, y que sería aun mayor si fuese menester que todas las tropas pasasen en el mismo día; pero, por lo general, el rey va a acampar a una media legua del puente, adonde permanece uno o dos días, y hace lo mismo en la otra orilla, a fin de que el ejército disponga por lo menos de tres días y tres noches para pasar más fácilmente.

»En cuanto al número de hombres que forman el ejército, no es fácil determinarlo. Se hablan tantas cosas, que no se sabe a qué atenerse. Lo que os puedo decir que sea más verosímil, es que en esta marcha había por lo menos, entre hombres de guerra y demás, cien mil jinetes y más de ciento cincuenta mil animales, caballos, mulas y elefantes; los camellos llegaban a

cerca de cincuenta mil y no menor número de bueyes y cabalgaduras, que sirven para transportar las provisiones de la gente de los bazares, sus mujeres y sus hijos, pues lo llevan todo consigo como los gitanos.

»Añadid a todo eso el número de servidores, teniendo en cuenta que casi nada se hace sino a fuerza de criados, y que yo, que sólo tengo el rango de «caballero de dos caballos», no podría sino difícilmente dejar de tener tres servidores. Unos afirman que en todo el ejército no hay menos de trescientas a cuatrocientas mil personas; otros hacen superior esta cifra; otros, en cambio, la reducen. En fin, yo no puedo decir sino que es una muchedumbre prodigiosa, casi increíble. Hay que tener en cuenta que es todo Delhi, la ciudad capital la que marcha, pues como todos los habitantes de Delhi no viven más que de la corte y del ejército, como dije en otro lugar, vense obligados a seguir a éste, sobre todo cuando el viaje debe ser largo, o tienen que resolverse a morir de hambre.

»Lo difícil es saber cómo puede subsistir un ejército tan grande en campaña, con una cantidad tan enorme de hombres y de animales. Pero hay que tener en cuenta una cosa cierta: que los indios son muy sobrios, por lo que se puede decir que, de todo ese gran número de hombres, no hay la décima parte, ni siquiera la vigésima, que coma carne durante la marcha. Teniendo su *kicheri* o mezcla de arroz y de ciertas legumbres, sobre las cuales echan manteca cuando están cocidas, los tendréis contentos. También hay que tener en cuenta que los camellos resisten en extremo, no sólo el trabajo, sino el hambre y el frío, viviendo

con poco y comiendo de todo. Y en cuanto acampa el ejército, los camelleros llevan a los animales al campo para que pasten, y entonces comen todo lo que encuentran. Además, los mismos tenderos que tienen los bazares en Delhi están obligados a llevarlos a campaña y todos los pequeños mercaderes que tienen una tienda en los bazares de la capital tienen igualmente que tenerlos cuando el ejército está en campaña, bien por la fuerza, bien por la necesidad. En cuanto al forraje, todas esas pobres gentes van rodando por todos lados y por los pueblos para comprarlo y ganarse algo. Además, su grande y habitual recurso es recortar con una especie de hoz campos enteros, lavando la menuda hierba que han cogido así y que venden luego al ejército, a veces muy cara, otras barata.

»Olvidaba deciros una cosa curiosa: que el rey entra en el campamento tanto por un sitio como por otro, pasando unas veces junto a las tiendas de ciertos *omerahs* y otras veces por delante de las de otros. Y esto no deja de tener su misterio, pues los *omerahs* por delante de cuyas tiendas pasa el rey están obligados a salir a su encuentro y hacerle algún obsequio. Unos le presentan veinte rupias de oro, otros cincuenta y así los demás, a proporción de su liberalidad y según la importancia de su paga.

»Por lo demás, me excusaréis si no os hablo de las ciudades y poblados que hay entre Delhi y Lahor. Apenas los he visto, pues he caminado casi siempre a través de los campos, a causa de que mi *agah* no iba en el centro del ejército, donde se halla con frecuencia el camino, sino en el ala derecha, muy adelante. Ibámos



así de noche a través de los campos para llegar al ala derecha del campamento. Algunas veces nos hallábamos muy apurados, y en vez de tres o cuatro leguas, que es la distancia ordinaria de un campamento a otro, recorriamos cinco o seis; pero, en fin, al llegar el día, se desquitaba uno.

»Lahor, 25 febrero 1663.»

---

## CARTA TERCERA AL MISMO

ESCRITA EN LAHOR, PREPARÁNDOSE EL REY PARA EL  
VIAJE A CACHEMIRA

DESCRIPCIÓN DE LAHOR, CAPITAL DEL PENJAB O REINO DE LAS CINCO  
AGUAS

«Señor:

»No sin razón se llama a este reino, de que Lahor es la capital, el Penjab o país de las Cinco Aguas, pues, efectivamente, hay cinco grandes ríos que descienden de estas grandes montañas en que está enclavado el reino de Cachemira, que atraviesan estos campos para unirse al Indo y desembocar luego en el mar, en Scimdy, hacia la entrada del golfo Pérsico. Que Lahor sea la antigua Bucéfalos, no lo discuto; se conoce aquí bastante a Alejandro bajo el nombre de Sekander Filifus, que quiere decir «Alejandro, hijo de Filipo»; pero en cuanto a su caballo, no saben nada. La ciudad está situada a orillas de uno de los cinco ríos, y éste no es menor que nuestro Loira y en el que habría que realizar una obra semejante a la de ese, pues ocasiona grandes daños, cambia con frecuencia de

cauce y hasta desde hace algunos años se ha retirado de Lahor más de un cuarto de legua, lo que incomoda mucho a los habitantes.

»Las casas de Lahor tienen de particular, respecto de las de Delhi y Agra, que son muy altas, pero casi todas caen en ruinas, pues hace más de veinte años que la corte está casi siempre en Delhi o en Agra. Además, en los últimos años las lluvias han sido tan excesivas, que han derrumbado gran cantidad de casas, incluso matando a muchos moradores. Quedan cinco o seis calles importantes, dos o tres de las cuales tienen más de una legua de longitud; pero también se encuentran en ellas muchos edificios en ruinas.

»El palacio real no se halla ya en las orillas del río, a causa de haberse retirado éste. Es muy alto y magnífico, pero no tanto como los de Delhi. Hace más de dos meses que estamos en Lahor, esperando los deshielos de las montañas de Cachemira, para pasar más fácilmente a ese reino. Pero, al fin, emprendemos la marcha mañana. Hace ya dos días que el rey salió de esta ciudad. Ayer compré una bonita tienda cachemiriana. Se me ha aconsejado que haga lo que los demás y deje aquí mi tienda ordinaria, que es grande y bastante pesada. Se dice que en las montañas de Cachemira se encuentra sitio difícilmente, y que los camellos no pueden caminar por ellas; habrá necesidad de transportar los bagajes de otro modo, y mi tienda grande me costaría mucho de porte.

»Adiós.»

## CARTA CUARTA AL MISMO

ESCRITA DESDE EL CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO, YENDO DE LAHOR A CACHEMIRA, EL CUARTO DÍA DE LA MARCHA

«Señor:

»Creía yo que después de haber soportado los calores de Moka, próxima a Bab-el-Mandel, podría desafiar todos los del resto de la Tierra. Pero desde que el ejército salió de Lahor, ha cuatro días, me he convencido de mi error y he podido comprender, al azar de mi vida, que no sin razón temían los mismos indios las once o doce jornadas de marcha que hay desde Lahor (1) a Bember, a la entrada de las montañas de Cachemira.

»Sin exagerar os diré que los calores han sido tan excesivos, que algunas veces me han reducido a la extremidad de no saber por la mañana si viviría por la tarde. Se debe ese calor tan extraordinario a que hallándose los montes de Cachemira al Norte de nuestro

---

(1) Los lugares por que ahora Bernier camina son de los más secos de la India (llueve en Lahor 492 milímetros anuales) y también de los más extremados en la temperatura. (*Nota de la edición española.*)

camino, nos privan de todo el aire fresco que podría llegar de ese lado, reflejan sobre nosotros los rayos del sol y dejan los campos ardientes y asfixiantes. Pero, ¿para qué filosofar y buscar razones a lo que me matará acaso mañana?»

---



## CARTA QUINTA AL MISMO

### SEXTO DÍA DE MARCHA

«Señor:

»Ayer pasé uno de esos grandes ríos de las Indias llamado *Tchenab*.

»La excelencia de su agua, de que los grandes *ome-rah's* mandan hacer abundante provisión, en vez del agua del Ganges que he bebido hasta ahora, me impide creer que éste no sea algún río para pasar a los Infiernos y no a Cachemira, donde se nos quiere hacer creer que hallaremos nieves y hielo. Yo, a medida que avanzo, veo que aumenta el calor. Verdad es que pasé el puente al mediodía. No sé qué sería preferible, si marchar de campaña, o permanecer en su tienda casi asfixiado. Por lo menos conseguí lo que quería, que era pasar el puente cómodamente, mientras todo el mundo descansaba en espera de abandonar el campamento por la tarde, cuando el calor no es tan fuerte. Si hubiese esperado a hacerlo cuando los demás, acaso me hubiese ocurrido alguna calamidad, pues aquello fué, según me han contado, una confusión y un desorden increíbles, como no se habían visto desde que

salimos de Delhi. La entrada en el primer barco y la salida del último eran difícilísimas, a causa de la arena movediza, que a fuerza de haber pasado tanta gente sobre ella y removerla se llenaba de agua y formaba grandes hoyos, de suerte que muchos camellos, bueyes y caballos se han caído y han sido pisoteados, distribuyéndose también buen número de bastonazos. Por lo general en esas ocasiones hay oficiales y jinetes de las tropas o del séquito de los *omerahs*, que para abrir paso a sus señores y a sus bagajes no reparan en nada. Mi nabab perdió en esa ocasión uno de sus camellos que llevaba con un horno de campaña, y esto me hace temer verme reducido a comer pan malo de bazar.

»Adiós.»

---

## CARTA SEXTA AL MISMO

ESCRITA EL OCTAVO DÍA DE MARCHA DESDE EL CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO QUE SE DIRIGE DESDE LAHOR  
A CACHEMIRA

«Señor:

»Es excesiva curiosidad, una locura, o por lo menos un disparate, que un europeo se exponga a tales calores y a marchas tan molestas y peligrosas. Es arriesgar la vida. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. Durante nuestra permanencia en Lahor me aquejaron fluxiones y dolores en los miembros que me incomodaban en extremo, por haberme obstinado en acostarme en la terraza a tomar el fresco durante la noche, como se hace en Delhi sin peligro. Pero en estos ocho o nueve días de marcha el sudor ha disipado todos esos humores. Mi cuerpo se ha convertido en una especie de criba, seco y arido, y no bien he acabado de echar en mi estómago una pinta de agua, porque no hace falta menos, cuando la veo salir al mismo tiempo por todos mis miembros como un rocío hasta la punta de los dedos. Creo haberme bebido hoy más de diez pintas. Menos mal que se puede beber casi toda la que se quiere sin que haga ningún daño, siempre que sea buena.»

## CARTA SÉPTIMA AL MISMO

ESCRITA DESDE EL CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO QUE SE  
DIRIGE A CACHEMIRA EL DÉCIMO DÍA DE MARCHA POR  
LA MAÑANA

«Señor:

»Acaba de salir el Sol, y, sin embargo, ya es insoportable. No se ve ni una sola nube, ni sopla el menor viento. Mis caballos no pueden más. No han visto una hierba verde desde Lahor. Mis indios, a pesar de su piel negra, seca y dura, se rinden. Mi rostro, mis manos y mis pies, están pelados y mi cuerpo cubierto de pequeñas fístulas rojas, que me pican como agujas. Ayer un jinete, que no disponía de tienda de campaña, fué encontrado muerto al pie de un árbol, donde se había acostado para resguardarse del sol. Yo dudo si podré pasar la jornada sin perecer. Toda mi esperanza está en una poca de leche cuajada y seca que desleiré con agua y un poco de azúcar y cuatro o cinco limones que me restan para hacer la limonada.

»Adiós; la tinta se seca en la punta de mi pluma y ésta se me cae de la mano.»

## CARTA OCTAVA AL MISMO

ESCRITA DESDE BEMBER. LA PUERTA DE LAS MONTAÑAS DE CACHEMIRA, DESPUÉS DE HABER ACAMPADO DOS DÍAS

LO QUE ES BEMBER. CAMBIO DE VEHÍCULOS PARA LAS MONTAÑAS. NÚMERO INCREÍBLE DE MOZOS. ORDEN QUE DEBE OBSERVARSE DURANTE LA MARCHA DE CINCO DÍAS.

«Señor:

»Por fin hemos llegado a Bember, al pie de una montaña escarpada, negruzca y calcinada. Hemos acampado en una torrentera seca y llena de guijarros y de arena ardiente.

»Esto es un verdadero horno, y sin la lluvia de tempestad que ha caído esta mañana, sin la leche, los limones y las aves que han traído de la montaña, no sé lo que hubiera sido de mí y hubiéseis corrido el riesgo de no ver más esta carta; pero gracias a Dios siento que el aire ha refrescado un poco y he vuelto a recobrar el apetito y las fuerzas.

Anoche, el rey, en primer lugar, con Roehenara-Begum y las mujeres del serrallo; el *rajah* Ragnat, que hace de Gran Visir, y el mayordomo mayor, Faz-el kan, abandonaron este horno. Luego se marcharon el gran maestro de caza y algunos de los principales oficiales



de la casa del rey, así como muchas mujeres de la corte. Esta noche nos toca la vez a nosotros, a mi nabab Danechmend-kan, a Mahmet-Emir-kan, el hijo de aquel famoso emir Jemla, del que tanto hablé en otro lugar, será de los nuestros; a Dianet-kan, nuestro buen amigo, con sus dos hijos y muchos *omerahs*, *rajahs* y *manseb-dars*. Luego partirán todos los que han sido destinados a Cachemira, por turno, para evitar en los caminos abruptos a través de las sierras el desorden y la confusión durante los cinco días que hay de marcha desde aquí a Cachemira.

» Todo el resto de los dignatarios de la corte, como Fredai-kan, jefe de la artillería, tres o cuatro grandes *rajahs* y varios *omerahs*, permanecerán aquí, como de guardia, tres o cuatro meses, hasta que el rey regrese pasados los grandes calores.

» Unos irán a plantar sus tiendas a orillas del *Tchenó*, otros en los pueblos y aldeas próximos y muchos tendrán que acampar aquí, en medio de este fuego de Bember.

» Por temor a hacer que llegue el hambre al pequeño reino de Cachemira, el rey no lleva primeramente consigo sino el menor número de mujeres que puede, las damas principales, las mejores amigas de Rochenara y las más necesarias para el servicio.

» Asimismo procura reducir el número de *omerahs* y de milicia; los *omerahs* autorizados para ir no pueden hacerse acompañar de todos sus jinetes, sino únicamente veinticinco por cada cien, sin comprender sin embargo, los oficiales particulares de su casa. Esto debe observarse religiosamente, pues a la entrada de

las montañas hay un *omera* de guardia que va contando a los hombres uno por uno, impidiendo el paso a muchos *manseb-dars* y otras personas que quisieran ir a disfrutar de la fresca temperatura de Cachemira, así como a todos los mercachifles y tenderos que buscan el medio de ganarse la vida. Para conducir los bagajes del rey y a algunas mujeres del serrallo, se destinan varios de los mejores elefantes. Estos animales, aunque enormes y pesados, tienen un paso en extremo firme y seguro, no caminando por los sitios peligrosos, sino como a tientas, no moviendo una pata sin tener bien segura la otra.

»También van algunas mulas; pero, en cambio, no pueden utilizarse los camellos, que serían los más necesarios. Estas montañas no son a propósito para sus patas largas y rígidas. Es menester que los mozos sustituyan a los camellos. Y ¿qué número será preciso si sólo el rey necesita, como se dice, más de seis mil, y yo mismo, a pesar de haber dejado en Lahor mi tienda de campaña y una parte de mis bagajes, como han hecho todos, desde los *omerahs* al mismo rey, tengo que tomar tres? Seguramente no habrá menos de quince mil, bien de los que el gobernador de Cachemira y los *rajahs* de los contornos han hecho venir, bien los que han acudido de los poblados circunvecinos para ganarse alguna cosa, pues según la ordenanza real hay que darles diez escudos por cada cien libras de peso. En fin, hay quien calcula su número en más de treinta mil, y esto que el rey y los grandes *omerahs* enviaron ya hace un mes, con los bagajes y los mercaderes, todo género de productos.»

## CARTA NOVENA AL MISMO

ESCRITA EN CACHEMIRA, EL «PARAISO TERRENAL» DE LAS INDIAS, DESPUÉS DE RESIDIR ALLÍ TRES MESES.

DESCRIPCIÓN EXACTA DEL REINO DE CACHEMIRA Y DEL ESTADO PRESENTE DE LAS MONTAÑAS CIRCUNVECINAS Y RESPUESTA A CINCO PREGUNTAS IMPORTANTES DE UN AMIGO.

«Señor:

»Pretenden las historias de los antiguos reyes de Cachemira, que todo este país no fué en otro tiempo más que un gran lago (1), y que fué un anciano, cierto santón llamado Kacheb, quien dió salida a las aguas, cortando milagrosamente la montaña de Baramulé. Esto es lo que podréis encontrar en los libros de historia que Jehan-Guire ordenó escribir, y que yo traduje del persa.

---

(1) La hipótesis de que el valle de Cachemira sea un gran lago, aun defendida por geólogos de fama en tiempos posteriores a Bernier, está, al presente, arruinada. Se sabe que el valle de Cachemira es una depresión de doble origen: en un principio de génesis glaciár, seguida después por la erosión fluvial. La depresión apenas excavada ha sido rellena después por potentes aluviones del Jhelum y sus tributarios.

Para el estudio y detallado conocimiento del valle de Cachemira, véase: SIR W. R. LAWRENCE, *The Valley of Kashmir*, y FILIPPI, *Karakoram and Western Himalaya*, Londres, 1912. (Nota de la edición española.)

»Yo no quisiera negar que este país estuviese en otra época cubierto por las aguas, pues se dice lo mismo de la Tesalia y de otras regiones; pero me cuesta trabajo creer que aquella salida de las aguas sea obra de un hombre, pues la montaña cortada es muy grande y elevada. Creería más bien que algún terremoto (1), a los que está muy expuesto este país, abriría alguna caverna o sima subterránea, originando el hundimiento de la montaña, como ocurrió en Bab-el-Mandel, si es cierto lo que dicen los árabes de ese país, y cómo se han visto ciudades y montañas abismarse en grandes lagos.

»De todas formas, Cachemira no es ya un lago, sino una comarca bellísima, de treinta leguas de longitud próximamente y de diez o doce de anchura. Se halla situada en la extremidad del Indostán, al Norte de Lahor, y enclavada en el fondo de las montañas del Cáucaso (2), entre las de los reyes del gran Tíbet, del pequeño Tíbet y del *rajah* Gamon, que son sus más próximos vecinos (3).

»Las primeras montañas que la circundan, es decir,

---

(1) Comenzaba ya en el siglo xvii y tuvo después en Cuvier (siglo xviii) su expresión más acabada, la teoría de la génesis catastrófica de los fenómenos geológicos.

Esta explicación perdura todavía en gentes iletradas. Carlos Lyell (siglo xix) fué el primero en sostener que las mismas *causas actuales* (el oleaje, el agua, el viento, etc.) actuando, en dilatados periodos, tienen eficacia suficiente para modelar la mayor parte de las formas del relieve terrestre. Así, ya Bernier trata de explicar con un terremoto la apertura de una garganta, debida, sin duda, a la labor inacabable, lenta y pertinaz de las aguas corrientes. (*Nota de la edición española.*)

(2) Error de Bernier, que confunde el Cáucaso con el Himalaya, muy explicable para su tiempo. (*Nota de la edición española.*)

(3) La cadena de Mus-tag o Karakoram y la del Himalaya (Monte Everest, culminación máxima del mundo, 8.800 metros), confinan Cachemira y la separan de las llanuras aluviales del Sur. Todavía su red fluvial viene, en gran parte, condicionada por el glaciario del pasado. (*Nota de la edición española.*)

las que están más cerca de la llanura, son de altura media y se hallan cubiertas de árboles y de pastos; abunda el ganado de todos géneros, vacas, ovejas, cabras, caballos, caza de diversas especies, como perdices, liebres, gacelas y algunos animales almizclados. También hay muchas abejas y, una cosa rarísima en las Indias, no existen serpientes, ni tigres, ni osos, ni leones, y si se ven es muy rara vez. Así, se puede decir que son montañas pacíficas y bañadas en leche y miel, como lo eran las de la tierra de promisión (1).

»Más allá de esas montañas se elevan otras altísimas, cuyas cumbres están cubiertas perpetuamente por las nieves, y que parecen, por encima de las nubes y de las nieblas corrientes, siempre tranquilas y luminosas como el Olimpo.

»De esas montañas desciende una infinidad de arroyos y riachuelos, que los habitantes utilizan para sus arrozales y saben llevar hasta a las pequeñas colinas. Esos riachuelos y arroyos, después de formar mil torrentes y cascadas, acaban por reunirse y formar un hermoso río por donde navegan barcos tan grandes como en nuestro Sena.

»Después de dar la vuelta al reino y de pasar por el

---

(1) Desde el punto de vista de la vegetación, la flora himalaya se puede dividir en dos grupos: a) la *himalaya oriental*, con dominio de especies malayas, principalmente orquidáceas y magnoliáceas, y b) la *himalaya occidental*, en que preponderan especies europeas, principalmente coníferas (cedro, deodar, ciprés, *Abies Pindrow* y *Pinus Gerardiana*) y gramináceas.

En esta flora himalaya occidental hay dos tipos de bosques: 1) los de *follaje siempre verde* —a que ahora Bernier se refiere— muy semejante en facies a los nuestros mediterráneos, y en los que dominan *Terminalia*, *Artocarpus*, *Cinnamomum*, *Bombax*, *Dillenia*, *Eugenia*, *Pterospermum*, etc., y 2) los bosques alpinos en montañas más altas (cedros, pinos, abetos, etc.). (Nota de la edición española.)



centro de la capital, va a buscar su salida por Baramulé, entre dos rocas escarpadas, para lanzarse después a través de precipicios y engrosar al paso con el caudal de agua de muchos riachuelos que descienden de las montañas y dirigirse hacia Atek, en el río Indo.

» Todos esos riachuelos y arroyos hacen el campo y las colinas tan hermosas y fértiles, que se tomaría todo ese reino por un inmenso jardín cubierto de poblados y de aldeas, que se descubren entre los árboles, y de praderas, arrozales, trigales, plantíos de legumbres, de cáñamo y de azafrán, y surcado por ríos, por canales, lagos y arroyuelos; todo está sembrado con nuestras plantas y flores de Europa (1) y cubierto con todos nuestros árboles, manzanos, perales, ciroleros, albaricoqueros y nogales cargados con sus propios frutos y de viñas y uvas en la estación. Las huertas particulares están llenas de melones, de sandías, de remolachas, de rábanos, de la mayor parte de nuestras hortalizas y de algunas que no tenemos.

» Es verdad que no hay tantas especies de frutos como entre nosotros y que no son tan excelentes como los nuestros; pero creo que no se debe a la tierra y que si tuvieran tan buenos jardineros como nosotros, supiesen cultivar y podar los árboles, escoger sitios y tierras a propósito y traer injertos de los países extranjeros, los tendrían tan ricos como los nuestros; porque entre el sinnúmero de cada clase que me he hecho traer a veces, los he encontrado excelentes.

» La capital, que lleva el mismo nombre que el reino,

---

(1) Véase la última nota anterior.

carece de murallas, y no tiene menos de tres cuartos de legua de longitud, y media legua de anchura. Se halla en una llanura y a unas dos leguas de las montañas, que parecen formar como un semicírculo, y a orillas de un lago de agua dulce que tiene cuatro o cinco leguas de contorno, formado por los riachuelos que descienden de las montañas y que se derraman por un canal navegable, en el río que pasa por el centro de la ciudad. Hay dos puentes de madera para la comunicación entre las dos partes de la población.

»La mayor parte de las casas son de madera, pero están muy bien construídas y las hay de dos y de tres pisos. Y no es que se carezca de piedra de cantería, y muy buena, pues se ven en el país numerosos templos de ídolos en ruinas y otros edificios que eran de piedra; pero la abundancia de madera, que baja fácilmente de las montañas por riachuelos donde se la flota, hace que resulte ésta más conveniente para edificar. Las casas que están a orillas del río tienen casi todas un jardincillo que mira al agua, lo que hace una perspectiva muy risueña, especialmente en la primavera y durante el verano. Las demás casas suelen tener también su pequeño jardín; y hasta hay muchas que tienen un canal en comunicación con el lago.

»En una extremidad de la ciudad aparece una montaña, separada de todas las demás, de perspectiva muy agradable, porque tiene en su falda hermosas casas con sus jardines y en lo alto una mezquita muy bien construída, con un jardín y muchos y hermosos árboles verdes que le sirven de diadema. A causa de estos árbo-

les y jardines se la llama, en lengua indígena, Hariperbet, es decir, la montaña de verdor.

Frente a esta montaña hay otra en la que se ve también una pequeña mezquita con un jardín y un muy antiguo edificio, que parece haber sido un templo de ídolos, aunque se le llama Tact-Sulimán, el Trono de Salomón, porque Salomón, dicen los mahometanos, lo hizo construir cuando vino a Cachemira; pero no sé si acertarían a podernos probar que hubiese hecho este largo viaje.

»Este lago tiene la particularidad de estar lleno de islas que constituyen a modo de jardines y que aparecen verdegueantes en medio de las aguas a causa de los árboles frutales y de las avenidas de parrales, y porque ordinariamente están rodeados de álamos temblones de anchas hojas, dispuestos de dos en dos, de los que los mayores pueden abrazarse, pero que son largos como mástiles de navíos, teniendo un copete de ramas únicamente en el extremo como palmeras.

»En las laderas de las montañas hay infinidad de jardines y de quintas porque el sitio es maravilloso para ello, pues desde allí se domina el lago, las islas y la capital, y está lleno de fuentes y de arroyos.

»El más hermoso de esos jardines es el del rey, y se llama Chah-Limar. Desde el lago se entra en él por un gran canal bordeado de césped y que tiene más de quinientos pasos de longitud. En sus orillas hay dos largas hileras de álamos. Conduce a un gran pabellón situado en medio del jardín y donde comienza otro canal mucho más magnífico que llega en suave pendiente hasta el final de aquél. El piso y los muros de este ca-

nal son de grandes piedras de talla, y en medio se extiende una larga fila de surtidores, de quince en quince pasos. De trecho en trecho, también se ven a manera de grandes fontanas, de muchas suertes y figuras. Al final del canal hay otro pabellón, que es casi como el primero.

»Estos pabellones, en forma casi de cúpula y situados en medio del canal y, por consiguiente, entre dos grandes avenidas de álamos, tienen una galería en derredor y cuatro puertas, dos que dan a las avenidas, con dos puentes para pasar a éstas; una a un lado y otra al otro; las dos puertas miran a los canales opuestos. Cada pabellón se compone de una vasta sala en medio de cuatro estancias más reducidas que están en los cuatro lados; en su interior todo aparece pintado y dorado, con sentencias escritas en grandes y magníficos caracteres persas. Las cuatro puertas están hechas con grandes bloques de piedra; tienen dos columnas que fueron extraídas de los antiguos templos de ídolos que Chah-Jehan destruyó. A la verdad, no se sabe el valor de esas piedras y columnas, ni de qué materia son; pero se ve a las claras que son algo más bello y precioso que el mármol y el pórfido.

»De todo lo que acabo de decir se puede conjeturar que estoy un poco encantado de Cachemira y que pretendo que no hay acaso en el mundo nada semejante ni tan hermoso como este pequeño reino; merecería dominar todas éstas montañas circunvecinas hasta la Tartaria, y todo el Indostán hasta la isla de Ceilán, como ocurrió en otro tiempo. No sin razón los mogoles le llaman el paraíso terrestre de las Indias. Ekbar

trabajó tanto para apoderarse de él cerca de los reyes naturales del país, y su hijo Jehan-Guire se enamoró de tal modo, que no lo podía abandonar y decía a veces que preferiría perder todo su reino a perder Cachemira. Así, apenas hubimos llegado, rivalizando los poetas, mogoles y de Cachemira, se esforzaron en hacer poesías en alabanza de este pequeño reino para presentarlas a Aureng-Zebe, que las recibía y las recompensaba agradablemente; hasta me acuerdo de una que, exagerando la altura extraordinaria de las montañas que la rodean y que la hacen como inaccesible por todas partes, decía que era el extremo de estas montañas causa de que el cielo se dispusiese en bóveda como aparece, y que siendo Cachemira la obra maestra de la Naturaleza y el rey de los reinos del mundo, era conveniente que fuese inaccesible para poder gozar de una paz y de una tranquilidad inquebrantables, mandando a todos sin poder ser mandada. Añadía que la razón por la que la Naturaleza la había rodeado, como ya dije al principio, de montañas, de las que unas, las más altas y las más remotas, están siempre blancas, cubiertas de nieve, y las más bajas y más cercanas de la llanura siempre verdes y cubiertas de bosques, era porque el rey de los reinos del mundo debía estar coronado con una muy preciosa corona, cuyo alto y florones fuesen de diamantes y el fondo de esmeraldas. Si el poeta hubiese también añadido (decía yo a mi nabab Danechmend-kan, que me quería hacer admirar todas estas poesías) que todos estos grandes países de montañas que le rodean, como el pequeño Tíbet, el estado del rajah Gamon, Kachguer y Serenaguer se



deben comprender bajo el reino de Cachemira, puesto que, según las historias del país, en otro tiempo dependieron de él y que, por consecuencia, el Ganges de un lado, el Indo de otro, el Chenab de otro y el Gemna de otro, salen del reino de Cachemira; que estos ríos, con otros tantos que de él proceden, bien valen el Gison, el Fison y los otros dos, y que en fin, haber concluido que estaba seguramente el paraíso terrestre antes que en Armenia, hubiese sido, me parece, encarecer todavía más el asunto.

» Los de Cachemira tienen fama de ser muy espirituales, muchos más finos y diestros que los indios y tan propios para la poesía y la ciencia como los persas. Son además muy trabajadores e industriosos; hacen *palekys*, palos de cama, cofres, escritorios, cajitas, cucharas y varias otras clases de pequeñas labores de singular belleza y que se reparten por todas las Indias. Saben dar un barniz, seguir e imitar tan diestramente las venas de una cierta madera (que las tienen muy hermosas) aplicando filetes de oro, que no hay nada más hermoso. Pero lo que tienen de particular y de importante y atrae el tráfico y el dinero en su país es esta prodigiosa cantidad de chales que trabajan y en que ocupan los niños pequeños. Estos chales son ciertas piezas de tela de vara y media de longitud y de una de ancho o cosa así, que están bordadas en los dos extremos de una especie de brocado de un pie de ancho hecho con telar. Indios y mogoles, hombres y mujeres, los llevan durante el invierno sobre su cabeza, haciéndoles pasar por encima del hombro izquierdo como un manto. Los hacen de dos clases: unos de lana del país,

que es más fina y más delicada que la de España (1); otros son de una lana o más bien de un pelo que se llama tus, que se arranca del pecho de una especie de cabra salvaje (2) del gran Tibet. Estos son proporcionalmente más caros que los otros, y así no hay castor que sea tan blando ni tan delicado. Lo malo es que se apolilla fácilmente, a menos que se tenga cuidado particular de desplegarlos y airearlos con frecuencia. Los he visto de éstos, que los *omerahs* se encargan de ex profeso, que costaban hasta ciento cincuenta rupias; otros, que son de la lana del país, no he visto que excediesen de cincuenta.

»Hay que advertir acerca de los chales, que aun cuando se los trabaja con todo el posible cuidado en Patna, en Agra y en Lahor, jamás pueden lograr hacer la tela tan blanda y tan delicada como en Cachemira. Se atribuye comúnmente esta delicadeza a las aguas del país, como se hace en Maslipatan este hermoso tinte de sus Chittas o telas pintadas con pincel, que se hacen más hermosas lavándolas.

»Los de Cachemira tienen también renombre por la pureza de su sangre; están tan bien hechos como nuestros europeos y no se parecen en nada al rostro del tártaro, con esta nariz aplastada y estos ojuelos de puerco, como los de Kacheguer y la mayor parte de los del gran Tibet. Las mujeres, sobre todo, son muy hermosas; así de aquí se proveen la mayor parte de los

---

(1) Refiérese el autor a la fama de que nuestras lanas merinas gozaban en el mundo entero. (*Nota de la edición española*).

(2) La industria de los célebres chales de Cachemira obtenidos con la *Capra* del país, puede, al presente, considerarse extinguida. (*Nota de la edición española*).

extranjeros llegados a la corte del Mogol, a fin de poder tener hijos que sean más blancos que los indios y que puedan también pasar por verdaderos mogoles. Ciertamente, si se puede juzgar de la belleza de las mujeres que viven más ocultas y retiradas por las del bajo pueblo que se encuentran en las calles y que se ven en las tiendas, es de creer que las haya muy hermosas. En Lahor, donde tienen renombre de ser de hermoso talle, menudas de cuerpo y las más hermosas morenas de las Indias, como lo son efectivamente, me he servido de un artificio usado por los mogoles, que es seguir algún elefante, principalmente de los que van ricamente ensillados, porque tan pronto como oyen éstas dos campanillas de plata que les cuelgan de ambos lados, se asoman todas a la ventana. Me he servido aquí del mismo artificio y de otro también de mejor éxito, y que era invención de un viejo y famoso maestro de escuela que había tomado para ayudarme a entender a un poeta persa. Me hizo comprar muchas confituras, y como era conocido y entraba en todas partes, me llevó a más de quince casas, diciendo que yo era un nuevo pariente suyo, llegado de Persia, rico y en estado de casarme; y tan pronto como entrábamos en una casa distribuía confituras a los niños e incontinenti todo el mundo nos rodeaba, mujeres, muchachas grandes y pequeñas, para atrapar su parte o para dejarse ver. Esta loca curiosidad no dejó de costarme algunas buenas rupias, pero me cercioré de que en Cachemira hay rostros más hermosos que en ningún sitio de Europa.

»No me queda más que participaros lo que he no-

tado de más notable entre las montañas desde Bember hasta aquí (que es acaso por donde debería haber comenzado), y después de haberos dado cuenta de algunos otros viajes pequeños que me he visto obligado a hacer en diversos sitios de este reino, enseñaros todo lo que he podido averiguar del resto de las montañas circunvecinas.

»En cuanto a nuestro viaje desde Bember hasta estas montañas, fué para mí una cosa sorprendente: observé, desde la primera noche que salimos de esa localidad y llegamos a las montañas, que pasábamos de una zona tórrida a otra templada, pues no bien hubimos ascendido a esa terrible muralla del mundo, quiero decir las altas, escarpadas y sombrías y peladas montañas de Bember, cuando, al comenzar el descenso por la otra vertiente, el aire se hizo soportable, más fresco, más suave y templado. Pero lo que me sorprendió más fué hallarme de repente como transportado desde las Indias a Europa, pues vi la tierra cubierta de todas nuestras plantas y arbustos (1), excepto el hisopo, el tomillo, la mejorana y el romero; me imaginaba estar en alguna de nuestras montañas de Auvernia, en medio de un bosque de todas nuestras especies de árboles, de abetos, de encinas, de olmos, de plátanos, y estaba tanto más asombrado cuanto que en los campos calcinados del Indostán, de donde venía, no había visto nada de eso (2).

---

(1) Véase la nota de la página 180.

(2) La fina observación de Bernier, de hondo espíritu geográfico, fué siglos después confirmada por el gran botánico inglés Hooker, descriptor de la flora de la India (Sir J. D. Hooker, *Flora Indica*). (Nota de la edición española).

»Entre otras cosas que me sorprendieron respecto de las plantas, diré que a jornada y media de Bember encontré una montaña que estaba cubierta de bosques de ambos lados, pero con la diferencia de que en el lado de la montaña que estaba expuesto al mediodía hacia las Indias era una mezcla de plantas indias y europeas, y en el que estaba expuesto al Norte no noté más que europeas, como si el primer lado hubiese participado del aire y de la temperatura de Europa y de las Indias, y el que estaba expuesto al Norte hubiese sido totalmente europeo.

»Respecto de los árboles, admiré la serie natural de generaciones y corrupciones: veía bajo precipicios, donde jamás puso el hombre la planta, centenares que habían caído unos sobre otros, muertos y medio podridos de vejez, y otros jóvenes y frescos, que renacían al pie de los que estaban muertos. Vi algunos quemados, sea que estuviesen fulminados por el rayo, sea que en el corazón del estío se hubiesen inflamado, frotados unos contra otros, agitados por algún viento cálido y furioso, sea, como dicen las gentes del país, que ardan espontáneamente cuando son viejos y secos.

»Admiré también cascadas naturales y sin artificios que encontrábamos entre estos peñascos. Entre otras, encontramos una tan admirable, que sin duda no tiene semejante. Se ve, desde lejos en la pendiente de una alta montaña, despeñarse un torrente de agua por un largo canal sombrío y cubierto de árboles y precipitarse abajo de un golpe por un peñasco, recto y escarpado, de altura prodigiosa, que ensordece como una catarata. Se ha erigido muy próximo sobre un



peñasco que Jehan Guire hizo aplanar de intento, un gran teatro, a fin de que la corte al pasar pueda descansar y contemplar a su gusto esta maravillosa obra de la Naturaleza, que, como los viejos árboles de que acabo de hablar, parece exhalar algo de grande antiqüedad y del primer nacimiento del mundo.

»Todas estas diversiones fueron mezcladas con un extraño accidente. El día que el rey subía la montaña del Pirepenjal, que es la más alta de todas, y desde donde se comienza a descubrir de lejos el país de Cachemira, el día, digo, que subí a esta montaña seguido de una larga fila de elefantes, en que iban las mujeres en mikdanberes y embarys, uno de estos elefantes se asustó al mirar, dicen los indios, la subida, que era muy larga y muy empinada, se puso a recular sobre el que le seguía, éste sobre el siguiente, y así sucesivamente hasta quince, de suerte que no pudiéndose volver en la senda, que era extremadamente empinada y angosta, cayeron todos en el precipicio. A dicha para estas pobres mujeres el precipicio no era muy escarpado y no hubo más que tres o cuatro muertas; pero los quince elefantes allí se quedaron; cuando estas grandes masas caen bajo el pesado fardo con que se les carga, no se levantan nunca, aun cuando se estuviese en buen camino. Los vimos dos días después al pasar y observé algunos que movían todavía la trompa. Este accidente puso a todo el ejército, que marchaba en fila desde hacía cuatro días ordenadamente a lo largo de las montañas, en muy gran embarazo, porque para retirar estas mujeres y todos estos restos, hubo que hacer un alto que duró todo el resto del

día y toda la noche, viéndonos obligados a detenernos donde nos encontrábamos, porque era imposible en varios sitios avanzar o retroceder, y nadie tenía junto a sí los mozos que llevaban su tienda y sus víveres. Yo no lo pasé del todo mal, porque encontré medio de apartarme del camino y acomodarme un rinconcito para acostarme; por fortuna, uno de mis criados me seguía con un poco de pan, que nos repartimos. Me acuerdo de que allí, removiendô piedras, encontramos un escorpión negro y grande, que un joven mogol de mis amigos puso y apretó en su mano, en la de mi criado, y, finalmente, en la mía, sin que nos picase. Este joven caballero decía que lo había encantado, como había hecho en ocasiones con otros muchos, con un pasaje del Alcorán, que no quiso enseñarme, porque el poder de encantar pasaría a mí, abandonándole a él, como había pasado a él abandonando al que se lo había enseñado.

»Al atravesar esta misma montaña del Peripenjal, donde habían caído los elefantes, tres cosas despertaron mis antiguos pensamientos filosóficos:

»La primera, que en menos de una hora experimentamos el verano y el invierno, porque al subir sudábamos la gota gorda, caminando a pie con sol que ardía; y cuando estuvimos en el itsmo de la montaña, encontramos todavía las nieves heladas que se habían cortado para hacer camino; caía una pequeña lluvia helada y soplabá un viento tan frío, que todo el mundo temblaba y lo evitaba, principalmente los pobres indios, que, en su mayor parte, no habían visto nunca ni hielo ni nieve, ni sentido tal frío.











»La segunda es que encontré en menos de doscientos pasos dos vientos del todo contrarios: uno del Norte que me daba en la nariz al subir, principalmente cuando llegaba cerca de la cumbre, y uno del Mediodía que me daba en la espalda al bajar, como si ésta montaña lanzase por todas partes exhalación de sus entrañas que, al salir, formase un viento que bajase por estos dos valles opuestos.

»La tercera fué el encuentro de un viejo ermitaño que estaba en la cumbre de esta montaña desde tiempos de Jehan-Guire, y de quien no se sabía su religión, que, a lo que se dice, hacía milagros, que hacía tronar cuando quería y que provocaba tempestades de granizo, de nieve, de lluvia y de viento. Su rostro tenía algo de salvaje, así como su lengua y amplia barba blanca y mal peinada; pedía limosna orgullosamente, ofrecía agua en tazas de barro que tenía ordenadas en una piedra grande, hacía señales con la mano que se pasase de prisa sin detenerse, y gruñía a los que hacían ruido porque me dijo —después que hube entrado en su caverna y endulzado un poco el rostro con media rupia que le puse muy humildemente en su mano— que el ruido excita aquí borrascas y tempestades furiosas. Aureng-Zebe, añadió, ha hecho muy bien en seguir mi consejo y no permitir que se hiciese; Chah-Jehan siempre hizo lo mismo y Jehan-Guire, por haberse burlado una vez de mis avisos y haber ordenado tocar trompetas y timbales, creyó perecer.

»Respecto de las excursiones que he hecho en diversos sitios de este reino, he aquí lo que tengo que decirlos.

»Apenas llegados a Cachemira, mi nabab Danechmend-kan me envió, con uno de sus jinetes por escolta y un hombre del país, a uno de los extremos de este reino, a tres jornadas cortas de aquí, por el informe que se le dió de ser tiempo a propósito para ver las maravillas (así dicen) de una fuente que hay de aquel lado. Estas maravillas son que en el mes de mayo, tiempo en que las nieves acaban de fundirse, esta fuente, por espacio de quince días, fluye y se detiene regularmente tres veces al día: al amanecer, al medio día y por la noche. Su flujo es de ordinario de tres cuartos de hora poco más o menos y bastante abundante para llenar un estanque que tiene escalones para descender hasta el fondo, que es de diez o doce pies de anchura y otros tantos de profundidad.

»Después de los quince primeros días su curso comienza a no ser ya tan regular, ni tan abundante y, en fin, después de un mes o más se detiene de pronto y no corre ya el resto del año si no es durante algunas grandes y largas lluvias, que corre sin cesar y sin regla como las otras fuentes. Los gentiles tienen a orillas del estanque un Deura o pequeño templo del ídolo Brara, que es uno de sus Deutas o falsas divinidades, y por esto llaman a esta fuente Sand-brary, como si dijésemos agua de Brara, y acuden de todas partes en peregrinación para bañarse y santificarse en esta agua milagrosa. Sobre el origen del agua tienen varias fábulas que no referiré aquí porque no veo ninguna sombra de verdad. Durante cinco o seis días que permanecí allí, me esforcé por encontrar la razón de esta maravilla; consideré atentamente la situación de la montaña, a

cuyo pie está la fuente; subí a lo alto con mucho trabajo, buscando y huroneando por todas partes; noté que se extiende a lo largo de Norte a Mediodía; que está separada de las demás montañas, de las que, sin embargo, está muy próxima; que tiene forma de tejado; que su cumbre, que es muy larga, apenas tiene cien pasos en el sitio que es más ancha; que una de las faldas de la montaña, que no está cubierta más que de hierba verde, está expuesta a levante, y el Sol, sin embargo, no le da más que a las ocho de la mañana, a causa de las demás montañas opuestas y, en fin, que la otra falda, que está expuesta a poniente, está cubierta de árboles y de arbustos.

»Considerando todo esto, me he imaginado que el calor del sol, con la situación particular y la disposición interior de la montaña, podrían ser las causas de este pretendido milagro. El Sol de la mañana, cuando da fuertemente sobre el costado que le está opuesto, lo calienta y hace fundir una parte de las aguas heladas que durante el invierno, que todo estaba cubierto de nieve, se habían insinuado en el interior de la tierra de la montaña; que estas aguas, penetrando y deslizándose poco a poco hasta ciertas capas de roca viva que las retienen y conducen hacia el manantial de la fuente, producen el flujo que el mismo Sol, elevándose al Mediodía y dejando este lado que se enfría, para dar con sus rayos como a plomo sobre el somo que calienta, funde semejantes aguas heladas, que bajan lo mismo poco a poco como las otras, pero por otros circuitos, hasta estas capas de rocas y forman el flujo de la noche; y en fin, el Sol calentando igualmente el lado occiden-

tal, produce el mismo efecto y origina el tercer flujo, es decir, el de la mañana, el cual es más lento que los otros dos, o porque este lado occidental está apartado del oriental en que está la fuente, o porque estando cubierto de bosques no se calienta tan de prisa, o bien por razón de la frialdad de la noche. Encuentro que mi concepción es tanto más razonable cuanto que parece acordarse con lo que se dice: que en los primeros días sale el agua en mayor abundancia que los últimos, que llega al fin a detenerse, ya no corre de ninguna manera, como si en el comienzo estuviesen en tierra dichas aguas heladas en mayor abundancia que a lo último. Parece también acordarse con lo que se ha notado: que hay días, hasta en el mismo principio, que un flujo es más abundante que otros y en ocasiones a mediodía más que por la tarde o por la mañana, o por la mañana más que al mediodía, no pudiéndose evitar que no haya días más calientes que otros o que no se levanten algunas nubes que interrumpan la igualdad de calor y hagan, por consiguiente, desiguales los flujos (1).

»Al volver de Sand-brary me aparté un poco del camino real para ir a dormir a Aquivel, que es un lugar de recreo de los antiguos reyes de Cachemira, y al presente del Gran Mogol. Su principal belleza es una fontana cuya agua se derrama al exterior por todas partes en torno al monumento, que no es feo, y en los jardines

---

(1) A lo que Bernier deja entender, tal fuente es de índole vaclusiana, es decir, en el espesor de las capas subterráneas alguna bolsada después de llena de agua funciona como un sifón que periódicamente se descarga y que, muy comunes en todas las partes del mundo no tienen nada de maravilloso. (*Nota de la edición española*).



por cien canales. Surge de tierra como si subiese y brotase del fondo de un pozo con violencia y hervor y en tal abundancia que antes parece río que fuente. El agua es admirablemente buena y tan fría que apenas la puede resistir la mano. El jardín es muy hermoso por sus avenidas, por la gran cantidad de árboles frutales, manzanos, perales, ciruelos, albaricoqueros y cerezos y por la cantidad de juegos de agua de varias clases de figuras y de estanques llenos de peces y, en fin, por una especie de cascada muy alta que al caer forma una gran lámina de treinta o cuarenta pasos de longitud, cuyo efecto es admirable, particularmente de noche cuando se han puesto bajo esta lámina de agua una infinidad de lamparitas que se ajustan en agujeros hechos expresamente en la roca, lo que es de grande belleza.

De Aquiavel me aparté un poco de mi camino para pasar por otro jardín real que es también muy hermoso y en el que se encuentra lo mismo que en el de Aquiavel; pero hay de particular que se encuentra en uno de sus canales peces que vienen cuando se les llama y se les echa pan; los mayores tienen anillos de oro en la nariz con inscripciones que se dice les hizo poner la famosa Nur-mehalle, la mujer de Jehan-Guire, abuelo de Aureng-Zebe.

» Apenas volví de Sand-brary, Danechmend-kan, muy contento de mi viaje, me hizo emprender otro para ir a ver un milagro cierto, a lo que decía, que me serviría para hacerme cambiar de religión y hacerme musulmán. Vete, me dijo, a Baramulé (1); no está más

---

(4) Hoy Baramula, a orillas del Jelum, aguas abajo del lago Wular.

lejos que Sand-brary. Encontrarás una mezquita donde está la tumba de uno de nuestros famosos Pires o santos *derwiches*, que hace todavía todos los días milagros en la curación de los enfermos que acuden de todas partes. Acaso no creas nada de todas estas curaciones milagrosas que podrás ver, pero al menos creerás en un milagro que tiene lugar todos los días y que verás con tus propios ojos: es una gran piedra redonda que el hombre más fuerte apenas puede levantar del suelo y que once hombres, sin embargo, intercediendo al santo, levantan como si fuese una paja con la punta de sus once dedos, sin trabajo alguno y sin sentir su peso. Me puse, pues, en camino con mi jinete de costumbre y mi hombre del país y me fuí a Bara-mulé. Hallé un sitio bastante agradable, la mezquita bastante bien construída, la tumba del pretendido santo bien adornada y en su torno había muchas gentes con mucha devoción, que se decían enfermos. Cerca de la mezquita había una cocina con grandes calderas de fundición, llenas de carne y de arroz, que era, en mi opinión, el imán que atraía a los enfermos y el milagro que los curaba. De otro lado estaba el jardín y vivienda de los *mullahs*, que pasan tranquilamente su vida a la sombra de esta milagrosa santidad del Pire, que no dejan de hacer valer. Pero como soy siempre desgraciado en tales ocasiones, aquel día no hizo milagro alguno con los enfermos. En cuanto a la gran piedra redonda, que era el gran asunto, once farsantes de estos *mullahs* se colocaban en su torno muy juntos y apretados, que con sus cabayas o largas vestas impedían ver claramente de qué manera se arreglaban, la cogían y la

levantaban, diciendo todos, sin embargo, que no la sostenían sino con la punta de uno de sus dedos, y era ligera como una pluma. Yo, que abrí bien los ojos y que miraba de muy cerca, advertí que hacían mucho esfuerzo y me pareció que jugaba el pulgar, que tenían muy firme sobre el segundo dedo doblado y cerrado, y, sin embargo, no dejé de gritar como los *mullahs* y todos los asistentes: ¡*Karamet!* ¡*Karamet!* ¡milagro!, ¡milagro!, dando al mismo tiempo una rupia para los *mullahs* y rogándoles, muy devotamente, que me hicieran la gracia de que pudiese ser una vez siquiera uno de los once que levantaban la piedra. Les costaba mucho trabajo decidirse a ello, pero como les eché otra rupia y demostré estar plenamente persuadido de la verdad del milagro, uno de los once me cedió su sitio.

- »Se imaginaban, sin duda, que diez de ellos juntos bastarían, aun cuando yo no hiciese gran esfuerzo y que se apretarían mucho entre sí, tanto que yo no me apercibiría de nada; pero se engañaron mucho cuando la piedra, que yo no quería sostener sino con la punta del dedo, se inclinaba y caía siempre de mi lado, hasta que, en fin, vi que era tiempo de poner el pulgar y el dedo muy firme y cerrado, como ellos, y así la levantamos del suelo, pero con mucho trabajo; sin embargo, como vi que todo el mundo me miraba de reojo y no sabía qué hombre era yo, no dejé de gritar ¡*Karamet!* como los demás y de echar otra rupia por temor a ser lapidado.

»Me retiré despacio, monté lo más pronto posible a caballo sin beber ni comer y dejé al santo con sus mi-

lagros, mirando al pasar la famosa abertura (1) que da salida a todas las aguas del reino, de que hablé al principio de esta carta.

»Abandoné también mi camino para acercarme a un gran lago (2) que veía de lejos, por el que pasa el río que va a Baramula. Está lleno de peces y sobre todo de anguilas, cubierto de patos y de gansos silvestres y de varias clases de aves de ribera.

»Aquí viene el gobierno por el invierno cuando está cubierto de ellas para cazar. En medio de este lago hay un ermitorio con su jardincito que, a lo que se dice, flota milagrosamente en el agua y en el que el ermitaño pasa su vida sin salir. Se cuentan también sobre ello mil estúpidas fábulas que no merecen ser referidas, salvo acaso lo que algunos me dijeron, que fué un antiguo rey de Cachemira el que por curiosidad lo hizo construir sobre grandes vigas atadas unas con otras.

»De aquí me fuí a buscar una fuente que tiene también algo raro: hierve suavemente, sube con algún ímpetu, forma burbujas llenas de aire y saca a la superficie una cierta arenilla muy fina y delicada, que se va como ha venido, cuando el agua se detiene un momento sin hervir y sin sacar arena, y después comienza todo de nuevo como antes y continúa así su movimiento con intervalos irregulares. Ahora bien; se dice consiste la maravilla en que el menor ruido que se haga al hablar

---

(1) En Baramula comienza la garganta por la que el Jelum, al abandonar el valle de Cachemira en que ha nacido, cruza los últimos contrafuertes del Himalaya nord-occidental para verterse en la llanura del Indo. (*Nota de la edición española*).

(2) Es el lago Wular de que se habló en nota de la página 197.

o al dar con el pie en el suelo mueve el agua y la hace correr y hervir como ya he dicho. Sin embargo, noté claramente que ni el hablar ni el patear sirven de nada, y que se mueve tanto cuando no se dice palabra como cuando se habla o se golpea con el pie. Para deciros la verdadera causa de ello, habría que pensar mejor que lo que yo he hecho, si es que no se quiere admitir que la arena al caer tapa el canal angosto de esta minúscula fuentecita, hasta que, encontrándose el agua como presa, haga un esfuerzo para destaparlo y soltarse, o más bien que algún viento, introducido en el canal de la fuente, salga a intervalos como ocurre en las fuentes artificiales (1).

»Después de haber considerado esta fuente, entramos en las montañas para ver un gran lago donde hay hielo en verano, cuyos vientos hacen y deshacen montículos como un pequeño mar glaciar. Después pasamos por un cierto lugar que se llama Sangsafed, que quiere decir piedra blanca. Es famoso porque todo el verano está lleno de toda clase de flores como un jardín, y se ha notado en todo tiempo que cuando va mucha gente y hace mucho ruido y agita el aire sobreviene incontinenti una gran lluvia. Sea lo que fuere, es constante que los años pasados cuando Chah-Jehan fué allí creyó perecer con la grande y extraordinaria lluvia que sobrevino, aunque hubiese ordenado hacer el menor ruido posible. Conviene esto con lo que mi ermitaño de Pirepenjal me había dicho.

»De allí fuí a ver una gruta de maravillosas congela-

---

(1) Acaso alguna fuente de agua carbónica, un hervidero. (*Nota de la edición española.*)



ciones (1) que está a dos jornadas de allí, pero tuve noticias de que desde el largo tiempo que yo estaba ausente me echaba de menos mi nabab.

»Por lo que toca al estado de las montañas circunvecinas, he hecho desde que estamos aquí todo lo posible para enterarme; pero apenas lo he conseguido por no encontrar gentes que observen las cosas y que tengan la inteligencia que sería de desear. Sin embargo, no dejaré de deciros lo que he sabido.

»Los mercaderes de Cachemira, que van todos los años de montaña en montaña reuniendo las lanas finas para hacer estos chales de que he hablado, convienen todos que entre las montañas que dependen todavía de Cachemira se encuentran muy hermosos sitios, y que, entre otros, hay uno que paga su tributo en cueros y en lanas, que el gobernador envía a buscar todos los años, en el que las mujeres son extremadamente hermosas, castas y laboriosas; que hay otro todavía más lejos que Cachemira, que paga también su tributo en cueros y en lanas, donde hay muy lindas llanuras fértiles y valles muy agradables, donde se encuentran trigos, arroz, manzanas, peras, albaricoques y melones excelentes, y hasta uvas, con que se hacen muy buenos vinos.

»Los habitantes han rehusado a veces pagar tributo, confiados en que el país es de muy difícil acceso; pero se ha encontrado siempre medio de entrar en él y reducirlos. Estos mismos mercaderes convienen también que entre las otras montañas más remotas, y que no de-

---

(1) En el siglo en que Bernier escribía—ciertamente un siglo después de Bernardo de Palissy—se tenían por congelaciones lo que no son sino estalactitas calizas.  
(Nota de la edición española.)

penden ya de Cachemira, se encuentran muy agradables regiones pobladas por gentes blancas y proporcionadas, pero que no salen casi nunca de allí, de las que las hay que no tienen reyes y ni aun religión conocida, si no es que algunas no comen pescado creyéndole impuro.

»Añadiré lo que me contaba días pasados un buen viejo que se había casado con una mujer de la antigua familia de los reyes de Cachemira. Me dijo que en el tiempo en que Jehan-Guire hizo una tan exacta investigación de todos los que eran de esta familia, tuvo miedo de ser cogido y huyó con tres servidores a través de estas montañas, sin saber casi dónde iba; que errando así se encontró al fin en un lindísimo cantón, en donde, cuando se supo que estaba, los habitantes le vinieron a visitar y le hicieron presentes, y que para colmo de caricias le trajeron por la noche las más hermosas de sus hijas, rogándole escogiese una para dormir con ella, porque deseaban tener su sangre. Que pasando de allí a otro cantón que no estaba muy lejos, le vinieron también a visitar con presentes, pero que la cortesía de la noche fué diferente de la del otro, porque los habitantes le trajeron sus propias mujeres, sosteniendo que las del otro cantón eran estúpidas, porque su sangre no quedaría en su casa, pues que las hijas se llevarían consigo el hijo a la casa del que se había casado con ellas.

»Añadiré también que hace algunos años, habiendo disensiones en la familia del rey del pequeño Tibet (1),

---

(1) Baltistan, región en las altas mesetas (4.600 metros) y montañas (Masharbrum, 7.702 metros) del Indo superior. (*Nota de la edición española*).

que confina con Cachemira, uno de los pretendientes a la corona llamó secretamente en su socorro al gobernador de Cachemira, que por orden de Chah-Jean lo asistió poderosamente, hizo morir o puso en fuga a los demás pretendientes y dejó a éste en posesión del país, con la carga de un tributo anual que pagaría en cristal, en almizcle (1) y en lanas. El reyezuelo no pudo dispensarse de venir en persona a ver a Aureng-Zebe con algunos presentes de las cosas que acabo de decir, pero tenía un tren tan miserable, que no le hubiera tomado jamás por lo que era. Mi nabab le invitó a comer para que le refiriese de sus montañas. Entendí que decía que su país, por Oriente, confina con el gran Tíbet; que podía tener treinta o cuarenta leguas de anchura; que realmente tenía algún cristal, algún almizcle y lanas, pero que de lo demás era muy pobre y que no tenía minas de oro como se decía; que tenía en ciertos sitios muy buenos frutos, y sobre todo excelentes melones; que el invierno era extremadamente largo y molesto a causa de las nieves, y que el pueblo, que en el pasado era gentil, se había hecho casi todo mahometano como él de la secta que se llama Chia, que es la de toda Persia.

»Además, que hacía diez y siete o diez y ocho años que Chah-Jean trató de apoderarse del reino del gran Tíbet (2), como habían hecho en otro tiempo los reyes de Cachemira; que su ejército, después de diez y seis

---

(1) El almizcle es substancia común en esta parte del Asia. Tiénelo la civeta o gato de algalia (véase página 223), y también el almizclero—los más pequeños de los rumiantes—*Moschus moschiferus* L., que habita en las altas montañas.

(2) El Tíbet, la más alta meseta del mundo (de 4 a 5.000 metros), pertenece actualmente a la República China. Su población (1.500.000 habitantes) está concen-

días de marcha muy difícil, siempre entre montañas, sintió y tomó un castillo; que no le quedaba más que pasar un río que es famoso y extremadamente rápido e ir en derechura a la capital, que hubiera tomado fácilmente por estar todo el reino en el espanto; pero como la estación estaba muy avanzada, el gobernador de Cachemira tuvo temor de ser sorprendido por las nieves y se volvió dejando en este castillo una guarnición que, sea tuviese miedo del enemigo, o no tuviese provisiones suficientes, la abandonó, lo que quebró el desig- nio que tenía el gobernador de volver en primavera. Ahora que el rey de este gran Tibet supo que Au- reng-Zebe estaba en Cachemira y le amenazaba con la guerra, le envió un embajador con presentes del país, cristal, caras colas blancas de ciertas vacas parti- culares de este país (1) que se atan por adorno a las orejas de los elefantes, mucho almizcle y una piedra de Jade, que es de gran precio, porque es de tama- ño extraordinario. Este Jade (2) es una piedra ver- dosa con venas blancas, que es tan dura, que no se la trabaja más que con polvo de diamante y es muy esti- mada en la corte del Mogol; se hacen tazas y otras va-

---

trada en el valle del Sang-po o alto Brahmaputra. La región está regida por el Dalai Lama, una encarnación de Budda, y oficiales indígenas bajo la dirección de un resi- dente chino. En su capital, Lhasa, situada a 3.570 metros, la mitad de sus 20.000 ha- bitantes son sacerdotes o *lamas*. (Nota de la edición española.)

(1) Véase nota de la página 30.

(2) Con el nombre de jade suelen confundirse especies distintas. El jade a que aquí debe referirse Bernier es la *jadeita*—silicato de alúmina sodífero—, piedra de gran dureza (6,5 a 7), conocida y usada en China para vasos y objetos de adorno. El jade es, en cambio, un anfíbol (silicato magnésico cálcico férrico), una variedad del cual es la *nefrita* de China, tremolita compacta, blanca verdosa, también dura pero menos que la jadeita. Véase también LA CONDAMINE, *Viaje a la América meridional*, tomo VII de los *Viajes clásicos*, editado por CALPE. (Nota de la edición española.)

sijas como yo las tengo con filetes de oro y pedrerías de singular trabajo.

»El tren de este embajador consistía en tres o cuatro jinetes y en diez o doce hombres, grandes, secos y enjutos, con tres o cuatro pelos de barba como los chinos y simples gorros rojos como los de nuestros marineros; el resto del traje a tono. Hasta creo que había cuatro o cinco que tenían espadas, pero el resto marchaba tras el embajador sin palos ni bastones. Trató con Aureng-Zebe, de parte de su dueño, prometiendo que consentiría que en la capital fuera construída una mezquita, en la que la plegaria se haría a la mahometana; que la moneda en lo sucesivo sería acuñada por Aureng-Zebe y que le pagaría un cierto tributo todos los años. Pero se cree que en cuanto el rey sepa que Aureng-Zebe está fuera de Cachemira, se burlará del tratado, como ya hizo en otro tiempo con el que había hecho con Jehan-Guire.

»El embajador había llevado consigo un médico que se decía ser del reino de Lassa y de tribu *lamy* o *lama* (1), que es la tribu de las gentes de ley de este país, como es la de los brahmanes en la India, con la diferencia de que los brahmanes de las Indias no tienen califa o pontífice, y éstos tienen uno que no solamente el reino de Lassa reconoce por tal, sino toda la Tartaria, y que es honrado y respetado como algo divino. Este médico tenía un libro de recetas que no me quiso vender nunca; la escritura, vista de lejos, tenía el aire de la nuestra. Le animamos a que escribiese

---

(1) Véase nota 1.<sup>a</sup> de la página 205.



el alfabeto, pero escribía tan lentamente y su escritura era tan mala, junto a la de su libro, que juzgamos desde luego fuese un pobre doctor. Estaba muy apegado a la metempsícosis y relataba sobre ella cuentos admirables. Entre otros, decía de su gran Lama (1) que cuando era viejo y estaba presto a morir, reunió su consejo y declaró que iba a pasar al cuerpo de un pequeñuelo recién nacido; que se crió a este niño con mucho cuidado, y que cuando tenía cerca de seis o siete años se le trajeron muchos muebles y vestidos que eran de particulares mezclados con los suyos y que distinguió muy bien los que eran o habían sido suyos de los demás, lo que era, decía, prueba auténtica de la metempsícosis. Yo creí primero que se burlaba, pero reconocí al fin que lo decía de la mejor buena fe.

»Le fui a ver una vez a casa del embajador con un comerciante de Cachemira que sabía la lengua del Tíbet y que me servía de intérprete. Fingí que era para comprar ciertas telas que había traído para vender, que eran especies de ratinas de un pie de ancho o casi, pero, era, en efecto, para tratar de saber algo de aquellos países. Sin embargo, no pude sacar gran cosa. Me dijo únicamente en general que todo este reino del gran Tíbet tenía a sueldo suyo un miserable país lleno de nieves más de cinco meses del año, que su rey hacía con frecuencia la guerra con los tártaros; pero no me pudo distinguir qué tártaros eran, y, en fin, después de haberle hecho muchas preguntas sin poder sacar nada en limpio, vi que con él perdía el tiempo.

---

(1) El Dalai Lama.

»He aquí otra cosa que es tan constante que nadie duda. No hace todavía veinte años que partían todos los años de Cachemira caravanas que atravesaban todas estas montañas del gran Tíbet, entraban en Tartaria y llegaban en tres meses o casi a Catay (1), aunque hubiese muy malos pasos de muy rápidos torrentes que se pasan por cuerdas tensas de una a otra orilla. Estas caravanas traían almizcle, madera de China, rui-barbo y mampirón, que es una pequeña raíz muy buena para los males de la vista. Al regresar por el gran Tíbet cargaban también mercancías del país, almizcle, cristal y jade, y, sobre todo, gran cantidad de lanas muy finas de dos clases: una de oveja y de esta otra que se llama *tuz*, que es más bien, como ya dije, más bien que lana, un pelo que se parece al de nuestro castor; pero desde la empresa que hizo Chah-Jean de este lado, el rey del gran Tíbet ha cerrado enteramente el camino y no permite que nadie del lado de Cachemira entre en su país. Por esto las caravanas parten al presente de Patna en el Ganges para no pasar por sus tierras, dejándolas a la izquierda y yendo en derecha al reino de Lassa.

»En lo tocante al reino que aquí se llama Kacheguer, que es, en mi opinión, lo que nuestras cartas llaman Kascar, he aquí lo que he podido saber por mercaderes del mismo país, que sabiendo que Aureng-Zebe debía habitar algún tiempo en Cachemira, habían venido con muchos esclavos, muchachas y mozos que querían vender. Dicen que el reino de Kacheguer está

---

(1) Nombre dado a China, principalmente por autores de la Edad media. (*Nota de la edición española*).

al oriente de Cachemira, algo al Norte; que el camino más corto sería ir directamente al gran Tíbet, pero que estando cerrado el paso, estaban obligados a tomar por el pequeño Tíbet; que primero iban a una pequeña ciudad que se llama Gurtche, que es la última ciudad dependiente de Cachemira y a cuatro jornadas de la ciudad de Cachemira; que de allí en ocho días de camino iban a Eskerdu (1), que es la capital del rey del pequeño Tíbet y de allí en dos días a una pequeña ciudad llamada Cheker, que es todavía del pequeño Tíbet y que está situada en un río famoso, por ser muy medicinal; que quince días después llegaban a una gran selva que está en los confines del pequeño Tíbet y en otros quince días a Kacheguer (2), ciudad pequeña que fué en otro tiempo residencia del rey de Kacheguer, en el lugar que está al presente Jursand, que está un poco más hacia el Norte, a diez jornadas de Kacheguer. Añadían que de la ciudad de Kacheguer a Catay no hay más de dos meses de camino; que van todos los años caravanas que traen de toda clase de mercancías que he dicho y que pasan a Persia por el Usbec, como hay otras que de Catay pasan a Patna en el Indostán. Añadían también que para ir de Kacheguer a Catay había que ganar una ciudad que está a ocho jornadas de Cotán (3), que es la última ciudad del rei-

---

(1) Hoy Skardo, en la orilla izquierda del Indus y junto a un lago que allí forma el río. (*Nota de la edición española.*)

(2) La ciudad que Bernier llama Kacheguer es hoy Kashgar (50.000 habitantes), una de las más interesantes y grandes del Turquestán chino, árido y desierto en extremo (Desierto de Takla Makam), cuyo preciso conocimiento debemos al explorador sueco Sven Hedin, muy singularmente. (*Nota de la edición española.*)

(3) O Khotan, en el propio Turquestán chino, pero en la parte meridional y al S. del desierto temible de Takla-Makan. (*Nota de la edición española.*)

no de Kacheguer; que los caminos de Cachemira a Kacheguer son muy difíciles; que hay, entre otros, un sitio donde en todo tiempo hay que caminar cerca de un cuarto de legua sobre hielo.

»Esto es todo lo que he podido saber de aquellas tierras; realmente es muy confuso y muy poca cosa, pero es mucho si se considera que he tenido que preguntarlo a gentes que son tan ignorantes que no saben casi dar razón de ninguna cosa y valiéndome de intérpretes, que casi siempre ni saben hacer comprender las preguntas ni explicar la respuesta que se les da.

»Pensaba terminar aquí esta carta, o más bien este libro y despedirme de vos hasta Delhi, donde vamos a volver muy pronto; pero ya que tengo la pluma en la mano y dispongo de algún tiempo, voy a procurar contestaros a las cinco preguntas que me hacéis en vuestra última, de parte de Mr. Thevenot, ese ilustre curioso que nos proporciona todos los días, sin salir de su despacho, más descubrimientos que los que hemos aprendido de los que han dado la vuelta al mundo.

»La primera de sus preguntas es sobre si es cierto que el reino de Cachemira tiene judíos establecidos desde ha mucho tiempo, si tienen la Santa Escritura y si el Antiguo Testamento será enteramente igual al nuestro.

»En la segunda, se me pide que os hable de lo que he observado sobre el monzón o estación de las lluvias regulares en las Indias.

»La tercera, acerca de mis observaciones y juicios sobre la admirable regularidad de la corriente del mar y de los vientos de las Indias.

»La cuarta, sobre si el reino de Bengala es tan fértil, tan rico y tan bello como se dice.

»La quinta y última, para que diga mi opinión sobre la vieja polémica acerca de las causas de las inundaciones del Nilo.»

#### RESPUESTA A LA PRIMERA CUESTIÓN, RELATIVA A LOS JUDÍOS

«Me complacería, tanto como a Mr. Thevenot, que se hallasen judíos en el fondo de estas montañas, y que fuesen tales como me imagino que él lo desearía. Quiero decir de aquellas tribus transportadas por Salmanasar. Pero podéis asegurarle que si los hubo en otro tiempo, como hay motivos para creer, no los hay en la actualidad y que todos los habitantes son o gentiles o mahometanos.

»En China acaso los haya, pues hace poco tiempo que vi en manos de nuestro reverendo padre jesuita de Delhi cartas de otro jesuita alemán, escritas desde Pekín, que afirmaban que él los había visto. Según él, habían conservado el judaísmo y el Antiguo Testamento; no sabían nada de la muerte de Jesucristo, y hasta habían pretendido hacer al jesuita kakam, suyo, con la condición de que se abstendría de comer carne de puerco.

»Sin embargo, no deja de descubrirse aquí muchos vestigios del judaísmo. En primer lugar, al penetrar en este reino, después de atravesar la montaña, dicha Pirenpenjal (1) todos los pobladores que vi en los prime-

---

(1) O Pir Panjal, cuyo puerto está a 3.420 metros sobre el nivel del mar. (*Nota de la edición española.*)



ros pueblos me parecieron judíos, por su porte, por su continente, y, en fin, por no sé qué de característico que nos hace distinguir a los pueblos unos de otros.

»No he tenido yo solo este pensamiento. Nuestro padre jesuíta y nuestros europeos lo tuvieron antes que yo. En segundo lugar, he observado que entre el pueblo de esta ciudad, aunque mahometano, es muy usado el nombre de «Musa», que quiere decir Moisés. Además, dicen comúnmente que Salomón vino a este país y que él fué quien cortó la montaña de Baramulé para abrir paso a las aguas. También es cosa común oír decir que Moisés murió en Cachemira y que su tumba se halla a una legua de esta ciudad. Por último, pretenden también que el pequeño y antiquísimo edificio, que aparece desde aquí enclavado en lo alto de una montaña elevada, fué edificado por Salomón y que por esto se le llama todavía el «Trono de Salomón». Así, pues, no me atrevería a negar que en algún tiempo no llegasen hasta aquí algunos de los judíos de referencia y pudiera ser que en el curso de los tiempos hubiesen perdido la pureza de su ley, convirtiéndose primero en idólatras y después en mahometanos. En efecto; hay muchas gentes de esta nación que pasaron a Persia, a Lar, a Hispan, así como al Indostán, por la parte de Goa y de Cochin. He sabido que hay muchas en Etiopía y que son por cierto bravas, belicosas, algunas tan poderosas, que hubo hace quince o diez y seis años un hombre que quiso hacerse rey de un pequeño territorio montañoso y de muy difícil acceso, de ser cierto lo que me dijeron dos embajadores del rey de Etiopía que residían no ha mucho en esta corte.»

RESPUESTA A LA SEGUNDA CUESTIÓN, CONCERNIENTE  
AL RÉGIMEN DE LAS LLUVIAS EN LAS INDIAS

«El sol calienta tanto en las Indias durante todo el año, y sobre todo durante ocho meses, que lo agostaría todo y haría la tierra estéril e inhabitable si la Providencia no hubiese dispuesto las cosas de un modo tan admirable, que en el mes de julio, en lo álgido del calor, sobrevienen las lluvias y duran ya tres meses seguidos, templan la tierra, la hacen muy fértil y refrescan el aire, de suerte que no es ya insoportable. Esas lluvias no son, sin embargo, tan regulares que sobrevengan precisamente en la misma época; yo he hecho sobre esto muchas observaciones en diferentes lugares y sobre todo en Delhi, donde he habitado largo tiempo, y lo mismo ocurre en otras comarcas. Hay siempre alguna diferencia de un año a otro, pues ora comienzan o terminan quince días o tres semanas antes, ora más tarde. Además, hay años que no son tan abundantes, y hubo dos años seguidos en que no llovió casi nada, lo que originó muchas enfermedades y hambre. También se observa la diferencia entre las regiones diferentes y lejanas unas de otras, de que las lluvias comienzan antes por lo general y son más abundantes en unos sitios que en otros. En Bengala, por ejemplo, y a lo largo de la costa de Koromandel, hasta la isla de Ceilán, comienzan y terminan un mes antes que hacia la costa de Malabar. Y en Bengala (1) son

---

(1) Bengala y Assam son las regiones más lluviosas de la India y del mundo. En Cherrapunji (Assam) llueven al año 12040 milímetros, punto del Globo de máxima lluvia continental. (*Nota de la edición española*).

períodos de lluvias torrenciales de cuatro meses, lloviendo a veces ocho días y ocho noches sin cesar, mientras que en Delhi y en Agra (1) no son nunca ni tan abundantes ni tan continuas. Incluso transcurren a veces dos o tres días sin llover, y por lo común, toda la mañana, desde el amanecer hasta lo menos las nueve o las diez, no llueve sino muy poco o nada. Pero la diferencia más considerable que he observado, es que las lluvias de diversos lugares provienen de diferentes partes del mundo. Así las de la parte de Delhi proceden del lado de Oriente, donde se halla Bengala, en tanto que las de este país y en las de la costa de Koromandel proceden del Mediodía; las de la costa de Malabar llegan casi siempre de Occidente.

»He observado otra cosa, sobre la que está de acuerdo todo el mundo en este país, y es que a proporción que el calor estival se presenta más pronto o más tarde, que es más o menos fuerte y dura mayor o menor tiempo, las lluvias se presentan también en esa forma.

»Esas observaciones me dan motivo para creer que el calor de la tierra y la rarefacción del aire deben ser las causas principales de esas lluvias y atraerlas, puesto que el aire de los mares circunvecinos de las tierras, siendo más frío, más condensado y grueso, y hallándose lleno de nubes que el gran calor del verano eleva de las aguas y que los vientos impulsan y agitan, se descarga fácilmente por el lado de las tierras en que el aire es más caliente, más rarificado, más móvil y menos resistente que en los mares, de suerte que esa des-

---

(1) Llueven en Delhi 688 y en Agra 673 milímetros al año, (*Nota de la edición española.*)

carga es más o menos tardía y abundante, según que el calor se presente más pronto y sea más fuerte.

»Por esas observaciones me he convencido de que si las lluvias comienzan antes sobre la costa de Koromandel que sobre la de Malabar, sólo es a causa de que el verano comienza allí antes, pudiendo ser así por algunas razones particulares que no sería difícil de descubrir si se examinase bien el país, pues sabido es que según la diversa situación de un terreno respecto de los mares y de las montañas, y según sea más o menos arenoso o montañoso, o cubierto de bosques, el verano llega antes o después y con mayor o menor rigor.

»También he comprendido que no es para asombrar que las lluvias procedan de diferentes sitios; que las de las costas de Koromandel, por ejemplo, procedan del Mediodía y las de Malabar de Poniente, porque, al parecer, deben ser los mares más próximos los que las envían, y la costa de Koromandel está más cerca del mar, que le es meridional y mejor expuesta, como la de Malabar lo está respecto de su occidental, que se va extendiendo hacia Bab-el-Mandel, la Arabia y el golfo Pérsico.

»Finalmente, pienso que si en Delhi, por ejemplo, se observan las lluvias procedentes de Oriente, puede ser, sin embargo, que su origen sea de los mares que se hallan al Sur, pero que deben verse obligadas, a causa de ciertas montañas o de algunas tierras, donde el aire será más frío, más condensado y resistente, a desviarse y descargar en otra parte donde el aire sea más rarificado y donde hallarán, por consiguiente, menos resistencia,

»Olvidaba deciros que también he observado en Delhi que no llueve nunca sino después de haber pasado durante varios días numerosas nubes en dirección de Occidente, como si fuese preciso que los espacios de aire que hay más allá de Delhi, hacia Occidente, fuesen antes llenos de nubes, y que éstos, hallando allí algún impedimento, algún aire menos caliente y rarificado, y, por consiguiente, más condensado y más capaz para resistir, o algunas otras nubes y vientos contrarios que las rechazasen, llegasen a ser tan espesas, cargadas y tan pesadas, que tengan que caer en forma de lluvia, de la misma manera que sucede con frecuencia cuando el viento impele a las nubes hacia alguna elevada montaña (1).

RESPUESTA A LA TERCERA CUESTIÓN, CONCERNIENTE A  
LA REGULARIDAD DE LA CORRIENTE DEL MAR Y DE LOS  
VIENTOS EN LAS INDIAS

«En cuanto terminan las lluvias, lo que sucede comúnmente hacia el mes de octubre, se observa que el mar toma su curso hacia el Mediodía y que se levanta el viento frío del Norte. Este viento sopla cuatro o cinco meses sin ninguna intermitencia y sin tempestades, conservando siempre la misma igualdad en cuanto a su fuerza y su ruta, a menos que cambie o cese algún día por azar, pero vuelve a comenzar en seguida.

»Transcurren luego dos meses, aproximadamente, durante los cuales los otros vientos reinan sin regla.

---

(1) Las explicaciones de Bernier son todas conforme a realidad.



Pasados esos dos meses, que se llama el entredós de la estación, o como los holandeses lo han llamado con bastante propiedad, el viento dudoso o del cambio, el mar vuelve sobre sus pasos desde el Mediodía al Norte y el viento del Sur se levanta para reinar también a su vez cuatro o cinco meses, como la corriente del mar. Luego transcurren cerca de dos meses, que son el otro entredós de estación, y en esos intervalos la navegación es muy difícil y peligrosa, mientras que durante las dos estaciones es muy cómoda y agradable, a no ser cuando toca a su término el período del viento del Sur. Por esto no debéis asombraros si oís decir que los indios, aunque muy miedosos y desconociendo el arte de navegar, no dejan de hacer viajes marítimos bastante largos y bastante considerables, como desde Bengala a Tanasseri, Achem, Malaca, Siam y Makasar, o a Maslipatan, Ceilán, Maldivas, Moka y Bender-Abbassy, porque procuran ir durante una estación y volver en la otra.

»Verdad es que muy a menudo no dejan de naufragar; pero esto ocurre cuando no han podido hacer sus negocios a tiempo o tomar medidas adecuadas.

»También los europeos se pierden algunas veces en estos mares, a pesar de ser mejores navegantes, más audaces y expertos y de que sus embarcaciones sean superiores y se hallen mejor equipadas. De esos dos intervalos entre las estaciones, el que sigue al viento meridional es incomparablemente más peligroso que el otro, mucho más sujeto a tempestades y borrascas. Además, durante la misma estación es mucho más impetuoso y desigual que el del Norte. Una observación

que no debo olvidar aquí es que cuando toca a su fin la estación o período del viento meridional durante las lluvias, aunque haya una gran calma en alta mar, cerca de las costas reinan las tempestades y vendavales en una distancia de quince o veinte leguas. De ahí que cuando los navíos de Europa o los que se hallan de viaje y quieren aproximarse a las costas de las Indias, a Surat o a Maslipatan, por ejemplo, es preciso que calculen bien el tiempo para llegar justamente después de las lluvias, pues de otro modo corren gran peligro de perderse y de estrellarse en la costa.

»Eso es poco más o menos lo que he podido observar sobre las estaciones. Desearía daros alguna explicación sobre esta materia; pero, ¿cómo penetrar en esos secretos profundos de la Naturaleza? Se me ocurrió pensar primeramente que el aire que rodea al globo terráqueo debe ser en parte como el agua del mar y de los ríos, en tanto que la una y la otra pesan sobre ese globo, tienden a su mismo centro y le están así en cierta manera unidas y ligadas, de suerte que de esos tres cuerpos, quiero decir del aire, del agua y de la tierra, resulta como un gran globo. Además, estando el globo terráqueo suspendido en balanza como se halla en su lugar en el espacio libre y sin resistencia en que Dios quiso colocarlo, sería capaz de ser movido fácilmente si algún cuerpo extraño llegaba a encontrarlo y a chocar con él. Por otra parte, se me ocurrió que el sol, después de haber pasado la línea para ir hacia uno de los polos, hacia el ártico, por ejemplo, dirigiendo sus rayos de ese lado, hace allí bastante impresión para hacer descender un poco el polo ártico,

de suerte que baja siempre más y más, a medida que avanza hacia el trópico, y del mismo modo le deja elevarse poco a poco, a medida que vuelve hacia la línea, hasta que por la fuerza de sus rayos haga del lado del polo antártico lo mismo que ha hecho del lado del polo ártico (1).

»Si estas suposiciones, unidas a la del movimiento diario de la tierra, fuesen ciertas, me parece que no sin razón se dice ordinariamente en las Indias que el Sol conduce y lleva consigo el mar y el viento; pues si es cierto que habiendo pasado la línea para ir hacia un polo hace cambiar la dirección del eje de la tierra y bajar el polo de ese lado, es preciso que el otro polo se eleve, y que, por consiguiente, el mar y el aire, como quiera que son dos cuerpos líquidos y pesados, se deslicen por esta pendiente, de suerte que sea verdadero aquello de que el Sol, avanzando hacia un polo, causa por ese lado dos grandes corrientes regulares, a saber: la del mar y la del aire que produce el viento del monzón como causa dos corrientes opuestas cuando se vuelve hacia el otro polo.

»Basado en esto, me parece que puede decirse que no hay más que dos flujos de mar principales y opuestos, uno del lado del polo ártico y otro del lado del polo antártico; que si hubiese un mar desde un polo a otro que pasase por Europa, veríamos que esas dos corrientes estarían reguladas por todas partes, como lo están en las Indias, y que lo que impide que esta regula-

---

(1) La observación de que las corrientes marinas cambian en el océano Indico con la dirección de los monzones hacen de Bernier un excelente observador para su tiempo. La interpretación que de ello intenta dar no es hoy admisible. (*Nota de la edición española.*)

ridad del flujo no sea general, es que los mares están entrecortados por las tierras, que impiden, rompen y diversifican su curso, de la manera que algunos dicen que el flujo y el reflujo ordinario del mar es impedido en los mares que se extienden a lo largo del Este al Oeste, como el Mediterráneo. También me parece que podría decirse basado en lo mismo que no hay sino dos flujos de aire o vientos principales opuestos, y que estarían regulados generalmente por todas partes si la tierra estuviese perfectamente llana, igual y semejante por todas partes.»

RESPUESTA A LA CUARTA CUESTIÓN, SOBRE LA FERTILIDAD, RIQUEZA Y BELLEZA DEL REINO DE BENGALA.

«Todos los siglos han hablado de Egipto como el el país mejor y más fértil del mundo. Nuestros escritores y narradores no admiten que haya tierra que la sea comparable.

»Pero por lo que he podido observar en el reino de Bengala, durante los dos viajes que hice, creo que aquella fama y ventaja le corresponde mucho más que a Egipto.

»Produce arroces (1) en tal abundancia, que no sólo provee a sus vecinos, sino a países muy lejanos. Lo llevan por el Ganges hasta Patna, transportándolo por mar a Maslipatan y a otros muchos puertos de la costa de Koromandel. También se expide a países extranjeros, y principalmente a las islas de Ceilán y Maldivas.

---

(1) El inmenso delta del Ganges es, por excelencia, el lugar en la India del cultivo del arroz y hasta se cree sea su patria. (*Nota de la edición española.*)

»También abunda el azúcar, de tal modo, que abastece a los reinos de Golconda y de Karnates, donde hay muy poca; la Arabia y la Mesopotamia, se proveen de él por la vía de Moka y de Bassora; Persia también hace gran consumo, recibéndolo por el Bander-Abbassy. Es asimismo el país de las buenas confituras, principalmente en los lugares donde residen portugueses, que son muy hábiles en esto y hacen un gran tráfico con estas confituras. Hacen con éstas grandes compotas que vemos en Europa y de cierta especie de raíz que es como la zarzaparrilla y muy delicada; con el fruto ordinario de las Indias que se llama *amba*, con otro llamado ananas; pequeños mirobolanos (1) que son excelentes, con los limones y gengibre. Ciertó que en el país de Bengala no se produce tanto trigo como en Egipto; pero si esto es una desventaja debe imputarse a sus habitantes, que comen muy poco pan y mucho más arroz que los egipcios. Sin embargo, se produce siempre bastante para las necesidades del país y para suministrar excelentes galletas, y muy baratas, a las tripulaciones de los buques ingleses, holandeses y portugueses.

»Se venden casi de balde las tres o cuatro clases de legumbres que con el arroz y la manteca forman el alimento más común del pueblo bajo, y por una rupia se tienen veinte buenas gallinas, o más, o patos y ganosos a proporción.

»También hay abundancia de cabras, carneros y

---

(1) Frutos agri dulces, de la especie *Spondias dulcis*, árbol tropical de la familia de las terebintáceas, afín a nuestros alfónsigos o pistachos. Véase *Bougainville, Viajes clásicos*, editada por CALPE. (Nota de la edición española.)



puercos en tal cantidad, que los portugueses aclimatados en el país no viven casi de otro alimento; también los holandeses y los ingleses hacen grandes provisiones para sus navíos. Lo mismo ocurre con el pescado de muchas especies, fresco y salado. En una palabra: Bengala es el país donde abunda todo. A esto se debe que se hayan refugiado en el país tantos portugueses, mestizos y otros cristianos, de todos los territorios de que se han apoderado los holandeses. Los padres jesuitas y agustinos, que tienen sus grandes iglesias donde practican la religión con entera libertad, me aseguraban que en Oguli solamente no habría menos de ocho o nueve mil cristianos y que en el resto del reino había más de veinticinco mil.

»A esa misma abundancia de todas las cosas necesarias para la vida, unida a la hermosura y al buen humor de las mujeres que lo habitan, se debe el dicho común entre los portugueses, los ingleses y los holandeses de que «hay cien puertas abiertas para entrar en el reino de Bengala, mas ninguna para salir.»

»En cuanto a los productos de valor, con los que comercia el extranjero, yo no sé si hay país que produzca tantos y de tantas clases diferentes. Porque además del azúcar, que puede incluirse entre los productos de valor, se producen algodones y sedas en tal cantidad, que puede decirse que Bengala es como el depósito general, no sólo para el Indostán o Imperio del Gran Mogol, sino de todos los reinos colindantes y de la misma Europa.

»Algunas veces me he asombrado de la cantidad de telas de algodón de todas suertes, finas y toscas, pin-

tadas y blancas, que sólo los holandeses adquieren y transportan a todas partes, principalmente al Japón y a Europa. Y eso sin hablar de las que adquieren los ingleses, los portugueses y los mercaderes indios. Lo mismo ocurre con las sedas. Nadie se imaginaría la cantidad que se produce todos los años, pues este país provee generalmente a todo el vasto Imperio del Gran Mogol hasta Lahor y Kabul y a la mayor parte de los países extranjeros adonde se transporta el algodón. Ciertamente es que estas sedas no son tan finas como las de Persia y Siria, de Sayd y Beyrut, pero también es diferente el precio, y sé que quien quisiera tomarse el trabajo de escogerlas bien y hacerlas trabajar obtendría magníficas labores. Sólo los holandeses tienen a veces setecientos u ochocientos hombres del país en su factoría de Kassem-Bazar; también tienen operarios del país los ingleses y otros mercaderes.

» También se produce en Bengala la prodigiosa cantidad de salitre que desciende por el Ganges desde Patna, donde los ingleses y los holandeses cargan sus navíos con destino a diversos sitios de las Indias y de Europa. En fin, se producen en Bengala la buena laca (1), el opio, la cera, la algalia (2), la pimienta larga (3) y

---

(1) Las lacas pueden ser de origen diverso. La de Siam y de Birmania está producida por la especie *Melanorrhæa usitata*. El latex de esta especie se ofrece en forma de una crema espesa y de un rubio claro. Mediante la intervención de una oxidasa (*lacasa*) y al contacto del aire se recubre de una película de un negro intenso. Es barniz con que los chinos recubren sus muebles de laca. (Nota de la edición española.)

(2) La civeta o gato de algalia *Viverra zibetta* L., de Asia, posee una bolsita encima del ano en que se reúne una substancia de olor almizclado fuerte, relacionada con las funciones de la reproducción. (Nota de la edición española.)

(3) La pimienta larga *Piper longum*, originaria de la India, llámase en sánscrito *pippa li*. (Nota de la edición española.)

otras cosas, y no hay mercancía que no se produzca, como la misma manteca, en tan gran cantidad que no haya que darle salida, por mar, a diversos países.

»A la verdad, el clima no es muy sano para los extranjeros, sobre todo en las cercanías del mar. En efecto; al principio morían muchos holandeses e ingleses, y he podido ver en Balasor dos hermosos navíos ingleses que, habiendo tenido que permanecer allí más de un año, a causa de la guerra de los holandeses, no pudieron emprender su viaje porque la mejor parte de su tripulación había muerto. Sin embargo, desde que se ordenó, y lo mismo han hecho los holandeses, que los tripulantes no beban tanto *boleponge* y no salten tanto a tierra para visitar a los vendedores de *arac* y tabaco, y a las indias, y desde que experimentaron que un poco de buen vino de Grave, de Canarias o de Chiras es un antídoto maravilloso contra los malos aires, desde entonces no hay tantas enfermedades ni mueren tantos. *Boleponge* es cierto brevaje compuesto de *arac*, es decir, de aguardiente, azúcar negra, con zumo de limón, agua y un poco de nuez moscada raspada por encima: resulta muy agradable al gusto, pero es la peste del cuerpo y de la salud.

»En cuanto a la belleza del país, hay que pensar que en todo Bengala, unas cien leguas de longitud a ambos lados del Ganges, desde Raje-Mehalle al mar, todo se vuelven grandes canales, que en otro tiempo se construyeron sacando las aguas del Ganges con trabajos inmensos muy adentro de las tierras para la facilidad de transportes de las mercancías y del «agua más excelente del mundo», como pretenden los indios. A ori-

llas de esos canales están enclavados los pueblos y las villas, de gentiles, muy pobladas y se ven grandes campos de arroz, de azúcar, de trigo, de tres o cuatro especies de legumbres, de mostaza y de sésamo para extraer aceites y unas pequeñas moreras de dos o tres pies de altura, para alimento de los gusanos de seda. La infinidad de grandes y pequeñas islas que hay en medio del Ganges y que llenan todo ese grande espacio de seis o siete jornadas que hay a veces de una orilla del río a la otra, es lo que le da una belleza que no tiene igual en el mundo, pues esas islas son muy fértiles (1), están bordeadas de bosques y llenas de árboles frutales, de ananas y legumbres de todo género y entrelazadas por mil canales que se pierden de vista como caminos de agua rodeados de árboles. Lo malo es que muchas de esas islas, las más próximas al mar, están desiertas a causa de los corsarios franguis de Rakan, de que antes hablé. Sus únicos habitantes son tigres, que algunas veces pasan a nado desde una isla a otra, así como gacelas, puercos y aves silvestres. A causa de los tigres, cuando se navega por entre esas islas en pequeñas embarcaciones de remo, como es lo corriente, resulta peligroso desembarcar en muchos sitios. Hay que tener la precaución, cuando se atraca por la noche a algún árbol, que no esté muy cerca de la orilla, pues hay tigres tan atrevidos que han entrado en las embar-

---

(1) La llanura de inundación y delta del Ganges, con sus meandros numerosos, sus lagos laterales, canales y sus islas, cubiertas de exuberante vegetación, hacen de esta región una de las más pobladas del globo. Hay, al presente, en la tierra cuatro grandes núcleos de densidad máxima de la población: la Europa nord-central industrial, el valle del bajo Nilo, la China propia y el delta y valle del Ganges (350 habitantes por kilómetro cuadrado). (*Nota de la edición española.*)

caciones llevándose a los hombres que estaban dormidos y, de creer a los barqueros, escogiendo entre esos hombres los más fornidos y gruesos.

»Recuerdo un viaje de nueve días que hice desde Pipli a Oguli, a través de las islas y canales. No pasó día sin que ocurriera algún accidente extraordinario. No bien hubo salido del río Pipli mi chalupa de siete remeros, y apenas habíamos avanzado en el mar tres o cuatro leguas, bordeando la costa para llegar a las islas y canales, cuando vimos todo el agua cubierta de pescado, como grandes carpas, perseguidos por una banda de delfines. Hice remar hacia aquel lado y ví que la mayoría de aquellos peces estaban tendidos sobre un costado como si estuviesen muertos; algunos avanzaban algo, y otros se debatían y daban vueltas como si estuviesen ebrios. Cogimos veinticuatro sin la menor dificultad, con las manos. Observé al examinar aquellos peces que todos tenían fuera de la boca una vejiga llena de aire y rojiza en un extremo. Pensé que la vejiga debía ser la que les impedía bajar al fondo del agua, pero no se me alcanzaba por qué la tenían fuera de la boca. Acaso sería por haber sido perseguidos mucho tiempo por los delfines y haber hecho esos grandes esfuerzos para huir, que la vejiga se hubiera hinchado y enrojecido, acabando por salirse de la boca.

»Después he referido esto a cien marineros, que no podían creerlo y sólo un piloto holandés me dijo que, navegando por las costas de China, en un gran navío, se había hallado en una ocasión parecida, que montaron en seguida en bote y cogieron con las manos una gran cantidad de pescado.



»Al día siguiente por la tarde llegamos a las islas y, después de buscar un sitio donde no pareciese haber tigres, desembarcamos y me hice preparar un par de gallinas y algún pescado, que resultó excelente. Después de haber comido todos, hice remar hasta la noche y por temor a extraviarnos entre los canales, pues ya estaba obscuro, nos retiramos del gran canal y buscamos un abrigo en un pequeño recodo, donde amarramos nuestra embarcación a un árbol bastante alejado de la orilla, por temor a los tigres. La noche que yo estuve de guardia me ocurrió un accidente filosófico que me había sucedido ya en Delhi. Apercibí un arco iris o iris de Luna que hice observar a todo el mundo y que sorprendió mucho a dos pilotos portugueses, a quienes admití en mi embarcación a ruegos de uno de mis amigos, y que nunca habían visto ni oído hablar de cosa semejante.

»El tercer día nos perdimos entre aquellos canales, y si no hubiésemos hallado a unos portugueses que estaban trabajando en unas salinas, y que nos orientaron en nuestro camino, no sé lo que hubiese sido de nosotros.

»Y he de deciros otro caso filosófico. Una noche en que, como de costumbre, nos habíamos abrigado en un pequeño canal, mis portugueses, que recordaban el arco iris de la noche anterior y cuya observación había despertado en ellos la curiosidad de contemplar el cielo, me despertaron para hacerme ver otro tan hermoso como el que yo les hiciera ver a ellos. Por lo demás, no penséis que he tomado iris por coronas, pues conozco muy bien éstas.

»Apenas hay mes que en Delhi, en el tiempo de las lluvias, no se vean alrededor de la Luna cuando ésta se halla muy alta sobre el horizonte. He observado que es esa una condición necesaria absolutamente, y las he visto tres y cuatro noches seguidas, y hasta algunas que eran dobles. Los iris de que hablo no rodeaban a la Luna, sino que aparecían en la parte opuesta y en la misma disposición en que se encuentran los que forman el Sol. Siempre que vi este fenómeno, la Luna aparecía hacia el Occidente y los iris hacia Oriente. La primera se hallaba también en su pleno, cosa necesaria a mi juicio, pues en otra fase no tendría bastante luz para formarlos; en fin, los iris no eran tan blancos como las coronas, sino mucho más colorados y hasta se observaba cierta débil diferencia de color. Veis, pues, que he sido más afortunado que los antiguos, que, según Aristóteles, no habían observado ninguno antes que él.

»En la tarde del cuarto día nos retiramos, como de costumbre, del gran canal, buscando abrigo en un paraje muy hermoso; pero la noche fué extraordinaria cual ninguna. No soplabla la más ligera brisa y la temperatura era tan calurosa y asfixiante que apenas podíamos respirar. Los bosques que nos rodeaban estaban llenos de pequeños gusanos de luz, que hubiesen dicho que ardían, y por momentos se elevaban fuegos, ora a un lado, ora a otro. Parecían llamas y asustaban mucho a los marineros, que los tomaban por los diablos. Se produjeron dos verdaderamente extraordinarios. El primero era como un gran globo de fuego que duró el tiempo que dura un *Pater Noster* y acaso más;

el segundo duró un cuarto de hora y era como un árbol pequeño e inflamado por completo.

»La noche del quinto día fué horrible y peligrosa al mismo tiempo. Se desencadenó una tempestad tan fuerte que, a pesar de hallarnos resguardados por los árboles y que nuestra embarcación se hallaba bien amarrada, el viento rompió la cuerda e iba a lanzarnos al gran canal, donde hubiésemos perecido infaliblemente si yo no me hubiera lanzado inmediatamente, así como los dos portugueses, a las ramas de un árbol, donde permanecemos más de dos horas, hasta que pasó la tempestad, pues no había que esperar socorro de mis remeros indios, a quienes el espanto había hecho incapaces de ayudarnos en tal trance.

»Llovía a torrentes, llegando el agua a nuestra embarcación, y los relámpagos y truenos eran tan terribles que a cada instante creíamos perecer.

»El resto del viaje, hasta el noveno día en que llegué a Oguli, transcurrió agradablemente. Yo no me hartaba de contemplar tan hermoso país; pero mi cofre y todas mis ropas estaban empapadas, mis gallinas muertas, el pescado estropeado y las galletas mojadas.

#### RESPUESTA A LA QUINTA CUESTIÓN, ACERCA DE LA CRECIDA DEL RÍO NILO

«Respecto de esta cuestión, no sé si podré salir airoso, como yo desearía. Pero os diré lo que sobre ello tengo escrito, después de haber presenciado dos veces esas crecidas con la mayor curiosidad y después de observar en las Indias cosas que me han preparado

para esto mejor que a aquel grande hombre que tan ingeniosa y doctamente escribió sobre esta materia, a pesar de no haber visto el Egipto más que desde su gabinete.

»Dije en otro lugar, que durante el tiempo que los dos embajadores de Etiopía permanecieron en Delhi, mi agah Danechemend-kan, que es extraordinariamente curioso, les hacía a menudo ir a su casa (estando yo presente), para instruirse acerca del estado y del gobierno de su país. Dije también que cierto día les hicimos hablarnos de las fuentes del Nilo, que ellos llaman Abbabile, y de la que hablaban como de una cosa tan corriente que nadie podía ignorarla. Uno de esos embajadores había estado allí en unión de un mogol que había regresado con él de Etiopía.

»Según ellos, tiene el Nilo su origen en el país de los *agos* y sale de tierra por dos grandes manantiales hirvientes, próximos uno a otro, que forman un pequeño lago de treinta o cuarenta pasos de longitud aproximadamente.

»Al salir de ese lago es ya un río de cierta importancia por su caudal de agua, recibiendo de trecho en trecho el agua de otros ríos.

»Agregaban que va formando sinuosidades y llega a formar una gran península y que, después de precipitarse por unas rocas escarpadas, cae en un gran lago que sólo se halla a cuatro o cinco jornadas de su nacimiento, en el país de Dumbia, a tres jornadas cortas de Gondar, ciudad capital de Etiopía (1). Después de

---

(1) La explicación de Bernier indica que el Nilo de que habla no es el verdadero, sino el Nilo azul o el Abbai, es decir, el Abbabil de que hace mérito. Efectivamente,





FUENTES DEL NILO, SEGÚN BERNIER.



atravesado ese lago, sale engrosado, y pasa por Sonnar, ciudad principal del reino de los Fungis o bereberes, tributario del rey de Etiopía, para atravesar luego las cataratas y entrar en las llanuras de Messer, en Egipto.

»Después de conocer esas particularidades sobre el nacimiento y curso del Nilo, les pregunté, para juzgar aproximadamente la distancia a que podía hallarse el nacimiento del río, hacía qué parte del mundo creían que se hallaba Dumbia y dónde estaba Gondar, con relación a Bab-el-Mandel; pero no supieron decirme sino que seguramente caerían del lado de poniente. Especialmente el embajador mahometano, que debía saber mejor y fijarse más en la posición del mundo que el cristiano, puesto que los mahometanos están obligados, al hacer su oración, a volverse hacia la Meca, me aseguraba que yo no podía dudar de ningún modo, lo que me extrañaba mucho, pues, según ellos, las fuentes del Nilo deberían estar muy aquende de la Línea mientras que todos nuestros mapas (cartas), con Ptolomeo, los sitúan allende (1).

»Les preguntamos también la época en que llovía en Etiopía y si las lluvias eran regulares como en las Indias. Nos respondieron que no llovía casi nunca en las costas del mar Rojo desde Suaken, Arkiko y la isla de Masuva, hasta Bab-el-Mandel, como tampoco en Moka,

---

el río Nilo azul, a poca distancia de Gondar; se precipita en el lago Tsana (Dembea) y hasta Kartum no afluye al verdadero Nilo, cuyas fuentes fueron descubiertas por Speke. Véase J. H. SPEKE. *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, tomos I y II de los *Viajes clásicos*, editados por CALPE. (Nota de la edición española.)

(1) Obsérvese como, en efecto, el Nilo azul de que Bernier y sus interlocutores hablan nace aquende el Ecuador o la línea (a los 13° de lat. N.) en tanto el Nilo verdadero nace del lago Victoria Nyanza en el mismo Ecuador. (Nota de la edición española.)

que está del otro lado en la Arabia feliz; pero que en el fondo del país, en las provincias de los *agos*, de Dumbia y en las circunvecinas, llovía mucho durante los dos meses más calurosos del verano y al mismo tiempo que llovía en las Indias, que era también, según mi cálculo, el tiempo de la verdadera crecida del Nilo en Egipto.

»Según los mismos embajadores, son las lluvias en Etiopía las que ocasionan las crecidas del Nilo, originando la inundación de Egipto y abonando la tierra con el limo que arrastran. A causa de esto, se debían las pretensiones de tributo de que los reyes de Etiopía tenían respecto de Egipto. Cuando los mahometanos se hicieron dueños del país, maltrataron a los cristianos y quisieron desviar el curso del río al mar Rojo para arruinar a Egipto y hacerlo estéril; pero ese plan se frustró por juzgarse que la cosa era demasiado difícil y acaso imposible.

»Yo conocía todos esos detalles desde que pasé por Moka, pues me los dieron unos mercaderes de Gondar que van allá todos los años enviados por el rey de Etiopía para esperar los buques mercantes de las Indias. Y esos detalles tienen importancia, pues se juzgará que las crecidas del Nilo no se deben sino a las lluvias que caen fuera de Egipto, hacia su nacimiento; pero las observaciones particulares que yo he hecho en dos de esas crecidas, lo comprueban aun más.

»Todo lo demás que se diga, como, por ejemplo, que en cierto día determinado es cuando comienza a crecer; que el primer día de su crecida cae cierto rocío que se llama gota; que esta gota hace cesar la peste,

de suerte que nadie muere de ella desde el día en que ha comenzado a crecer; que hay razones particulares y secretas del desbordamiento del Nilo; todo esto, digo, no son más que cuentos, fábulas imaginadas y amplificadas por el pueblo egipcio, propenso naturalmente a la superstición y acostumbrado a ver crecer un río en verano y en un país donde no hay lluvias (1). Y me ocurre con el Nilo cosa distinta de los demás ríos, que acrecen a causa de las lluvias y sin esas fermentaciones de la tierra completamente nitrosas del Egipto.

»Lo he visto acrecido más de un pie de altura, y ya muy turbio, cerca de un mes antes de aquel día determinado de su crecida.

»Y durante la crecida, y antes de que los canales fuesen abiertos, puede observarse que, después de crecer durante algunos días uno o dos pies, decrecía en seguida poco a poco y luego volvía a crecer; creciendo y decreciendo así, sin ninguna regla, es decir, sin más regla que la de las lluvias que caen más cerca de su fuente, justamente como ocurre a veces con nuestro Loira, según llueve más o menos abundantemente en las montañas donde nace.

»A mi regreso de Jerusalén, subiendo de Damietta al Cairo, por el Nilo, observé un mes próximamente antes del supuesto día de la caída de la gota que por la mañana estábamos mojados por completo a causa del gran rocío que había caído durante la noche.

»En Rossetta fuí invitado a comer en casa de monsieur Bermon, vicecónsul de nuestro país, ocho o diez

---

(1) Es Egipto uno de los países más desérticos del mundo; en el Cairo caen 31 milímetros anuales de lluvia. (*Nota de la edición española.*)

días después de la caída de esa famosa gota, y tres personas fueron atacadas por la peste, muriendo dos en ocho días, y la tercera, que era el propio señor Bermon, acaso hubiera sucumbido si yo no me hubiera aventurado a asistirle, lo que me apestó también a mí, como a los demás, de tal modo que si no hubiese tomado manteca de antimonio (1) acaso habría sido yo también un ejemplo de la poca seguridad que hay en la peste después de la gota. Pero, en el comienzo del mal, ese emético fué de un efecto maravilloso y sólo estuve tres o cuatro días sin salir. En esos días, recuerdo que un beduino que me servía no se ocultaba para beberse el resto de mi caldo para darse ánimo, y para burlarse, por su principio de predestinación, de los temores o aprensiones que tenemos a la peste. No es que después del día de la gota se presente la peste, por lo general, tan peligrosa como antes; la experiencia demuestra lo contrario, pero la gota no contribuye nada a eso. Se debe ello, a mi juicio, a que, habiendo aumentado el calor, éste abre los poros y da salida a esos espíritus malignos y pestíferos que estaban encerrados en el cuerpo.

»Además, me he informado muy bien por varios *rays* o capitanes de barcos que habían remontado el río hasta el fin de las llanuras de Egipto, es decir, hasta las rocas y cataratas, los que me han asegurado que cuando el Nilo se desborda en esas llanuras, donde está

---

(1) En tiempos de Bernier, anteriores al establecimiento de la nomenclatura química por sus compatriotas Lavoisier, Fourcroy, Guyton de Morveau y Berthollet, se llamaba manteca de antimonio (que aun conserva el comercio) al triclورو de antimonio. (*Nota de la edición española.*)

esa supuesta tierra nitrosa y fermentativa, se halla al mismo tiempo crecido y caudaloso, entre esas montañas de las cataratas, que cubre extraordinariamente, y donde no debe haber, al parecer, de esa tierra nitrosa.

»También me he informado por los negros de Sonars que vienen a servir al Cairo, y cuyo país tributario del rey de Etiopía está situado a orillas del Nilo, entre esas montañas, y me han asegurado que cuando el Nilo lleva mucha agua y se desborda en Egipto, lleva también mucho caudal de agua y está muy agitado en su país, a causa de las lluvias que caen entonces en sus montañas, y más allá, en el país de Habech o Etiopía.

»Las observaciones que he hecho en las Indias sobre las lluvias regulares, que allí caen simultáneamente con la crecida del Nilo en Egipto, tienen importancia, y deben hacer que imaginéis el Indo, el Ganges y todos los demás ríos de este país como otros tantos Nilos, y las tierras que se hallan a sus desembocaduras, como otros tantos Egiptos. Esto pensé en Bengala; y he aquí, palabra por palabra, lo que escribí de ello.

»Esa gran cantidad de islas que se hallan en el golfo de Bengala, en la desembocadura del Ganges y algunas de las cuales se unen a las otras por sucesión de tiempo y luego al continente, me hacen recordar las desembocaduras del Nilo, donde he observado que se verifica lo mismo, proporcionalmente. De suerte que como se dice, según Aristóteles, que el Egipto es obra del Nilo, así podría decirse que Bengala es obra del



Ganges, con la sola diferencia de que como el Ganges es incomparablemente mayor que el Nilo, y que, por consiguiente, arrastra y acarrea hacia el mar mucha mayor cantidad de tierra, forma así islas mayores y en mayor número que el Nilo. Además, las islas de éste no tienen árboles, mientras que las del Ganges están cubiertas de bosques, a causa de esos cuatro meses de lluvias regulares y abundantes que caen en pleno estío y que hacen que no sea necesario construir canales en Bengala, para regar y fertilizar las tierras, como se hace en Egipto, lo que se podría hacer si no lloviese, pues ocurre con el Ganges y otros ríos del Indostán justamente como con el Nilo. Unos y otros crecen durante el verano a causa de las lluvias que caen en esa época; no hay más que la diferencia de que no se observan entonces, ni casi nunca, lluvias en el Egipto: como no sea en dirección del mar y en dirección de su nacimiento, sólo llueve en Etiopía. En cambio, en las Indias, en toda la extensión del país, por donde corren los ríos, caen lluvias regulares, si bien esto no es general, pues en el reino de Scymdi, hacia el seno pérsico, donde está la desembocadura del Indo, hay años en que no llueve nada, y, sin embargo, el Indo lleva gran caudal de agua y hasta se riegan los campos por medio de kalis o canales, como en Egipto.

»En cuanto al deseo de Mr. Thevenot de que os relate mis aventuras en el Mar Rojo, en Suez, en Tor, en el monte Sinaí, en Gidda, la supuesta tierra santa de Mahoma, y que se halla a media jornada de la Meca, de las islas de Kamaran y de Luhaya, así como todo lo que he podido saber en Moka sobre el reino de Etio-

pía y del camino más corto para entrar en ella, esto es lo que, con el tiempo y Dios mediante, extraeré de mis *Memorias*.

*Nota*—Se ha utilizado para esta edición castellana la de Amsterdam, impresa en francés en MDCXCIX.

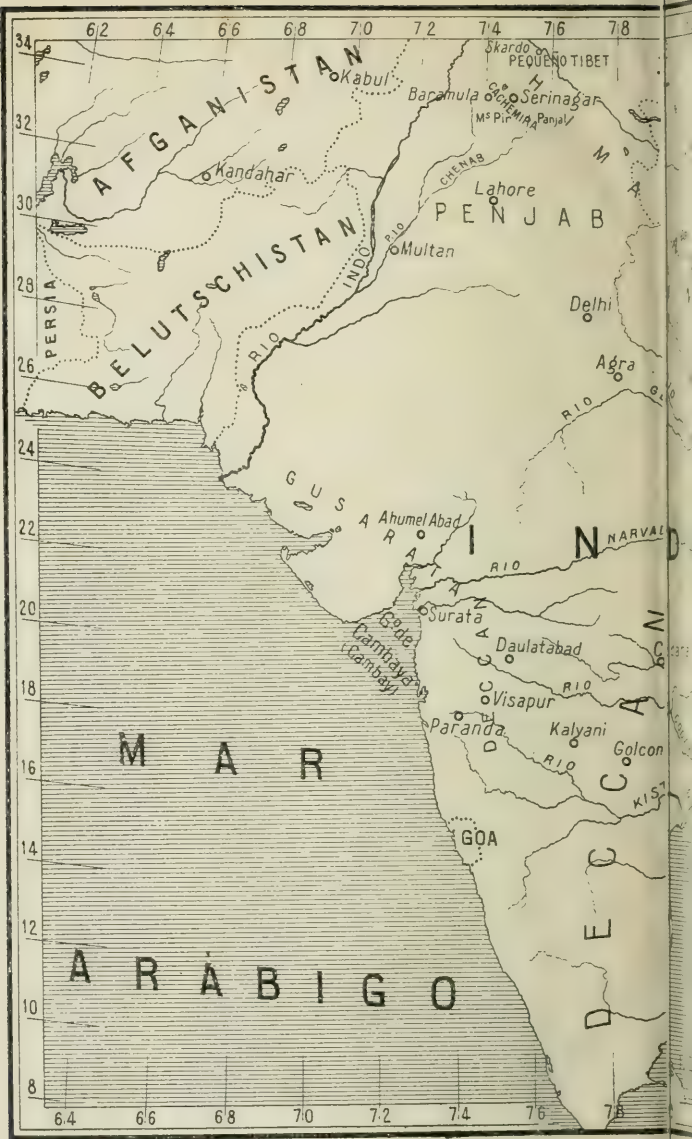
FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO





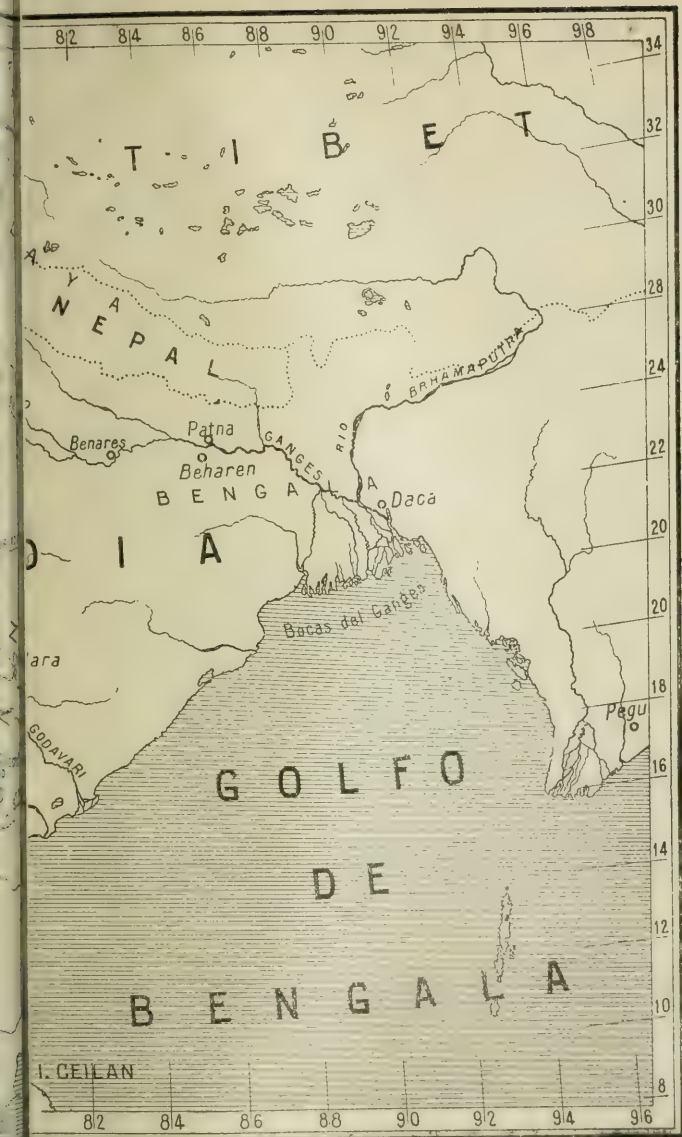






CARTA DE LOS PAÍSES Y LUGARES

Escala de 22.0

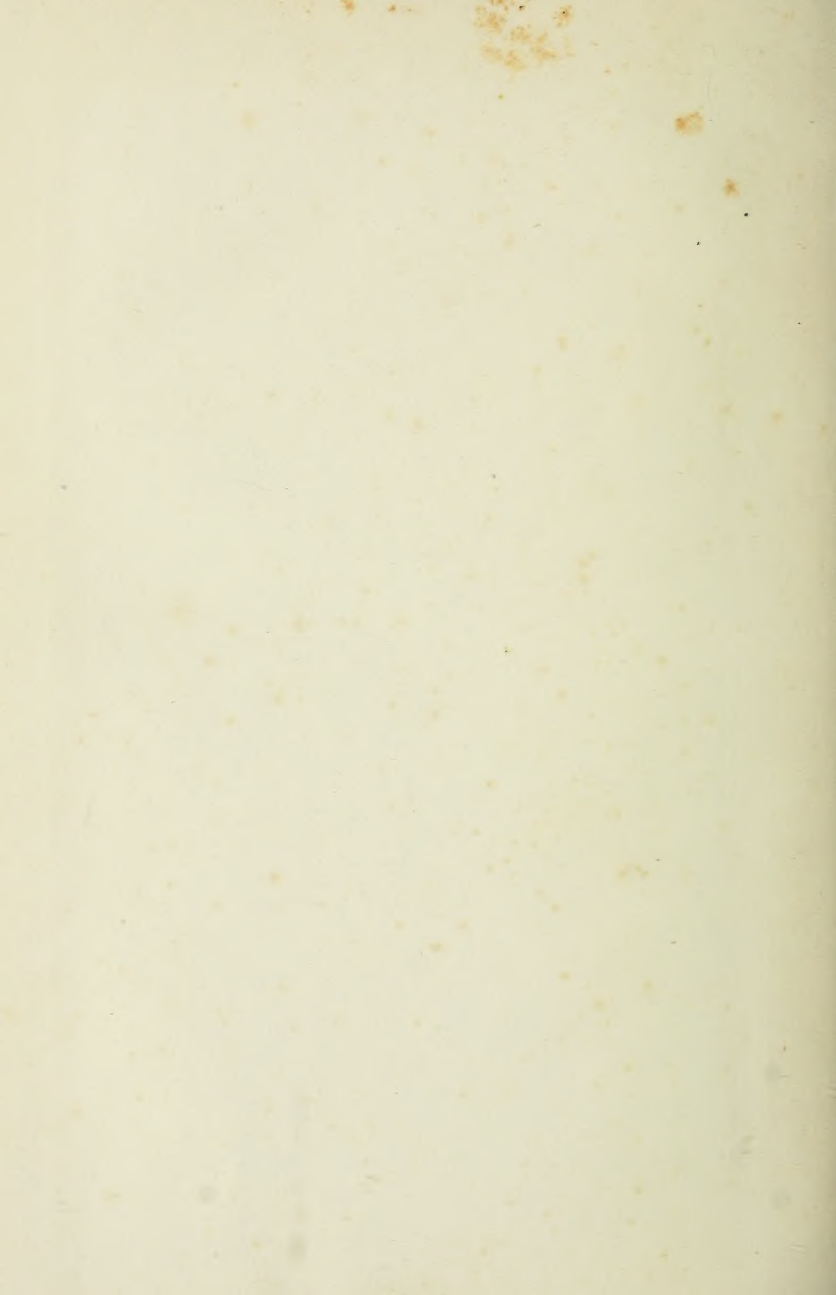


RES VISITADOS POR BERNIER.

22.000.000.









DS  
461  
.7  
B58  
t.2

Bernier, François  
Viajes de Francisco Bernier

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 10 11 03 10 013 8

**Precio: 4,50 pesetas.**  
*Published in Spain.*